

MARIAH STONE

EL RECLAMO DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

Una novela romántica de viajes en el tiempo

TABLE OF CONTENTS

Portadilla
Créditos
Indice
Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Nota acerca de la precisión histórica
Agradecimientos
Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!

Acerca del Autor

EL RECLAMO DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

LIBRO DOS

MARIAH STONE

Traducido por

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Viking's Claim* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Nota acerca de la precisión histórica
Agradecimientos
Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

Consigue un libro de Mariah Stone gratis

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

Otras obras de Mariah Stone

Duques y secretos

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

Al tiempo del highlander (novela romántica histórica)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

Al tiempo del vikingo (novela romántica histórica):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

El poder para las chicas altas.

PRÓLOGO

Hvaldalen, Noruega, 30 de septiembre, 875 d. C.

Andor Thornsson clavó la mirada en la nube de humo gris que se alzaba por la aldea.

—Está en llamas —dijo Fridstein.

—Sí. Tengo los ojos en el rostro y no en el trasero, Fridstein —le respondió Andor con los dientes apretados a su segundo al mando.

Los dos se encontraban de pie en la proa de un *drakkar* que se abría paso entre las aguas hacia el hogar, una pequeña aldea al final del fiordo en un valle verde entre montañas altas. A Andor le dolían los ojos de forzar la mirada para intentar ver algo a través del humo, y el estómago se le hundió aún más cuando le quedó claro que nadie se movía en la aldea. En el *drakkar* reinó el silencio.

El hedor nauseabundo a madera, carne y cabello quemado le llegó a las fosas nasales, y Andor se aferró al lateral del mascarón de proa con forma de dragón. Como caía una fina llovizna, era probable que la madera de las casas se encontrara humedecida. A lo mejor el fuego estaba a punto de extinguirse. Quizás no era demasiado tarde para salvar a su gente.

—¡Más rápido! —les gritó a los hombres que remaban sin volverse a mirarlos. El último le pasaría la orden a los otros dos barcos que lo seguían a casa—. Deprisa, hijos de Loki. Sus esposas y sus hijos podrían estar heridos.

Su propia esposa, Svana, también. El pensamiento le paralizó el corazón de terror.

A más velocidad, el barco se abrió paso entre las aguas calmas, al tiempo que los hombres soltaban gruñidos cada vez que hundían un remo en el agua.

—¿Ve a alguien, *jarl*? —le preguntó Fridstein.

—No —respondió, y el temor se le asentó en el vientre y le convirtió la sangre en cenizas—. Estén listos para matar a cualquiera que no esté con nosotros. —Desenvainó a Problema de Dragón, la espada que Svana le había dado como regalo de bodas hacía un año.

Su hermosa esposa de ojos verdes y cabello castaño… Svana tenía que encontrarse bien. Tenía que estar a salvo. Por Odín, si no lo estaba… jamás se perdonaría.

—¡Deprisa! —exclamó.

El barco siguió avanzando a paso lento, a pesar de que los remos subían y bajaban más rápido de lo que Andor creyó humanamente posible. Cuanto más se acercaban, más se veían los marcos carbonizados de las edificaciones entre la pared de humo gris. Y más se le estrechaba el estómago.

En cuanto el barco tocó el muelle, Andor y sus hombres saltaron sobre la plataforma de madera con los escudos, las espadas y las hachas listas para el combate. El cuerpo del pastor yacía sobre el muelle.

—Por el trasero sudado de Thor —maldijo Andor.

—Protejan al *jarl* —Fridstein gritó a sus espaldas, y Andor sabía que su banda leal lo seguía. Hizo un ademán, y los hombres avanzaron sin ocultarse; se movían rápido pero alertas.

Alrededor de la aldea, la gente que Andor había conocido durante toda su vida yacía muerta o lastimada. Habían matado a las vacas, las ovejas y las cabras. El centeno, los nabos, las hierbas y el resto de la comida yacía desparramada por todo el suelo. La mayoría de las casas se habían quemado, aunque algunas más que otras. El fuego ya se había extinguido. Solo quedaba el humo.

El corazón se le hundió al ver la fuente de más humo: el gran salón de su hogar.

—¡Svana! —la llamó Andor.

Los gritos de dolor resonaban por toda la aldea. Cerca de las casas y los arbustos, sus hombres luchaban y caían con las gargantas abiertas. Los atacantes salían por detrás de las esquinas con los ojos embriagados de violencia y las espadas y las hachas alzadas. Sus hombres se lanzaron al ataque, y el aire se llenó de gritos, de ruidos metálicos y de los crujidos de la madera.

—¡Asesinen a esos bastardos! —exclamó Andor.

La furia de la batalla le circulaba por las venas, pero un terror frío se le clavó en el estómago. ¿Dónde estaba Svana? Si alguien le había tocado siquiera un pelo de la cabeza… Tenía que encontrarla. De inmediato.

Esquivó el hacha del primer hombre y lo perforó en un lateral, entre el pecho y las placas traseras de la armadura de cuero. El siguiente, casi lo atraviesa, pero Andor logró girar a tiempo y cortarle el cuello. Fue entonces cuando la vio. El borde de su vestido de lino con flores de aciano asomaba detrás de una esquina de las paredes carbonizadas de su hogar. El corazón se le aceleró en el pecho y las extremidades se le congelaron. Salió disparado hacia ella, perforando y pateando a cualquiera que se le atravesara.

—¡Protejan al *jarl*! —volvió a exclamar Fridstein detrás de él, y supo que sus hombres le cuidaban las espaldas.

Cuando por fin llegó a la casa, la encontró sobre el suelo húmedo, con una herida en el lateral de la que manaba mucha

sangre.

—¡Svana! —Andor se arrodilló a su lado y se despreocupó de la batalla. Sabía que Fridstein y sus hombres lucharían contra cualquiera que considerara atacarlo a él o a su esposa herida.

Andor recogió a Svana en brazos y se la acercó. Las pestañas se agitaron y abrió los ojos para clavarlos en él antes de ofrecerle una sonrisa.

—Andor.

—No hables —le dijo—. Kall está aquí. Él te curará.

Su esposa negó con la cabeza.

—Las valquirias de Freyja me esperan para llevarme a Fólkvangr, pero me alegra que me haya permitido verte antes de partir.

Andor se la apretó contra el pecho.

—No. No permitiré que te lleve.

—¿Por qué tardaste? —le preguntó en un susurro—. Prometiste que ibas a regresar hace un mes. ¿Estás bien?

A Andor se le llenaron los ojos de lágrimas y se le tensaron los músculos como sogas. La culpa lo arrasó y lo aplastó como un peñasco. La herida se veía grave, pero no le permitiría morir.

—¡Kall! —llamó a gritos al curandero—. ¡Ven aquí!

Se volvió hacia su esposa con dolor en el pecho.

—Estoy bien. Me demoré porque Ubba…

Se demoró porque Ubba Ragnarsson le había pedido que atacara un monasterio en Wessex y le llevara una biblia que los sajones valoraban más que al oro. Como recompensa, le había dado tierra, plata y un gran tesoro. Andor se había dicho que lo había hecho por Svana, pero el *jarl* Andor Thornsson era famoso en las tierras nórdicas y en Bretland, y ese era el verdadero motivo por el que había roto la promesa que le había hecho a la mujer que amaba. Pero ¿por qué estaba pensando en tierra, tesoros y plata? Debería estar diciéndole lo mucho que la amaba.

—No importa por qué me demoré, mi amor —le respondió—. Vuelvo con riqueza y fama para nosotros. Pero jamás debería haber permitido que te lastimen. Si hubiera venido cuando te lo prometí…

Svana negó con la cabeza.

—Estoy orgullosa de ti, esposo. —Le acarició la mejilla.

La culpa le cerró la garganta. Svana había sido todo lo que había deseado en una esposa. Lo amaba, mantenía el hogar en excelente estado, y su palabra era de hierro. El orgullo y amor que sentía por ella le llenó todo el ser de calidez.

—¡Kall! ¡Sálvala! —rogó, pero la voz se perdió con el ruido de la batalla.

Svana tragó con dificultad. Se encontraba tan pálida como el algodoncillo y cerró los ojos.

—Ahora debo soltarte, Andor. Quería ser una buena esposa para ti… —susurró.

De repente, se quedó quieta. Yació inmóvil en sus brazos. El pecho dejó de subirle y bajarle.

Una brisa fresca acarreó el olor del humo de las ruinas de la casa de Andor, y le produjo un ardor en los ojos y en la garganta. Se apretó a su esposa contra el pecho y le enterró el rostro en el cabello sedoso para inhalar su aroma mezclado con las notas de hierro de la sangre.

—Debería haber estado aquí —le susurró al oído—. Debería haberte protegido.

Le tomó la mano entre las suyas, la mano que lo había acariciado, la que había anhelado que calmara a sus futuros hijos. La mano que un día lo habría saludado para despedirse de él mientras partía ya viejo y gris hacia su última batalla. Andor le besó la frente tibia. Una ola de vergüenza le quemó el cuello y el rostro como los carbones, que eran lo único que quedaba de la aldea a la que no había logrado proteger.

—Lo siento, Svana —le susurró contra la piel suave. Las valquirias oirían sus palabras y se las llevarían a su espíritu—. Eras todo lo que un hombre podría esperar en una esposa. Nadie te puede reemplazar. Nadie lo hará.

La sostuvo unos instantes más y luego se llevó las manos al rostro para secarse las lágrimas. Con una culpa más pesada que un torques de granito, se incorporó al tiempo que un deseo de venganza le llenaba los pulmones, le secaba la boca y le producía dolor en los huesos.

—¿Quién hizo esto? —rugió—. ¿Quién asesinó a mi esposa?

Fridstein le dio un golpe mortal a un guerrero enemigo.

—Fue ese gusano de Elgr —repuso Fridstein por encima del hombro y con la respiración entrecortada—. ¡Mira! Intenta avanzar hacia los barcos.

A Andor se le escapó un rugido de predador que le subió por la garganta y le resonó por todo el cuerpo. Todos sus hombres seguían luchando contra los invasores, y los barcos habían quedado descuidados y listos para que se los llevaran. Si Elgr lograba subir a diez hombres en cada embarcación, podrían alejarse con todo.

Andor hubiera entregado todos sus tesoros y todos sus barcos por la oportunidad de salvar la vida de Svana, pero era demasiado tarde para eso. Elgr ya se había llevado todo lo que de verdad le importaba. La necesidad de venganza, de derramar la sangre de sus enemigos, se intensificó hasta convertirse en una fiebre. Andor regresó a la batalla y fue tras él. Pero ninguna herida, ningún corte y ninguna vida que tomó le trajo alivio.

Luego de lo que le pareció una eternidad, alcanzó al otro *jarl*. Era un hombre de su misma edad, y sus tierras limitaban con las de él, pero jamás habían sido amigos. Elgr siempre había sentido envidia de cualquier cosa que tuviera, desde sus guerreros feroces hasta sus cultivos abundantes o su hermosa esposa.

—¡Ven aquí, gusano! —rugió Andor apuntándole la espada al rostro—. Enfréntame. Pagarás por su muerte. —Ambos tenían la misma altura, pero Elgr era menos musculoso. Andor, por su parte, era un guerrero que había pasado muchos meses en batallas. No sería una pelea justa, y Elgr lo sabía.

—¿Que pagaré por su muerte? —Elgr lo miró, empujó al hombre contra el que luchaba y avanzó hacia él con un deseo asesino en los ojos—. Acaba de pagar por ser tu esposa.

Elgr blandió la espada hacia él, pero la esquivó.

—Ubba siempre me daba los mejores ataques a mí, pero luego viniste tú —gritó Elgr y lo volvió a embestir—. Me debería haber enviado a mí a buscar la biblia. —Otro ataque más—. Esa plata y ese tesoro me pertenecen.

Andor rugió y atacó blandiendo su arma, Problema de Dragón, contra el escudo de Elgr.

—Eres un cerdo. Un hijo de Loki.

La ira le ardía por todo el ser, al igual que la imagen del rostro moribundo de Svana, su voz resonando más alto que la batalla que lo rodeaba.

—Pagarás. —La palabra rebotó contra el escudo al tiempo que lo embestía y pronunciaba cada sílaba.

Extrajo el hacha y, con la otra mano, atacó el escudo hasta desgarrar la madera. El hacha se quedó atrapada, y jaló tan fuerte que acabó enviando el escudo volando hacia el otro lado.

—Esto es por quemar mi aldea —rugió Andor antes de hundirle Problema de Dragón en el estómago. Extrajo la espada y lo volvió a perforar—. Esto es por mi gente. —Elgr se cayó de rodillas aferrándose el estómago, y Andor blandió la espalda y le cortó la cabeza. —Y eso fue por Svana.

Mientras la batalla continuaba y oía ruidos metálicos y gritos a su alrededor, se quedó petrificado, con el pecho inflándose y desinflándose y los músculos tensos de la ira. Había logrado su venganza. ¿Y ahora qué? No se sentía satisfecho. No se había redimido. No había recuperado a Svana. No la recuperaría jamás.

La voz de su amada le resonó en los oídos: «¿Por qué tardaste…?». «¿Te encuentras bien…?». «Quería ser una buena esposa para ti…». Los gritos de las mujeres y los niños desprotegidos de la aldea se unieron a la voz de Svana seguido del choque metálico de las armas. Andor apretó los puños. El pánico, la

culpa y el dolor de la pérdida se le mezclaron en el interior como un remolino en una tormenta.

Cuando los hombres de Elgr se percataron de la muerte de su líder, comenzaron a retirarse como cobardes, y los guerreros de Andor los mataron o los dejaron correr.

Entonces la batalla terminó y la aldea se quedó inmóvil, cubierta de cuerpos sin vida o malheridos, y Andor llevó el cuerpo de Svana al fiordo. Con cuidado, la recostó sobre la playa de piedras y se enderezó mientras observaba el ocaso neblinoso y opaco gracias al humo.

—¿Y ahora qué, *jarl*? —le preguntó Fridstein que se encontraba de pie a su lado. Andor oyó la misma tristeza que le estrujaba el pecho en la voz de su hermano de armas—. ¿Cuándo comenzamos a reconstruir Hvaldalen?

Andor clavó la mirada en la distancia, en el punto en el que el fiordo desaparecía.

—No la reconstruiremos. Hay demasiados fantasmas aquí, demasiados recordatorios. Regresaré a servirle a Ubba. Me llevaré a los padres de Svana y les daré una granja. La tierra allí es más rica y más fértil. Ubba me lo debe. Todas las familias que han sobrevivido pueden venir. Han perdido el sustento porque fallé a la hora de protegerlos. Esto es lo mínimo que puedo hacer.

Al oír las palabras del *jarl*, Fridstein frunció el ceño.

—Eso no ha sido tu culpa, hermano.

Andor bajó la cabeza e hizo un gesto negativo. Tenía la vista nublada y los músculos de las mejillas le temblaban.

—He roto mi promesa. Y debo pagar por eso.

—Lo mejor que podemos hacer es quedarnos y empezar de cero. Reconstruir la aldea. Devolverle el hogar a tu gente. Ser su *jarl*.

Andor soltó el aliento tembloroso.

—Lo único que me queda es la batalla. No me quedaré en un sitio que respira el recuerdo de mi esposa.

Fridstein apretó los labios hasta formar una delgada línea entre la barba.

—Tu padre hubiera querido que encontraras otra esposa.

Ese comentario fue como una daga en el vientre.

—Jamás volveré a casarme, Fridstein. ¿No lo ves? No puedo proteger a mis seres queridos. —Miró el esqueleto carbonizado del hogar al que jamás regresaría—. No volveré a soportar esto.

CAPÍTULO UNO

Los Ángeles, 8 de enero de 2019

—Eso está mejor, Brad —dijo Cathy mientras alzaba el tubo endotraqueal para limpiar los restos de espuma de afeitar del rostro de su prometido—. Ahora puedo volver a verte el rostro.

Lo observó con la esperanza de ver una contracción nerviosa, un aleteo de las pestañas o cualquier otro movimiento. Pero lo único que se movió fue la bomba de la máquina de ventilación que tenía al lado y la línea del monitor cardíaco. Se obligó a sonreír y añadió:

—Creo en los milagros. Creo que regresarás a mí.

Cuanto más la decía, la afirmación se sentía cada vez más falsa, como si se estuviera mintiendo a sí misma.

—Solo relájate y descansa, mi amor —murmuró—. Cuando salgas del coma, estarás acicalado y fresco, como si hubieras estado durmiendo mucho tiempo. —Le dio un beso en la punta de la nariz.

Luego le aplicó su loción favorita para después del afeitado. Inhaló la fragancia masculina del producto, y la mente se le llenó de recuerdos de cuando observaba a Brad en el espejo del baño mientras se aplicaba la loción en las mejillas. No podía evitar hacer muecas al sentir el ardor del producto ni soltar exclamaciones de alivio que siempre la hacían sonreír.

Cathy lo observó con cautela con la esperanza de ver el eco de una mueca. Sin embargo, nada. Guardó los productos de afeitar en el bolso y recogió un mechón de cabello rubio oscuro que le caía sobre el hombro.

—Sí, mi amor. Ya es hora de un corte de pelo. Pero mañana.

Las puntas del cabello de Brad estaban decoloradas gracias a toda la luz solar a la que había vivido expuesto a diario como instructor de surf y surfista profesional, pero el nuevo cabello que le había crecido desde que lo habían internado era del color del trigo oscuro. Cathy deseaba poder volver a mirarlo a los ojos celestes. Deseaba verlo sonreírle una vez más. Y escucharlo decirle lo hermosa que se veía ese día y lo mucho que la amaba.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Le tomó el mentón entre las manos y le acarició los pómulos altos con el pulgar.

—Regresa a mí, Brad —le susurró— Por favor, regresa a mí.

Un llamado a la puerta la hizo sobresaltar e incorporarse para limpiarse las lágrimas antes de volverse y ver a la doctora Gentzelman y al padre de Brad, Eric, en el umbral. Eric era un calco de Brad, solo que más grande. Alto, corpulento, con cabello grueso y rubio tornándose grisáceo, tenía los mismos ojos celestes y el mismo

mentón cuadrado. Sin embargo, en el transcurso de los últimos doce meses, los hombros se le habían hundido y le habían aparecido unos círculos oscuros debajo de los ojos. Y, por primera vez, Cathy notó que comenzaba a verse como un anciano.

—Hola, Cathy —la saludó la doctora Gentzelman—. ¿Estamos interrumpiendo?

Cathy se obligó a sonreír.

—No, no. Por supuesto que no. Disculpen, estoy un poco sensible hoy.

La doctora sacudió la cabeza y le ofreció una sonrisa amable.

—No te disculpes. No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser esto para ti. —Miró a Eric y añadió—: Para los dos.

Las arrugas alrededor de la boca de Eric se profundizaron. Cathy se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Ya me iba, así que puedes pasar tiempo con él.

Tomó el bolso y estaba a punto de marcharse, cuando Eric la hizo detenerse:

—Necesito hablar contigo, Cathy.

Cathy sintió que el estómago se le hundía, pero asintió con la cabeza y lo miró.

—No está mejorando —comenzó Eric—. Ya ha pasado más de un año. Linda y yo… queremos dejarlo ir.

Cathy cerró los ojos, y un dolor lacerante la arrasó. Sintió como si alguien le hubiera robado el suelo bajo los pies. Cuando abrió los ojos, vio a la doctora y a Eric borrosos.

—No —se negó.

—Debes considerarlo, Cathy —intervino la doctora Gentzelman—. Lamento mucho decir esto, pero es muy posible que el coma de Brad sea permanente. Su cerebro no muestra casi ninguna señal de actividad, y luego de un año las chances de que regrese son casi nulas. Estamos manteniendo su cuerpo con oxígeno y le suministramos nutrientes, pero Brad ya no está con nosotros.

Cathy negó con la cabeza.

—No lo sabes. Podría estar allí todavía. La gente sale de estados de coma todo el tiempo.

—Después de un año, no, Cathy.

A Eric le tembló el mentón. Tenía la vista clavada en el suelo, pero al final la subió para mostrar los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—Lo estás torturando, Cathy. Nos estás torturando a todos, incluida a ti misma. Quiere marcharse. ¡Déjalo marchar!

Era como si le hubiera asestado un puñetazo en el estómago. Cathy dejó de respirar del dolor que oyó en esas palabras. Al ver su reacción, Eric continuó:

—Jamás te debería haber dado el poder de decidir esto. Somos sus padres. Si la decisión legal estuviera en nuestras manos, ya lo

hubiéramos dejado ir. Estamos listos.

La doctora Gentzelman le cubrió la mano con la suya.

—Quizás es hora de que tú también te prepares.

A Cathy le cayeron lágrimas por el rostro. El pecho le dolía, al igual que todo el cuerpo.

—¡No! Mientras aún haya esperanza…

—¡Pero no la hay! —gritó Eric.

La doctora negó con la cabeza.

—Lo siento mucho.

Cathy miró a Brad, que yacía sereno, como si estuviera dormido y fuera a despertar para ir a la playa.

—No acepto eso —repuso—. Si soy la única que peleará por su vida, que así sea.

Eric soltó un suspiro y se pellizcó el puente de la nariz.

—Te daremos dos semanas para hacer las paces con la idea de dejarlo ir, Cathy. Si no das permiso en dos semanas, tomaremos medidas legales. No puedo permitir que mantengas a mi hijo atrapado en esta cama cuando sé que se quiere marchar.

Unas olas cálidas de ira y temor le golpearon el rostro. Se dio la vuelta, se inclinó y le depositó un beso en la mejilla a Brad. Inhaló el aroma de la loción para después del afeitado mezclado con su propia fragancia. Se encaminó para irse y se detuvo un instante delante de Eric.

—Por favor, escúchame. No te doy mi permiso para interrumpir el soporte vital. ¿Entiendes? —Se volvió hacia la doctora Gentzelman—. No tienes permitido detener las máquinas.

Cathy aguardó el gesto de asentimiento de la doctora y salió de la habitación del hospital.

Salió del edificio en modo automático, con las palabras de Eric resonándole en los oídos. No se detuvo hasta llegar su New Beetle amarillo que había aparcado en el estacionamiento. Al meterse en el Volkswagen, se sintió como una gigante que intentaba encajar en una taza de porcelana. Hubiera preferido conducir una Range Rover, que se adaptaba mejor a su altura y tamaño. Pero Brad tenía razón. Los autos pequeños salvaban el medioambiente, por no mencionar que eran más fáciles de estacionar. Además, el color remitía al del sol y a California, que era todo lo contrario a ella. Y mientras las tablas de surf entraran, era todo lo que necesitaban.

Cathy ya había sujetado su tabla al techo porque tenía planeado ir a surfear luego de dar su lección de yoga. Pero tras la conversación que acababa de tener, yoga era lo último que tenía en mente. Llamó al estudio para dar parte de enferma, encendió el coche y salió del estacionamiento del hospital. Era un día de invierno sorprendentemente cálido.

La pena y la desesperación se arremolinaban en su interior, le hacían hervir la sangre y la atacaban. Necesitaba ir a la playa. Al sitio donde todo había comenzado. Donde había conocido a Brad hacía cinco años. Donde habían planeado abrir una escuela de surf y de yoga. Donde se iban a casar. Y donde la gente que se suponía que eran sus amigos lo habían ahuyentado… hasta que le causaron la muerte.

¡No! Aún no estaba muerto.

Mientras conducía hacia Sonada Beach, Cathy observó la escena familiar que iba dejando atrás: las casas, las palmeras y las colinas que había visto cientos de veces con Brad. Cuando llegó, aparcó en la cima de la colina y se puso el traje de neopreno. Era de un rosa intenso y Brad lo había escogido a modo de broma. «Esto dirá a gritos: "Chica de California"», le había dicho entre carcajadas cuando abrió el regalo y la mandíbula se le cayó al suelo.

Lo cierto era que Cathy no se podía sentir menos californiana con ese traje puesto. A pesar de que había sido vegana durante ocho años y de las horas que pasaba haciendo yoga, su cuerpo se empeñaba en tener curvas. Debajo de la grasa, tenía músculos, pero en ese traje de neopreno, Cathy se sentía como una rosada bola gigante de carne humana.

Echaba de menos a Brad a nivel físico, como si fuera un pájaro y sus alas no le funcionaran sin él. A lo mejor, si entraba en el océano, lograría conectar con él. Quizás podría encontrar su espíritu y pedirle que regresara a su cuerpo. Quizás estaba perdido allí, entre las olas, y si lo encontraba, podría ayudarlo a regresar. O quizás eso era una sarta de tonterías típicas del movimiento de la Nueva Era.

Cathy se recogió el cabello en un rodete despeinado, tomó la tabla de surf y caminó por el camino de piedras que conducía a la playa de arena blanca oculta entre las colinas.

Los divisó desde arriba. Cathy estaba dispuesta a venderle su alma al diablo para que no la detectaran. Pero ni el diablo podría ocultar el traje de neopreno rosado. Los cinco se detuvieron delante de ella: cuatro hombres de edad media y Miranda. Los hombres no estaban en su mejor forma, un par de ellos tenían barrigas cerveceras y Jason era el más entallado. Miranda era pequeña, pero tenía el físico de una fisicoculturista y el bronceado de alguien que pasaba muchas horas al sol. Todos la miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Miranda—. No tienes permitido venir a esta playa.

Cathy se retorció en una bola por dentro. La mayoría de los surfistas no eran como esos sujetos. La mayoría eran como Brad: trotamundos relajados que disfrutaban del océano. Miranda y su banda jamás se habían marchado de California porque habían crecido con una de las playas más magníficas del mundo en el patio

trasero y se negaban a compartirla. Por desgracia, los surfistas locales no eran un problema solo allí, y la policía no podía hacer nada al respecto, ni tampoco las protestas públicas. Pero no permitiría que la afectaran.

—¿Siguen intimidando a la gente aun después de lo que le pasó a Brad? Parecen adolescentes en el recreo de la escuela. Maduren.

—Puede ser —repuso Jason—, pero alguien tiene que proteger nuestra playa. Mira esto. —Estiró las manos hacia la playa. Había solo tres personas en el agua y nadie más, excepto Cathy y el grupo. La bahía era espectacular: arena suave, acantilados altos y olas que rompían contra un punto en las rocas—. ¿Por qué crees que Sonada no está tan abarrotada como Malibu o El Porto? Porque la protegemos. Brad también creció aquí. Se convirtió en campeón mundial porque se entrenó con estas olas, con esta libertad. Si permitimos que cualquier turista venga, no se podría ni escupir sin salpicar a alguien.

—En especial, si hubieran abierto esa condenada escuela de yoga y surf —añadió Miranda.

Sí, ese era el motivo por el que habían ahuyentado a Brad de la playa: lo habían hecho escoger entre Cathy y el grupo. Cathy o la playa. Y la había escogido a ella.

«Lucha por ti, Cathy. Enfréntalos como lo hizo él».

—Ni siquiera se arrepienten —continuó—. ¿No ven que casi muere por ustedes?

Miranda negó con la cabeza, y Jason bajó la mirada con las fosas nasales dilatadas.

—Si quieres culpar a alguien de lo que le pasó, cúlpate a ti misma —le dijo Miranda—. Él era uno de nosotros. Nuestro campeón mundial. Jamás hubiera dejado la playa de no haber sido por ti. Tú le sembraste la idea de abrir esa escuela.

A Cathy se le estrechó la garganta.

—Ya basta, Miranda —interrumpió Jason—. Ya no habrá ninguna escuela. No sin Brad.

A Cathy se le nublaron los ojos y se le estrechó el pecho. Tenía razón. No sin Brad.

Jason miró a Cathy, y se le suavizó el rostro.

—Solo por él, quédate y surfea. Solo por hoy. No regreses. Es muy difícil para todos.

Jaló de Miranda, y los cinco se alejaron. ¿De verdad la culpaban por el accidente de Brad? Y peor aún, ¿tendrían razón? El estómago se le revolvió de dudas. Si no la hubiera escogido a ella, de seguro se encontraría sano y salvo, viviendo la vida al máximo.

Con las piernas temblorosas y los brazos como fideos cocidos, avanzó hacia el océano. El sonido de las olas que rompían era familiar y reconfortante, y Cathy se metió en el agua fría y los pies

se le entumecieron. Colocó la tabla sobre el agua, saltó sobre las olas y se subió a la tabla para empezar a nadar hacia el mar abierto. El viento no era fuerte ese día, y las olas no eran las mejores para surfear. Pero en realidad, ella no quería surfear. Quería estar en el agua. Conectar con Brad.

Cuando la playa quedó lejos a sus espaldas, dejó de nadar y se sentó sobre la tabla con las piernas colgando a ambos lados. Quizás el alma de Brad se encontraba en algún sitio cercano. Quizás estaba en lo más profundo del océano, donde se había golpeado la cabeza. Quizás Cathy debía sumergirse y ver si lo encontraba. O quizás sumergirse y quedarse allí y punto. Quizás así ella y Brad volverían a estar juntos. Bajó la mirada al agua azul oscura. Quizás debería soltar todo.

Alguien le salpicó agua fría en el rostro. Cathy soltó un jadeo al tiempo que sentía el escozor de la sal en los ojos. Alzó la mirada y, con los párpados dolorosos, vio a una anciana en una tabla de surf. Quedó tan anonadada que casi se cae cuando una ola la meció.

—Hola, querida —la saludó la mujer.

Llevaba puesto un traje de neopreno con unas líneas verdes. Tenía el cabello blanco, sujeto en un pequeño rodete en el cuello, y los ojos de un color de lo más peculiar: al parecer cambiaban de color. O quizás eran de varios colores al mismo tiempo.

—Eh… hola —repuso Cathy.

La mujer alzó el rostro al cielo.

—Qué día más encantador, ¿no crees?

Cathy miró alrededor para asegurarse de que estuviera hablándole a ella.

—Sí, así es. Lo siento, ¿se encuentra bien? ¿Necesita ayuda para regresar a la orilla?

—Oh, no, querida. Estoy de mil maravillas. Tú eres la que necesita ayuda.

Cathy bajó la mirada a la tabla. ¿Se habría dañado sin que se percatara? No, se veía en perfecto estado.

—¿De qué habla?

—Morir aquí no es tu destino.

Cathy se consideraba una persona espiritual. Sentía que había un poder superior en el universo y creía en la ley de la atracción. Además, enseñaba yoga. Pero jamás había experimentado lo que sentía en ese momento. Como si unas chispas de electricidad fría le estuvieran trepando debajo de la piel.

—¿Y cómo lo sabe?

—No encontrarás su alma allí abajo, querida. Y aunque la encuentres, eso no lo traerá de regreso.

A Cathy se le formó un doloroso nudo en la garganta y se tuvo que obligar a inhalar profundo y despacio, contar hasta cuatro y

soltar el aire también contando hasta cuatro. A lo mejor estaba loca, pero había algo especial en esa mujer.

—¿Me puede ayudar a recuperarlo? —le preguntó.

—Oh, querida, no lo puedes ayudar. Sin embargo, hay un hombre al que sí puedes ayudar. El hombre que está destinado para ti.

Cathy frunció el ceño.

—¿Se refiere a Brad?

La mujer sonrió como si fuera una niña dulce y tonta.

—No es Brad, aunque Brad es una parte de él. —Negó con la cabeza—. Menos palabras y más acción.

Abrió un bolsillo en el muslo y extrajo un objeto extraño y bastante grande para el tamaño del compartimiento. ¿Cómo habría logrado meterlo allí?

El objeto destelló en sus manos como el oro. Y era dorado. Era un huso. Tenía la superficie cubierta con unos grabados que Cathy reconoció de la mitología nórdica que siempre le había interesado. Miró el rostro sereno y arrugado de la anciana.

—¿Quién es?

—Soy precisamente lo que temes creer que soy, pero no tenemos demasiado tiempo, querida. Hay un hombre que necesita que lo salves. A cambio, él te salvará a ti.

La mujer le ofreció el huso y, completamente anonadada, Cathy lo observó.

—Deprisa —la presionó—. La batalla está a punto de comenzar, y entonces será demasiado tarde.

Todo sonaba demasiado extraño, incluso para Cathy, pero no podía despegar los ojos del huso. Estiró la mano por voluntad propia. Cuando lo tocó, un suave estado meditativo la envolvió. El mundo a su alrededor comenzó a desvanecerse: el cielo, la costa y la mujer. Lo único que quedó fue la tabla de surf y la voz de la anciana:

—Vas a viajar en el tiempo.

Entonces, como si fuera una ola que la alzaba para sumergirla, Cathy se dejó llevar. La energía la invadió y la llevó hacia una costa desconocida. Y luego, todo se hundió en las penumbras.

CAPÍTULO
DOS

Countisbury Hill Beach, Devon, reino de Wessex, 8 de enero de 878 d. C.

—¡Dense por vencidos, tontos! —rugió Ubba. Estaba de pie a la izquierda de Andor y las cadenas de la exquisita *brynja* que tenía puesta destellaban bajo la luz grisácea del ventoso día de invierno. A lo largo de la playa de piedra, frente a las fuerzas vikingas, se encontraban las formaciones anglosajonas—. Casi los duplicamos en número. —Luego agregó algo en la lengua sajona que Andor no comprendió.

Un hombre con una refinada armadura se encontraba entre los enemigos. Era el *ealdorman* Odda y gritó algo en respuesta que hizo que Ubba soltara una carcajada antes de decirles a sus hombres:

—No sabe maldecir.

Luego se volvió a reír. Sonriendo, Ubba alzó la mirada por encima de la cabeza de Andor, al sitio donde el viento del océano jugaba con el estandarte del cuervo. Si el cuervo agitaba las alas, la batalla sería exitosa. De lo contrario, acabaría en derrota. Fridstein sostenía el estandarte y se encontraba en la primera fila de la formación, a la derecha de Andor.

Andor observó lo que los rodeaba. Los acantilados se alzaban casi tan altos como los de Noruega. En la cima de uno, se encontraba el castro de Cynwit y más alejado, el camino que conducía a Wessex.

Bajo el cielo hibernal, entre los vikingos y los anglosajones, el mar enfadado enviaba olas grises, violentas, que rompían contra las rocas. A su izquierda, veintitrés barcos se mecían desde donde se habían acercado a la costa. Habían llevado setecientos hombres. Mientras que los territorios del noreste les pertenecían a los nórdicos, el ejército pagano casi no había tocado la costa oeste de Wessex todavía, pero estaban listos para invadirla. El rey Alfredo, un cobarde bastardo, se ocultaba en algún sitio tras la devastadora derrota. No había mejor momento para tomar Wessex, el último reino anglosajón.

—El cuervo no mueve las alas —señaló Ubba con el mentón tenso y las fosas nasales dilatadas.

Andor alzó la vista. El estandarte blanco y triangular con el cuervo negro bordado estaba caído a pesar del fuerte viento. Tenía un borde redondeado sobre el que colgaban varias etiquetas con runas. Según decía el rumor, las tres hermanas de Ubba, hijas del legendario Ragnar Lothbrok, habían hecho el estandarte. Las tres

eran *völvas* y habían susurrado la magia de Odín mientras trabajaban en él.

Cuando Andor le había preguntado si esos rumores eran ciertos, Ubba se había limitado a encogerse de hombros y cambiar de tema con una sonrisa pícara en el rostro. Ubba creía en las premoniciones del estandarte, y, hasta el momento, jamás se había equivocado. Por su parte, Andor no creía que ese estandarte pudiera controlar el resultado de la batalla, pero no tenía dudas de que podía socavar la moral de su comandante y de todo el ejército.

—Ubba, no lo analices demasiado —le aconsejó Andor—. Llegado este punto, no podemos perder. Los duplicamos en número. Los hombres están listos. Tomemos Wessex.

Ubba asintió con la cabeza y tocó el Mjölnir, el dije del martillo de Thor que le colgaba del cuello. Alzó la lanza y así dio comienzo a la batalla.

—¡Odín, toma a estos perros como mi sacrificio para ti!

En la playa resonaron los rugidos de setecientos hombres. Andor se unió a ellos permitiendo que la furia de la batalla se le asentara en el vientre y se le esparciera por las venas como un incendio forestal para acabar arrasando el recuerdo de Svana y el dolor de su pérdida. Si la creencia supersticiosa de Ubba resultaba cierta y moría en esa batalla, abrazaría la muerte de buena gana.

Los anglosajones asumieron una posición de defensa, y Ubba estaba a punto de arrojar la lanza que daría inicio a la batalla cuando vieron un destello rosado entre los dos ejércitos. Andor jamás había visto ese color en toda su vida. Era como el rosado del cielo sobre el mar antes del amanecer… pero mucho más intenso, tan intenso que le produjo dolor en los ojos.

De repente, en el medio de las fuerzas vikingas y anglosajonas se encontraba una mujer. Estaba cubierta con una piel de color rosa intenso, a excepción del rostro, las manos y los pies. Era alta, musculosa y rubia. ¿Se trataría de una elfa? ¿De una giganta? ¿O sería una valquiria? Si se trataba de una valquiria, Ubba tenía razón: estaban condenados, y había ido a buscar a los muertos.

Andor no era el único que la veía. El rugido de los setecientos hombres que lo rodeaban se apagó. Casi todos bajaron las armas y clavaron la mirada en ella. El enemigo tomó ventaja del momento de estupor y se lanzó al ataque. La batalla comenzó, pero la lanza no voló. Odín no los bendijo.

—¡Alcen los escudos! —ordenó Ubba.

Mientras los nórdicos comenzaban a resguardarse detrás de los escudos, Andor se agachó detrás del suyo, y la extraña mujer desapareció de la vista. La furia de la batalla se coció a fuego lento en su interior. Al fin y al cabo, él mismo lo había dicho: lo único que le quedaba, era la batalla.

CATHY QUERÍA GRITAR, pero el terror le paralizó la garganta. Surgió en una playa de piedritas entre un cielo y mar grises y unos acantilados gigantes frente a la costa. Hacía tanto frío que el viento la convirtió en un témpano.

Lo peor de todo era que se encontraba de pie entre dos ejércitos medievales. En un grupo parecían caballeros ingleses, mientras que en el otro…, vikingos.

El aliento se le congeló en la garganta, y el suelo se le hundió bajo los pies, pero vio un rostro que hizo que el calor le volviera a circular por el cuerpo y le derritiera el terror. Era el rostro de Brad.

Se encontraba entre los vikingos, en la primera fila, y la miraba fijo con la boca abierta, al igual que el resto de los hombres barbudos a sus espaldas. Sostenía un escudo redondo y una espada vikinga. Tenía el cabello largo y ondulado, y la parte baja del rostro estaba oculta debajo de una barba.

—Pero si te acabo de afeitar —susurró. Qué tonta. ¡Como si eso fuera lo más importante en ese momento! ¿Y qué realidad era esa que Brad ya no se encontraba en coma?

De repente, los caballeros soltaron un rugido y se lanzaron al ataque de los vikingos. Y de ella.

En ese momento, le surgió el instinto de lucha o huida. Se le destrabaron los pies y salió volando para apartarse del paso de los hombres al ataque. Se dirigió hacia los acantilados y los arbustos.

Un vikingo rugió:

—¡*Skjaldborg*! —La palabra le sonó rara en los oídos, como si fuera un idioma extranjero. Pero de algún modo, supo que significaba pared de escudos. En los siguientes instantes, oyó varias órdenes similares.

Mientras el metal, la madera y los hombres se enfrentaban a sus espaldas, vio una cueva entre unos arbustos del acantilado. Echó a correr en esa dirección lo más rápido que pudo. Ignoró el dolor que le producían las piedras al clavarse en las plantas de los pies y el ardor en los pulmones hasta llegar a la entrada. Era una cueva pequeña, de apenas un metro y medio de profundidad, y no tenía manera de caber parada en ella. Pero se agachó y entró gateando hasta que la espalda le rozó el techo, y hasta que no supo con certeza de que nadie la había seguido, no logró respirar tranquila.

La respiración agitada resonaba alta y pesada y hacía eco entre las paredes de la cueva. Casi sofocaba los sonidos de la batalla. Las manos le temblaban, y se dio cuenta de lo mucho que le dolían las plantas de los pies. Cuando se inspeccionó un pie, lo vio magullado y con varios cortes superficiales por las piedras.

La pared de la cueva le produjo un escalofrío. Olía a tierra húmeda y algas viejas. Ese sitio no tenía el sabor salado del Pacífico. ¿Dónde se encontraba? ¿Y por qué Brad iba vestido como un guerrero vikingo a punto de luchar contra cientos de personas que parecían haber salido de una película histórica británica?

Los gritos, los rugidos y los golpes de las armas resonaban fuerte en la playa. Cathy hasta creyó que se iban acercando más a ella.

Y esa anciana que había aparecido de la nada sobre una tabla de surf en el medio del mar… ¿Quién era? Y el huso dorado con patrones vikingos…

Cathy sintió un escalofrío. Nunca había probado drogas alucinógenas, a pesar de que sus amigos en los círculos de yoga juraban que tenían cualidades terapéuticas. ¿Sería que en la superficie del huso había habido algún alucinógeno? La mujer le había dicho que iba a viajar en el tiempo, pero eso era imposible, ¿no?

El hombre que se parecía tanto a Brad… ¿Sería que se encontraba en una realidad alternativa como en un programa de ciencia ficción? ¿Y que, en esa realidad, Brad se encontraba vivo y a salvo… y era un vikingo?

La mujer había dicho algo acerca de ayudar a un hombre. ¿Sería que tenía que salvarlo? Oh, cielos, ¿y si fracasaba y él volvía a resultar herido?

Se agachó y se arrastró hacia la apertura de la cueva, hacia la luz, pero no se veía nada desde detrás de los arbustos. Con cautela, salió y echó un vistazo a través de un matorral. Lo que vio, le puso el mundo patas para arriba.

Al haberse criado en una buena familia, en un ambiente sano, solo había visto muerte y violencia en la televisión. Ahora, varios hombres yacían con las tripas desparramadas, los cráneos quebrados, heridas en los pechos, en las gargantas, en los brazos y en las piernas. Otros luchaban con espadas y escudos. La imagen hizo que se le subiera la bilis a la garganta, al tiempo que el terror le impedía mover los pies.

No se trataba ni de una película, ni de un estudio cinematográfico, ni mucho menos de un juego. La gente de verdad se estaba muriendo delante de sus ojos.

Cuando el vómito se le subió a la boca, vio a Brad. Perseguía a un hombre en armadura que sostenía un estandarte arrugado y desgarrado en la mano. Brad lo sujetó y lo arrojó al suelo antes de patearlo y clavarle la espada en el cuello.

Cathy se aferró a las ramas del arbusto para no caerse de espalda. Su Brad jamás haría eso. Su Brad era vegano y detestaba la idea de matar a otros seres vivos.

Un guerrero se acercó a él por las espaldas y lo golpeó en la cabeza con el pomo de la espada. Brad se dio la vuelta y blandió su arma, pero los brazos se le movieron como espaguetis cocidos. Acto seguido se desplomó en el suelo. El guerrero se inclinó para acabarlo, pero un grito fuerte que provenía del campo de batalla lo hizo detenerse. Se enderezó y echó a correr para unirse a otros soldados.

Sobre la playa, varios hombres seguían luchando, a pesar de que muchos vikingos huían hacia los barcos. A Cathy se le congeló la sangre. Si perdían, era probable que los ingleses fueran a ver si Brad seguía vivo. Cathy tenía que ayudarlo. No podía permitir que resultara herido otra vez.

El corazón le latía desbocado. Sin incorporarse, avanzó hasta Brad, le pasó las manos por debajo de las axilas y jaló de él. Oh, cielos, era gigante y pesado. Apenas lo podía mover. Jaló con toda la fuerza que tuvo, y el cuerpo se movió un centímetro. Tenía que darse prisa. La verían en cualquier momento.

Por fortuna, aún no la habían descubierto. De algún modo, se las ingenió para arrastrarlo hasta la cueva. Era tan grande que, para entrarlo, tuvo que sentarlo. Una vez dentro, apenas hubo espacio para ella.

Tenía que ver qué tan lastimado se encontraba. Le sintió el pulso que estaba débil, pero aún se sentía. Luego le recorrió el cuerpo con la mirada en busca de heridas, pero solo vio rasguños y magulladuras. Por fin llegó a la cabeza. La parte trasera de la cabeza le sangraba, y la herida parecía similar a la que se había hecho surfeando.

A Cathy le temblaron las manos. Tenía que hacer algo para detener el sangrado, pero no tenía absolutamente nada, excepto el traje de neopreno y las llaves del coche en uno de los bolsillos. A lo mejor encontraba algo afuera. Avanzó arrastrándose entre los arbustos y vio el estandarte en la mano de un guerrero. Tras asegurarse de que no hubiera nadie cerca, estiró la mano y sujetó la tela. Al regresar a la cueva, sacudió el césped y la tierra del trapo y se lo apretó contra la herida. A continuación, le estudió el rostro pacífico, como lo había hecho los incontables días que había pasado en el hospital, rezando y deseando que se moviera, se sacudiera y se despertara.

—Creo en la magia de la vida —dijo—. Creo que te vas a poner bien.

Comenzó a repetir las palabras como una plegaria mientras lo mecía como en un estado de meditación. No supo cuánto tiempo transcurrió, pero los sonidos de la batalla cesaron en el exterior, y más luz se coló en el interior de la cueva: el sol se había movido hacia el oeste y pronto se ocultaría.

Estaba acostumbrada a esperar y mirar cada pestaña, cada vena y cada párpado en busca del más mínimo movimiento. Sin embargo, eso no había ocurrido en el año entero que Brad había estado internado. De pronto, abrió los párpados y clavó los ojos celestes en ella.

CAPÍTULO

TRES

Era encantadora. Tenía unos ojos grises grandes y con pestañas alargadas y espesas; mejillas suaves y rosadas; una boca que parecía una flor en plena floración y unas pecas pálidas que le cubrían la nariz como polvo dorado. Llevaba el cabello rubio sujeto en un rodete tenso en la cima de la cabeza, como los guerreros, y el rostro le quedó completamente expuesto ante él.

Tenía una expresión desnuda y abierta. Vulnerable. Lo miró con preocupación y algo que parecía asombro. O, quizás, euforia.

A pesar de que estaba oscuro allí, la piel de ese rosa tan intenso que le comenzaba debajo del mentón destellaba como el último amanecer ante Ragnarok y le producía dolor en los ojos.

—¿Valquiria? —le preguntó con la voz ronca.

La pregunta la hizo fruncir el ceño.

—¿Cómo dices?

Él parpadeó para permitir que los ojos se le adaptaran a la luz de la cueva.

—Valquiria, ¿has venido a llevarme al Valhalla?

Los labios se le curvaron en una sonrisa dulce y triste. Le tomó el rostro entre las manos, y el roce se sintió suave como una pluma.

—Oh, mi pobrecito, te has golpeado fuerte la cabeza. Otra vez. Pero al menos no estás en estado de coma. —Miró alrededor—. Quizás esta sí sea una suerte de realidad alternativa y hablo un idioma raro que no recuerdo haber aprendido. —Bajó la mirada hacia él y se le suavizaron los ojos—. Pero estás vivo. Y estoy aquí contigo. Eso es lo único que importa.

Andor parpadeó. Las palabras no tenían demasiado sentido y le producían dolor de cabeza. Intentó sentarse erguido, pero la cabeza le dio vueltas y le dolió, y se le subió la bilis por la garganta. De repente, tomó consciencia de la superficie fría y áspera sobre la que estaba sentado, y de las piedras afiladas que se le clavaban contra la piel. No podía estar de camino al Valhalla. No estaba muriendo. Y esa mujer no era una valquiria.

—Brad, mi amor, no te muevas. —Se acercó más a él—. Has perdido mucha sangre, y puede que tengas un traumatismo en la cabeza.

Sea quien fuera esa desconocida, al menos no intentaba matarlo.

—¿Qué significa Brad? —le preguntó.

La pregunta hizo que se le tensara el rostro.

—Es tu nombre, ¿no?

—No.

Había algo mal con ella. Andor empujó la pared de la cueva para sentarse erguido, pero fue un grave error. El suelo se movió como la

cubierta de un barco en plena tormenta. Se inclinó para tocar el punto en la parte trasera de la cabeza desde donde le irradiaba el dolor. Como los dedos tocaron un trapo en lugar de cabello, asumió que le había vendado la herida.

—Y entonces, ¿cómo te llamas? —le preguntó con la voz temblorosa.

—Andor Thornsson.

Ella se humedeció los labios al tiempo que el pecho se le inflaba y desinflaba.

—¿No me recuerdas?

Por un instante, la miró con los ojos entrecerrados.

—Sí que te recuerdo. Te apareciste de la nada en la playa. Creí que eras una valquiria. Y mis hombres también lo creyeron.

Eso la hizo fruncir el ceño aún más.

—Si no eres una valquiria, por todos los dioses, ¿quién eres?

—Me llamo Cathy —le respondió—. Soy tu prometida.

Oh, que Loki lo condenara, ¿su prometida? Si se hubiera encontrado en condiciones de incorporarse y alejarse de esa lunática, lo hubiera hecho. Pero le dolía la cabeza como si un gigante ebrio se la estuviera aplastando con los pies.

—No tengo ninguna prometida —repuso con los dientes apretados—. Déjate de tonterías.

Cathy apretó los labios y se obligó a sonreír.

—Ya veo. Si esta es una realidad paralela en la que tienes otro nombre y llevas una suerte de armadura medieval y… —miró indefensa hacia la boca de la cueva— luchas como un bárbaro, entiendo que no me recuerdes. —Se volvió hacia él con los ojos destellando. Y con gran convicción, añadió—: Pero yo sí te recuerdo.

Andor soltó un gruñido bajo. La mujer lo irritaba con esas palabras extrañas y lo confundía con ese extraño cuerpo rosado… Bajó la mirada y se dio cuenta de que no se trataba de su piel. Era algo que parecía vestimenta. ¿Por qué no llevaba un vestido de mujer?

Llegado el caso, lo que tenía puesto parecía una especie de armadura, aunque una armadura de tela no parecía tener ningún sentido. O quizás daba el aspecto de ser de tela. Quizás los enanos habían confeccionado una armadura tan indestructible como Gleipnir, las cadenas que sujetaban a Fenrir, el lobo gigante.

Ella era el motivo por el que una batalla que debía haber sido una victoria fácil se había convertido en una derrota absoluta.

Ubba… El recuerdo le pasó por la mente: Ubba cayendo muerto, asesinado por el líder de los anglosajones. La ira le rugió en las entrañas, mezclada con la tristeza más profunda que había sentido desde el incendio en Hvaldalen. Desde que Svana… Era la culpa de esa mujer.

Se sentó erguido y, en esta ocasión, la cabeza no le dio tantas vueltas. A lo mejor la ira hacia ella le infundió fuerzas.

—Tú… es todo tu culpa. Te apareciste, y los anglosajones tomaron ventaja de nuestra sorpresa para atacar… ¿De dónde has venido?

Cathy parpadeó.

—De Los Ángeles, California.

Qué mujer más insolente, no dejaba de usar palabras extrañas.

—Por tu culpa hemos perdido…

¿Habían perdido? Andor tenía que ver.

—Pero Brad… —comenzó, pero él la ignoró.

Con mucha dificultad y un dolor profundo, se movió en cuatro patas y gateó hacia la salida de la cueva.

—Brad… Digo, Andor, aguarda…

Cuando salió, la luz del sol le hizo doler los ojos. Aguardó un momento, y cuando recuperó la vista, siguió gateando para mirar alrededor del matorral que le bloqueaba la vista de la playa. Lo que vio hizo que se le hundiera el estómago.

Un sinfín de cuerpos yacían sobre la playa: los cuerpos de sus guerreros. Los soldados anglosajones caminaban por la playa perforando a los que podrían seguir vivos y buscando soldados heridos de su bando. Los barcos de Ubba, incluidos los cinco de Andor, habían desaparecido. Andor apretó los puños y se volvió hacia ella.

—Has provocado nuestra derrota.

La acusación le hizo soltar un jadeo.

—¡No hice nada! Yo no escogí transportarme al medio de una batalla.

De repente, los ojos se le agrandaron, y clavó la mirada a espaldas de Andor. El vikingo le siguió la mirada. Un anglosajón se acercaba a ellos con la espada sangrienta destellando. Andor se llevó la mano al cinturón en busca de la espada, pero no la encontró.

—¿Dónde está mi espada? —le gritó mirando alrededor.

—¡Allí! —Cathy señaló un punto a su izquierda. A unos pasos de distancia yacía un anglosajón muerto y, al lado de él, se encontraba Problema de Dragón.

Con la cabeza a punto de partírsele, Andor se incorporó y se tambaleó unos pasos. Las piedritas resonaban bajo las botas de su enemigo, y el soldado rugió al lado de él. Andor alzó la espada y giró justo a tiempo de esquivar el arma del anglosajón. Acto seguido, blandió la espada y le apuntó hacia el lateral. Pero se encontraba demasiado débil y lento, y el sajón se las ingenió para desviar el ataque.

El hombre lo embistió sin cesar, y lo único que logró hacer Andor fue agacharse, esquivarlo y desviarlo. Un dolor candente lo arrasó cuando el guerrero le clavó la espada en el muslo. Cathy se estremeció, y cuando el sajón miró hacia ella, el cuello le quedó expuesto. Andor bajó la espada con un movimiento rápido que le produjo un intenso dolor en todo el cuerpo y le cortó la cabeza.

Luego se cayó sobre las rodillas y respiró entre jadeos. El mundo giraba a su alrededor, y el suelo debajo de las rodillas se movía y se hundía. Algo frío y duro se le apretó contra la oreja al tiempo que la tierra se paraba vertical, al igual que el cielo y el mar.

—¡Andor! ¡Andor! —gritó una voz femenina.

Los oídos le resonaban, tenía el cuerpo languidecido y doblado, se sentía pesado y desamparado.

Y fue entonces que se hundió en el mar oscuro del olvido.

CAPÍTULO

CUATRO

Brad colapsó. No, no era Brad. Era Andor.

El hombre se cayó, y la sangre no dejó de manarle de la nueva herida que tenía en la cadera. Cathy ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar a la imagen de la cabeza humana que rodaba como un balón de fútbol.

—¡Andor! —lo llamó—. ¡Andor!

Sin embargo, Andor puso los ojos en blanco y volvió a quedar inconsciente. Había perdido demasiada sangre. ¿Cómo había encontrado la fuerza de luchar contra ese hombre en primer lugar?

Cathy se apresuró a su lado y lo giró. Le examinó la pierna de cerca. Tenía que detener el sangrado de inmediato, pero primero tenía que ocultarlo antes de que más guerreros vinieran tras ellos. Lo arrastró detrás de los arbustos y esperó que les brindaran suficiente protección. Desgarró un trozo del borde de la túnica de Andor bajo la armadura y se lo apretó contra la herida. Se encontraba en la cara externa del muslo y, por fortuna, no cerca de la entrepierna, donde estaba la arteria. Sin embargo, era una herida profunda, y en poco tiempo el trapo quedó empapado de sangre.

—¡Maldita sea, Andor! —exclamó Cathy antes de desgarrarle otro trozo de la túnica. La tela estaba cubierta de tierra y polvo, y estaba algo rígida por la sal marina. Todo eso era malo para una herida abierta, pero era mejor que nada. Era obvio que Andor había pasado mucho tiempo viajando.

Cathy le apretó la tela contra la herida durante varios minutos hasta que de pronto oyó unas voces cerca, detrás de los arbustos. Cuando el trapo dejó de llenarse de sangre, lo volvió a arrastrar hasta la cueva.

Una vez dentro, le sintió el pulso, que se encontraba débil, pero estable. Era probable que tuviera que suturarle la herida del muslo… y quizás la de la cabeza también. Aunque jamás lo había hecho, había acudido a un curso de primeros auxilios y asistencia médica para surfistas con Brad.

Las voces sonaron tan cerca, que entendió lo que decían.

—Padre Paul, este está muerto.

—Que en paz descanse —dijo otra voz.

—Creo que este sigue vivo —añadió la primera voz, que sonaba más joven.

—A ver. —Se oyeron pasos, seguidos de silencio—. No, no puede estar vivo después de esa herida en el cuello. Que Dios te acompañe, hijo. Has luchado con gran valentía en nombre de Cristo y nuestro rey.

Cathy tragó con dificultad. Sonaban como sacerdotes o quizás monjes. Tenía que actuar deprisa. Si se encontraba en una realidad con caballeros medievales y vikingos al ataque, también tenía que haber monasterios. Y los monjes debían de ser los mejores médicos disponibles.

Echó un vistazo al exterior de la cueva y el espacio donde los arbustos acababan y vio la parte trasera de una carreta de madera que tiraba un burro en la distancia. Dos hombres con sotanas marrones caminaban al lado de la carreta sobre la que yacía un hombre en un lecho de paja.

Los monjes parecían estar buscando a los heridos. Tenía que llevar a Brad… a Andor hasta ellos. Aunque, tenía dos problemas. El primero era que, sin dudas, reconocerían a un vikingo y llamarían a los soldados para que lo mataran. Y el segundo era que, probablemente, la quemarían como a una bruja por llevar puesto el traje de neopreno rosado. Tenía que deshacerse de cualquier cosa que delatara a Andor, quitarse el traje de neopreno y ponerse otra cosa.

Recorrió a Andor con la mirada. No tenía mucha idea entre la diferencia de prendas inglesas y vikingas, pero tendría que arriesgarse. Los ingleses parecían llevar armaduras metálicas y cascos. También usaban armas diferentes. Pero se imaginó que las prendas básicas eran muy similares. Por ende, si lograba quitarle la armadura y ocultar la espada, eso debería bastar, ¿no? Podría decir que se la había quitado para tratarle las heridas.

Con detenimiento, desató las tiras de cuero de la pechera y se la quitó por la cabeza. No le resultó una tarea fácil con un guerrero gigante del tamaño de un concursante de Míster Universo, en especial cuando tenía que evitar rozarle la herida de la cabeza.

Cuando terminó de quitarle la armadura, la siguiente tarea fue hacer algo con respecto a sus propias prendas. Miró alrededor, y lo único que se le ocurrió fue lo último que quiso hacer: quitarle las prendas a un soldado sajón muerto y ponérselas. Se estremeció ante la idea, pero no tenía tiempo para recelos si quería salvarle la vida a Andor.

Determinada, se movió hacia el arbusto. Los monjes se encontraban más lejos, agachándose contra un hombre en el suelo. Cathy corrió hacia el primer hombre que Andor había lastimado, el que sostenía el estandarte del cuervo que había utilizado para vendarle la cabeza a Andor. Le pareció que era la centésima vez que arrastraba a alguien detrás de un arbusto.

Hizo una mueca al ver el rostro pálido y la herida en el cuello. ¿Cómo podía tocar un cadáver? ¿Cómo podría desvestirlo y ponerse sus prendas? Aunque no lo sintió venir, los contenidos del estómago le subieron por la garganta y lo único que atinó a hacer fue darse la

vuelta y vomitar. Se estremeció como si tuviera fiebre. Todos sus instintos le decían que se diera la vuelta y echara a correr. Y estaría encantada de hacerlo, pero amaba demasiado a Brad, por más que esa versión no la reconociera.

Tenía que ser fuerte para él, y no la débil cobarde que había sido hacía un año, cuando debió haber insistido en que Brad se quedara con sus amigos y abrir la escuela sin él, en lugar de ahogarse en sus propias inseguridades y necesitar que le diera coraje. Al final de cuentas, ¿a dónde la había llevado eso? Ahora, no cometería el mismo error.

Cerró los ojos durante un instante, tomó una profunda bocanada de aire y buscó su centro. Eso la ayudó a soltar los miedos y el asco y a ganar algo de fortaleza.

Se limpió la boca, que le sabía agria, con la mano

—Discúlpame, quienquiera que seas —le susurró al cadáver. Se prohibió pensar en lo que estaba haciendo y comenzó a desvestirlo. Con gran dificultad, logró quitarle la cota de malla, que debía de pesar al menos nueve kilos. Cuando terminó, estaba empapada de sudor y respiraba entre jadeos. Quitarle el resto de las prendas fue pan comido en comparación con la armadura. Con pesar, se quitó el traje de neopreno agradeciendo por dentro llevar puestos unos pantalones cortos y una camiseta de buceo debajo.

Entonces vino la parte difícil: ponerse las prendas de un muerto. La túnica apestaba a sudor masculino y sangre. Tanto el cuello como el pecho estaban empapados de sangre, y casi pudo jurar que la tela crujió cuando se la puso.

Le volvió a subir una arcada, pero decidió respirar por la boca. Eso ayudó. Se puso los pantalones y se negó a olerlos. Eran de una tela áspera, como el cáñamo, pero le encajaban bien. De hecho, todas las prendas le encajaban como si las hubieran hecho a su medida; era de lo más deprimente, pero decidió no pensar en eso. Por último, le quitó las medias de lana y los zapatos, que eran de un cuero increíblemente suave, y sin dudas lo más cómodo que llevaba puesto en ese momento.

Si iba a llevar puestas prendas de hombre y estaba a punto de pedirles a los monjes que trataran a Andor, no podía hacerlo como mujer. Por fortuna, aún tenía el cabello sujeto. Si se ponía la cofia de lino medieval en la cabeza, ¿pasaría por un adolescente grandulón? Gracias a la túnica, los pechos y las caderas no se le veían demasiado. Quizás por primera vez en su vida, su peso y su altura le jugarían a favor.

Lo único que le faltaba era ocultar la espada de Andor. La tomó y entró en la cueva. Vio un gran hueco en la parte trasera y colocó la espada allí antes de taparla con piedras y desparramar grava para ocultar el metal de la vista.

Satisfecha, sujetó a Andor y lo arrastró afuera de la cueva para colocarlo al lado de un arbusto. Le arrojó una última mirada y notó un amuleto que llevaba en el cuello con un dije que parecía un martillo. Era probable que se tratara de Thor, Odín o algún otro dios nórdico. Si no era una cruz, debía quitárselo. Decidida, se lo puso en el cuello y lo ocultó con la túnica. Sea lo que fuera, de algún modo la hizo sentirse más cercana a él.

Miró en la dirección en la que se encontraban los monjes, bastante alejados, casi al otro lado de la playa. Notó tres carretas más iguales a la primera y echó a correr a la que tenía más cerca. Cuando se encontró lo bastante cerca como para que la escucharan, bajó la voz y dijo:

—¡Padres! —Entonces se dio cuenta de que estaba hablando otro idioma extranjero. Era diferente al de Andor y más parecido al inglés de alguna manera.

¿Se trataría del inglés antiguo? ¿Cómo era posible que hablara no solo uno sino dos idiomas extranjeros que jamás había aprendido? ¿Qué tipo de situación disparatada estaba ocurriendo allí? ¿Y si de pronto perdía esa habilidad o los monjes se daban cuenta de que no era un muchacho y que ni siquiera era de esa época? ¿Acaso en esa época no quemaban a las brujas? El impulso de huir y ocultarse hizo que se le acelerara el corazón.

Los dos monjes se dieron vuelta. Era demasiado tarde para huir. Tenían las cabezas rasuradas en el centro y el resto del cabello les crecía como si se lo hubieran cortado con un cuenco. Unas grandes cruces de madera les colgaban del cuello. Uno era mayor y examinaba a un hombre que yacía en el suelo, mientras que el otro era más joven y parecía más fuerte. Los dos observaron a Cathy de arriba abajo con los ojos llenos de sospecha.

—¿Sí? —repuso el más grande.

Cathy sintió un estremecimiento y le temblaron los dedos. ¿Habían reconocido que era una mujer? ¿O que no hablaba su idioma? ¿Había dicho algo que traicionara que provenía de otra realidad… y de otra época? Era demasiado tarde. Necesitaba ayudar a Andor a como diera lugar.

—Ayuda —dijo con la voz baja en el intento de sonar como un hombre—. Mi amigo está herido.

Los monjes intercambiaron unas miradas, y el más grande asintió.

—¿Dónde está, hijo?

Cathy sintió que se le relajaban los hombros y señaló hacia el arbusto.

—Vamos, hermano Aethelred —dijo el mayor. Acto seguido, hicieron girar al burro y siguieron a Cathy.

CAPÍTULO

CINCO

A pesar del dolor que le partía la cabeza, Andor recobró la consciencia. Encima de él había un cielo oscurecido; la mitad era de color índigo y la otra tenía tonos dorados y rosados. En esa mitad, vio un hermoso rostro femenino.

Svana. No. No era Svana. Svana tenía ojos verdes y cabello castaño, a diferencia del cabello y los ojos que tenía delante. Y, a pesar de que el rostro era suave y encantador, no era el de su esposa. El corazón le dolió al recordar que jamás volvería a ver ese rostro y oprimió el recuerdo lo más rápido posible para evitar a los fantasmas que aún lo acechaban.

Todo se mecía y movía bajo su cuerpo. Estaba recostado sobre algo suave que le producía escozor. Las ruedas repiqueteaban en el camino. La mirada de la mujer lo reconfortaba.

—Duerme —le susurró—. Te cuidaré. Le apoyó una mano fría en la frente. Con una extraña sensación de seguridad, se volvió a hundir en las penumbras.

Cuando se volvió a despertar, estaba recostado sobre algo suave y cómodo y cubierto con una manta. La luz se colaba a través de los párpados que seguía sin abrir, y le tornaba la visión rosada. El sitio estaba tranquilo, aunque le pareció escuchar la respiración de alguien. Llevó la mano debajo de la almohada, donde solía guardar el *seax*. Sin embargo, la espada corta no se encontraba allí. Despacio, abrió los ojos.

Se encontraba en una habitación con paredes y suelo de piedra. La luz del sol se colaba por una ventana pequeña. Una cruz de madera colgaba en las paredes sin ningún ornamento. Al otro lado de la habitación, cerca de la pared, había un banco de madera sobre el que dormía un muchacho adolescente cubierto con una manta. Andor yacía sobre una cama que parecía hecha para niños, y los pies le sobresalían.

Un dolor distante le latió en la parte trasera de la cabeza. Sintió un ardor en el muslo. Se encontraba muy débil, como si hubieran pasado años desde la última vez que comió o bebió algo.

Tenía sed en todo el cuerpo. Volvió la cabeza y vio una jarra de arcilla y una taza sobre el alféizar de piedra. Debía de ser agua. Intentó sentarse, pero la cabeza le dio vueltas y tuvo que aferrarse al borde del colchón para no caerse de la cama.

—Diablos —masculló.

El muchacho se dio vuelta y alzó la cabeza para revelar unos grandes ojos grises con pestañas alargadas. Andor recordaba esos ojos. No se trataba de un muchacho. Era esa lunática, Cathy, que

decía ser su prometida. Luego recordó la pelea. Había creído que había muerto, pero allí se encontraba, otra vez frente a esa mujer.

—Agua —dijo con la voz ronca.

—Claro. —Avanzó hasta la ventana y vertió agua en una taza para luego entregársela. Andor bebió el líquido frío con desesperación y no creyó haber probado algo tan delicioso como eso.

Mientras le rellenaba la taza, la volvió a mirar. Se había quitado la armadura de color rosa intenso, y tenía puestas las prendas de un sajón. Olía a uno también: a uno sucio.

Le entregó la taza de nuevo, y volvió a beber.

—¿Quieres más? —le preguntó, pero negó con la cabeza.

Se sentó en el borde de la cama con una mirada avergonzada.

—¿Dónde estoy? —le preguntó.

—En el monasterio Wilham.

Andor intentó incorporarse sobre los codos, pero tenía los brazos demasiado débiles. El nombre le resultaba familiar.

—Alguien tenía que tratar tus heridas —le dijo—. Y no parece haber hospitales por aquí. Ni electricidad. —Se puso de pie y avanzó hacia la ventana para mirar hacia afuera—. Ni coches. Ni agua corriente. Te trajeron aquí en una carreta tirada por un burro.

—¿Por qué me has traído al enemigo? —escupió—. Me deberías haber dejado morir.

Cathy se estremeció al oírlo.

—Oh, no, amigo. No mientras yo tenga algo que decir. Casi pierdo a una versión tuya en casa. No pienso perder a esta.

—¿Vas a seguir sosteniendo que soy tu prometido? Porque no lo soy.

Ella se cruzó de brazos y alzó el mentón.

—Quizás no lo seas, Andor. O Brad. O quienquiera que seas. Pero no permitiré que mueras.

—¿Dónde están mis armas? ¿Y mi armadura?

En respuesta, se encogió de hombros.

—Tuve que esconder tu espada. Tenía miedo de que te reconocieran como vikingo. Porque eres vikingo, ¿no?

—Claro que soy vikingo. —Echó chispas con la mirada—. Qué mujer más insolente. Si tuviera fuerzas en mí, te doblaría sobre mi rodilla y…

A Cathy se le cayó la mandíbula al tiempo que se sonrojaba. Andor le recorrió el cuerpo con la mirada. Aun cuando llevaba puestas prendas de hombre, podía ver las piernas largas y esbeltas, así como también las generosas curvas de los senos y las caderas. Debía tener unos labios suaves y un trasero digno de un banquete.

Se dio vuelta enfadado e indefenso.

—¿Me doblarías sobre tu rodilla? —repitió—. Disculpa, ¿qué te parece si me muestras un poco de gratitud por haberte salvado la vida? Me tuve que poner las prendas de un muerto por ti, ¿y me quieres castigar?

Andor le dio la espalda.

—Nunca te pedí que me salvaras la vida. Llevarme desarmado a las manos del enemigo es como matarme, solo que lento. Así que, no, siento menos gratitud hacia ti que la que debió sentir Tyr hacia Fenrir por haberle arrancado la mano de un mordisco.

Tras oírlo, apretó los labios.

—Para que lo sepas, no estás solo. Cuentas conmigo.

—No cuento contigo. No te quiero. Estoy solo.

Sus palabras parecieron lastimarla porque los ojos se le llenaron de lágrimas, pero de todos modos alzó el mentón.

—¿Ah, sí? —le preguntó—. Conque estás solo, ¿eh? ¿Hablas inglés antiguo?

—¿Inglés antiguo?

—La lengua anglosajona o como se llame.

Antes de responder, soltó un suspiro.

—No.

—Entonces, me necesitas. Les he dicho a los monjes que eras un soldado inglés mudo para que te traten. Así que, si entran, no digas ni una palabra, ¿de acuerdo?

Andor hizo una mueca. Era un plan simple y audaz. La mujer tenía la mente de Loki. A lo mejor, él se la había enviado.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Ella soltó un suspiro y caminó alrededor de la habitación pateando el suelo.

—Nadie. No… No estoy segura de qué ha pasado, si te soy sincera. Te contaré lo que creo que ha pasado, y si crees que estoy loca, pues te puedes unir al club. O quizás me puedes decir qué piensas. Y darme algún consejo de cómo regresar a casa. Porque debo regresar.

Se sentó en el banco frente a la cama, se inclinó hacia adelante y se apoyó los codos sobre las rodillas. Se estudió las uñas y se masticó el labio inferior hasta que se tornó de un hermoso color rosado oscuro.

Andor se hubiera sentido mucho mejor con esa situación si ella no hubiera tenido nada puesto, pero parecía estar a su merced. Sin embargo, bien podría develar qué tan demente estaba.

—Te escucho —le dijo.

—De acuerdo. Aquí va. En base a todo lo que he visto desde ayer, creo que es probable que haya venido del futuro.

Andor parpadeó. De todas las explicaciones que se podría haber imaginado, jamás había pensado que oiría esa.

Al ver su reacción, Cathy se apresuró a agregar:

—O, quizás, de una realidad alternativa.

No. Esa era la explicación más descabellada. Ya no le cabían dudas de que se encontraba en los brazos de una lunática. Una mujer hermosa, pero loca de atar. Y cuanto antes se librara de ella, mejor.

Pero mientras se encontrara indefenso y herido, no había mucho que pudiera hacer para protegerse de ella o de los monjes ingleses. A decir verdad, en ese momento la necesitaba, al menos hasta que pudiera volver a pararse sobre sus pies. Tenía que fingir que le creía hasta que lo sacara de allí vivo. Luego la obligaría a llevarlo al sitio donde había ocultado Problema de Dragón y la dejaría para regresar a York, a Ubba… No, la mente se le quedó en blanco. Ubba había muerto. Su comandante había caído. Andor cerró los ojos un instante y se le tensaron los pulmones como si algo frío y asqueroso se le arrastrara en el estómago.

¿Y ahora qué? Si tuviera un hogar… Pero no lo tenía. No había motivos para mortificarse con cosas que no tenía intenciones de cambiar. Iría a York para buscar a sus hombres y luchar para Guthrum, el líder nórdico más fuerte en las tierras anglosajones luego de Ubba. Haría lo que fuera necesario para olvidar la oscuridad absorbente y pesada que lo envolvía cada vez que lo visitaba hasta el más mínimo eco de un pensamiento de Svana o de su antiguo hogar.

Miró a Cathy, que lo observaba con las cejas arqueadas.

—Di algo. ¿Qué crees? —le preguntó.

Se aclaró la garganta.

—Que te creo.

Cathy lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿De verdad? Ni yo me lo creo. No dejo de pensar en otras explicaciones, pero hasta el momento, esas dos son las mejores que tengo.

—¿Qué pasó antes de que… —tosió para aclararse la garganta—… viajaras en el tiempo… o a este mundo?

—Bueno, ayer por la mañana recibí malas noticias —le dijo con la voz temblorosa—. Y fui a la playa porque quería conectar con Brad. Fui a surfear, aunque en realidad tomé la tabla de surf y floté en el océano.

Andor asintió como si entendiera de qué hablaba. No tenía ni idea de qué era una tabla de surf. Se imaginó una especie de bote.

—Había una anciana de lo más extraña. —Cathy se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación como si estuviera agitada—. Fue una situación muy bizarra. Como si hubiera aparecido de la nada. Nos pusimos a hablar, y me dijo que no podría ayudar a Brad,

pero que podría ayudar a un hombre. Y luego me dio un huso de oro.

Andor alzó la cabeza. ¿Un huso de oro? Las nornas tenían husos de oro, pero ¿qué le estaba susurrando Loki a esa lunática?

—Fui una tonta y lo toqué. No debería haberlo hecho. Entonces le pasó algo a mi cuerpo; fue como si algo me absorbiera, como si una ola me cogiera y me llevara con ella. Pero no fue una experiencia física, sino metafísica, ¿entiendes?

No, no entendía nada, pero asintió de todos modos.

—Bueno. Y de pronto estaba de pie en esa playa, entre los chicos de tu bando y los del otro. Y… bueno, ya sabes el resto.

Dejó de caminar y lo miró mordiéndose las uñas.

—Al principio, creí que estaba drogada. Luego pensé que quizás me encontraba en alguna realidad alternativa. Pero tus heridas son reales, al igual que las espadas y las paredes. Y este parece ser el mismo mundo del que vine, solo que varios siglos en el pasado. De verdad no hay electricidad, ni coches… ¡ni nada! ¿De qué otra cosa se puede tratar si no es de un viaje en el tiempo? ¿Qué crees?

Andor soltó un gruñido. No dejaba de preguntarle qué pensaba con la esperanza de que la ayudara, pero él no quería ayudarla. No quería tener nada que ver con ella luego de usarla para salir de allí con vida.

—¿Qué creo? —le preguntó con la ira ardiéndole en todo el cuerpo—. Creo que Loki te ha robado la razón. Creo que quiero que me dejes en paz. Y creo que maldigo cada minuto que paso con la mujer responsable de que haya perdido a mi gente y a mi comandante, la responsable de que me encuentre indefenso a merced del enemigo. Creo que no quiero tener nada que ver contigo.

A la mujer se le agrandaron los ojos y se le llenaron de lágrimas. Además, le tembló el mentón como a una niña, y los labios se le fruncieron. Rompió a llorar, se dio media vuelta y salió de la recámara concediéndole por fin su deseo.

Pero Andor no sintió el alivio que había anticipado. En cambio, tuvo el anhelo de ir tras ella y consolarla.

—Por los testículos peludos de Loki —maldijo.

CAPÍTULO
SEIS

Andor no era Brad.

Si Cathy tenía alguna duda al comienzo, tras las palabras hirientes que acababa de decirle, lo sabía con certeza. Brad no era capaz de lastimarla de ese modo. Ni a ella, ni a nadie. Pero Andor sí.

Cathy fue a caminar luego de la charla porque no podía quedarse en la misma habitación que él. La hacía sentir incómoda y diferente. Pero no en el buen sentido, sino como una asquerosa perdedora.

Así era como la habían hecho sentir los surfistas de Sonada Beach, su padre, un representante de Hollywood, su madre, una reina de la belleza, y su hermana, una *influencer* en las redes sociales. Como si fuera un elefante ebrio en una tienda de porcelana. Pero Andor fue el peor, porque había arriesgado la vida para salvarlo. Como se parecía tanto a Brad, había asumido que podía confiar en él. Pero claramente se había equivocado.

Y, a pesar de todo, lo necesitaba. Si la anciana la había enviado al pasado para salvarlo, había cumplido la misión y ahora debía encontrar el modo de regresar a Los Ángeles. Si no regresaba a tiempo, los padres de Brad podrían conseguir el permiso para desconectar el soporte vital. Se le tensaron los hombros, y el temor le impidió mover los pies. Tenía que descubrir si Andor sabía cómo podría regresar a su época, pero no arriesgaría más nada por él.

Cuando regresó a la recámara de Andor, el monje joven, el hermano Aethelred, se encontraba allí para cambiarle las vendas de la herida. Cathy se detuvo delante de la puerta y observó el rostro furioso con los ojos abiertos y llenos de horror. Andor parecía a punto de destrozar al pobre monje.

—Hermano Aethelred —lo saludó Cathy—. ¿Todo bien?

El monje se volvió hacia ella.

—Oh, Cathan. —Reanudó el trabajo—. La herida de su amigo se ve bien de momento. Me impresiona que no haya gritado mientras la limpiaba.

Cathy se aclaró la garganta en el intento de profundizar la voz.

—No es la primera vez que lo lastiman.

—Oh, bueno, me lo puedo imaginar si es nórdico —dijo.

Cathy se quedó congelada y apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó con la voz ronca.

Andor frunció el ceño y la miró preocupado.

—No alarmes a tu amigo; te quiero contar algo —siguió el monje con el mismo tono sereno mientras le aplicaba un bálsamo en la herida a Andor—. Lo reconozco. Fue el primer nórdico que vi en mi

vida. Fue hace tres años, cuando atacó nuestro monasterio y se llevó la biblia enjoyada que nos habían enviado de Roma. No asesinó a nadie, pero sí que lastimó a los hermanos que la protegían. Me causó una impresión de lo más temerosa. Jamás olvidaré este rostro.

Un sudor frío le recorrió la columna vertebral. ¿Qué significaba eso? ¿Acaso Aethelred los entregaría a las autoridades locales? Cathy apretó los puños sintiendo los brazos y las piernas duros como leña.

—Cathan, por favor, pregúntale dónde está la biblia que se llevó.

Cathy tragó el duro nudo y tradujo escogiendo las palabras con detenimiento por temor a que un desliz hiciera reaccionar a cualquiera de los hombres. Andor abrió los ojos de par en par mientras la escuchaba, pero mantuvo el silencio. Como no respondió, el monje insistió:

—Dile que solo quiero saberlo. Era el tesoro espiritual más grande que he visto en la vida, y solo quiero asegurarme de que el libro esté a salvo.

Cathy tradujo, y Andor respondió:

—El libro estaba bien la última vez que lo vi. Ubba se lo vendió al rey de Mercia a cambio de tierras.

Cuando Cathy le dijo a Aethelred lo que Andor le había dicho, el rostro se relajó con una sonrisa serena. Asintió con la cabeza, tomó un cuenco de agua y el trapo lleno de sangre que había usado y se puso de pie. Se volvió para marcharse, pero Cathy lo llamó:

—¿Nos va a ejecutar?

El monje se volvió.

—No, es un paciente. Un hombre herido. Un ser humano. Dios nos pide que perdonemos los pecados: los nuestros y los de otros. Y eso es lo que haré.

Una ola de alivio le llenó los pulmones de aire.

—Gracias.

—Pregúntale por qué no está furioso conmigo por haberme llevado la biblia —le pidió Andor—. ¿Por qué me cura? ¿Por qué no le dijo al líder local que estoy aquí?

Al cabo de varios segundos, Cathy le tradujo la respuesta del monje:

—Dice que te ha perdonado. Estaba enfadado contigo y también te temía. Consideró no ayudarte cuando te reconoció, pero eso habría sido fácil. Lo más difícil ha sido perdonarte. Seas vikingo o no, eres un ser humano, al igual que él. Solo te desea lo mejor y te pide que no asesines a más compatriotas de él.

Andor se puso pálido y se le abrieron los ojos.

Con el mentón, Aethelred apuntó hacia el banco donde había dos cuencos con estofado, media hogaza de paz oscuro y un cuenco más

pequeño con mantequilla.

—Debe comer. Ha perdido mucha sangre. No me sorprende que no pueda mover ni un dedo.

—Me aseguraré de que coma —le prometió Cathy—. Gracias, hermano Aethelred.

El monje asintió con la cabeza y se marchó. Cathy se cruzó de brazos. A pesar de que seguía enfadada con Andor, reparó en lo pálido que se encontraba y en los círculos oscuros que tenía debajo de los ojos y se preocupó por él.

—¿Qué pasa? —le preguntó Andor.

—Aethelred ha dicho que debes comer para recuperar las fuerzas.

—Entonces déjame comer.

Le daría su comida sin pensarlo dos veces, pero una pequeña parte vengativa de ella quería que supiera lo mucho que la había lastimado.

—Pensé que no querías mi ayuda. Creí que no querías tener nada que ver conmigo.

—De acuerdo. —Se movió para sentarse, pasó las piernas por el borde de la cama e hizo la manta a un lado. Se detuvo un momento para aferrarse al borde del colchón respirando con dificultad. Cathy tuvo que reprimir el impulso de regañarlo y hacerlo regresar a la cama. Andor sacudió la cabeza como si se estuviera sacudiendo de un sueño. Tras tomar varias bocanadas de aire, se puso de pie. Solo llevaba puesta una túnica que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Cathy no pudo evitar admirar las piernas musculosas, aunque llevara un muslo vendado. Dio un paso, pero la pierna herida cedió bajo el peso. Cathy apenas llegó a atraparlo antes de que acabara desparramado en el suelo.

—Regresa a la cama —le ordenó. Si le hubiera dado su comida, no se habría caído.

Lo ayudó a regresar a la cama y le acercó el cuenco con el estofado que olía delicioso y mantecoso. Partió la hogaza de pan en dos y le entregó una mitad. El estómago le gruñó. Había comido un poco de pan la noche anterior, cuando llegaron, pero como era vegana, se negaba a comer el queso *cottage* o beber leche. Al parecer, ese día también se limitaría a comer pan.

Andor atacó la comida y se llevó varios trozos de carne, nabos, col y puerros a la boca. Mientras masticaba, la miró.

—¿No tienes hambre?

Cathy mordió un trozo de pan y comprobó que no era fresco.

—Estoy comiendo.

—¿Solo pan?

—Soy vegana.

—¿Qué eres?

—No como productos que derivan de animales.

Al oírla, arqueó las cejas.

—¿Te sientan mal?

—No.

—Y entonces, ¿por qué?

—Por un lado, es más sano. Además, no quiero ser parte del asesinato y la tortura a los animales. Y reducir el consumo de carne ayuda a combatir el calentamiento global.

Andor negó con la cabeza.

—Loki te ha robado la razón. ¿Quién te dijo que no comer carne es más sano? ¿Cómo tendrás fuerzas sin carne, sin la grasa de la leche, el queso y la mantequilla?

—En el futuro, hay muchos productos de origen vegetal que brindan los mismos nutrientes.

Andor siguió comiendo.

—Quizás dices la verdad —masculló con la boca llena—. Ningún guerrero consideraría siquiera evitar la carne y la mantequilla. ¿No vas a comer eso? —asintió con el mentón hacia el segundo cuenco de estofado.

Cathy se lo entregó, aunque la boca se le hizo agua. Oh, lo que daría por un ramen vegano con fideos.

—No soy un guerrero.

—¿Ah, no? Bueno, lo pareces. ¿Quién eres entonces?

Cathy no estaba segura si eso había sido un cumplido o un insulto. Los hermosos ojos de Andor le recorrieron el cuerpo y le encendieron la piel debajo de las prendas. ¿Aprobaría que fuera una guerrera femenina? De seguro, no. ¿Acaso las mujeres femeninas no eran consideradas más atractivas?

—Enseño yoga.

—¿Qué?

—Practicar yoga ayuda a fortalecer las habilidades físicas, mentales y espirituales. Es una técnica de la India.

Andor dejó de masticar y la estudió.

—A pesar de que hablas mi mismo idioma, dices palabras que no tienen sentido. ¿Por qué la gente practicaría yoga?

—Para estar en forma y conectar con el yo interno. Para vivir una vida más feliz.

Andor negó con la cabeza.

—Para mantenerse en forma, uno entrena como guerrero o trabaja duro en una granja. Hace sacrificios para estar en buenos términos con los dioses. Y juega *hnefatafl* para mantenerse en forma mental. Lo que describes parece una pérdida de tiempo.

Una vez más, la estaba insultando y le despertaba esa necesidad compulsiva de agradarle, de buscar su aprobación y de querer oírlo decir que estaba haciendo todo muy bien. Brad siempre la elogiaba.

—No es una pérdida de tiempo. Siempre hay lista de espera para mis clases. A la gente les encantan. Los ayudo a relajarse de sus trabajos de oficina y a permanecer en forma y saludables.

Andor soltó un bufido y continuó comiendo.

—Quizás sí vengas del futuro. Ni Loki podría inventarse esas tonterías.

Cathy apretó la mano alrededor del pan que sostenía y reprimió el impulso de arrojárselo. Se recordó que debía mantener la calma por Brad. Debía descubrir cómo regresar.

—Mira —comenzó—, finjamos por un momento que digo la verdad. He viajado en el tiempo y ahora tengo que encontrar la manera de regresar. Y debo regresar lo antes posible porque de lo contrario, mi prometido, Brad, podría morir. ¿Qué hago?

Andor frunció el ceño.

—¿Lo hirieron en una batalla?

—Se lastimó practicando surf. Y… está en coma. Quiero decir, está paralizado y lo mantienen vivo, pero no recupera la consciencia. Sus padres quieren detener el soporte vital, y yo soy la única que se opone.

Andor soltó un largo suspiro y negó con la cabeza.

—Tienes suerte de ser hermosa. ¿Cómo hace tu prometido para tolerar estos discursos descabellados?

Una ola de calor se le subió al rostro y, sin poder detenerse, le arrojó el pan. Andor se rio cuando lo golpeó en el hombro. ¿Cómo podía hacerle un halago e insultarla al mismo tiempo?

—Oh, más para mí. —Se llevó un trozo a la boca.

Cathy se puso de pie.

—No estoy loca. Brad me ama.

—Como dije: hermosa.

Cathy soltó un gruñido. Tenía que mantener la calma. Tomó una profunda bocanada de aire para llenarse los pulmones despacio. Contuvo el aire y contó hasta tres antes de exhalar de a poco. Estaba mejor. Ahora podía pensar otra vez.

—¿Qué me sugieres que haga? —le preguntó.

Él la estudió, y una calidez le recorrió la piel allí donde posaba los ojos.

—Está bien. Si dices la verdad, parecería ser que una norna te envió aquí al darte su huso de oro.

Cathy frunció el ceño.

—¿Una norna? ¿Tiene algo que ver con el destino? Me parece recordar esa palabra de la mitología nórdica.

—Sí, las nornas tejen el destino de los humanos.

Cathy se cubrió las mejillas con las manos.

—El destino… ¡De seguro mi destino no se puede encontrar en la época de los vikingos! Mi lugar está junto a Brad. Debo regresar.

¿Cómo lo hago?

Andor se encogió de hombros.

—No soy ni un *gothi* ni una *völva*. No lo sé.

—¿Qué es un *gothi* y qué es una *völva*?

—¿Seguimos jugando a que no sabes las cosas más básicas? Está bien, sigamos fingiendo. Un *gothi* es un sacerdote, y una *völva* es una bruja.

—¿Y dónde los encuentro?

—En Jorvik hay una *völva*, una vidente.

—Jorvik. —Cathy frunció el ceño, y su mente reconoció la palabra y la tradujo—. ¿Hablas de York?

—Los anglosajones la llaman Eoforwic. Conquistamos la ciudad cuando empezamos la invasión hace doce años. Ahora nuestra capital se encuentra allí, y es una de las tres ciudades más grandes de Bretland.

Cathy asintió.

—De acuerdo. Entonces iremos allí. ¿Queda lejos?

—Yo iré allí. A pie, me imagino que podría llevar unas dos semanas. Mis hombres y yo hemos venido navegando desde ese lugar.

Cathy se envolvió en sus brazos.

—En ese caso, será mejor que vayamos juntos.

—Si quieres consentir tus fantasías, hazlo, mujer. Pero sin mí.

Cathy tragó con dificultad.

—Me necesitas. No podrás moverte por territorio enemigo sin hablar el idioma. Fingir ser mudo solo te dejará llegar hasta cierto punto. Yo seré tu intérprete. Te ayudaré a ocultar que eres un vikingo. Y tú pareces conocer el camino.

—No conozco el camino, solo conozco la dirección. Y te he dicho que no conectaré mi destino con el tuyo. Iré solo.

En circunstancias normales, Cathy lo hubiera dejado en paz, pero en ese momento tenía que usar cualquier método posible para regresar a Brad.

—¿Solo, eh? —le preguntó—. ¿Sin tu espada?

Eso logró una reacción.

—Has dicho que la habías escondido. ¿Dónde?

—Te mostraré si me prometes que me llevarás contigo.

—No.

—Si no quieres mi ayuda, no moveré ni un dedo más.

En respuesta, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Esa espada fue un regalo de mi esposa.

Cathy se enderezó.

—¿Estás casado?

—De mi difunta esposa —se corrigió.

—Oh, lo siento.

Andor hizo el cuenco a un lado y se volvió hacia ella con los ojos ardiendo como dos esferas celestes.

—Si te permito venir conmigo, no te protegeré. No serás mi responsabilidad. Si te matan, te lastiman o te secuestran, será tu problema. No te rescataré.

Cathy se quedó pálida. Por fuera, ese hombre no podía parecerse más a su prometido, el amor de su vida, pero por dentro era todo lo opuesto. Mientras que Brad era un ángel, ese hombre era un demonio. Sin embargo, no tenía opción. Haría lo que hiciera falta para regresar a Brad, aunque eso implicara emprender un viaje de carretera con un vikingo enfadado.

—Trato —acordó.

CAPÍTULO

SIETE

2 de enero de 878 d. C.

—¿Podrías dejar de temblar cada vez que me tropiezo? —masculló Andor.

La rubia hermosa y demente caminaba a su lado sobre la playa de piedras. Sintió las miradas de soslayo que le dirigía Cathy como si le estuviera tocando la piel.

—¡No tiemblo! —exclamó alejándose un paso de él—. Cáete si quieres, no me importa.

Andor hizo una mueca y evitó pisar una piedra grande.

—Eres como una gallina. No recuerdo que ni siquiera mi madre se preocupara como tú.

—Bueno, perdóname por ser una buena persona —le dijo.

Como la pierna aún le dolía, Andor caminaba lento. Tras haber dejado el monasterio esa misma mañana, le había quedado claro que no lograría ir demasiado lejos sin ayuda. Cathy había encontrado un palo en un bosquecito que lo ayudó a balancear el peso de la pierna y avanzar. El dolor de cabeza había cesado, aunque la nuca aún le palpitaba donde le habían suturado la herida. Y, a pesar de que todavía se encontraba débil por la pérdida de sangre, se sentía fuerte como para emprender el largo viaje que tenían por delante.

La necesidad de marcharse del monasterio había aumentado desde que Andor descubrió que allí era donde habían conseguido la biblia enjoyada para Ubba. La misión que le había impedido regresar a casa a tiempo. El motivo por el que Svana murió.

Sin importar si se encontraba recuperado o no, quedarse sentado en un lugar, y sobre todo en ese, lo dejaba a solas con los recuerdos de Hvaldalen y Svana. Los recuerdos le desgarraban el corazón, lo lastimaban y lo laceraban. Para escapar, estaba dispuesto a ir al Helheim. No había herida física que pudiera incapacitarlo como la que llevaba en el corazón.

Comprendió que el monje tenía razón. El perdón era lo más difícil de lograr. Porque requería enfrentar a los fantasmas de las personas heridas. Y no estaba listo para enfrentarlos aún.

En la playa no quedaba ningún cuerpo. Las piedras crujían bajo sus pies mientras avanzaban hacia la cueva. El viento soplaba fuerte. El aroma a mar y el sonido de las olas al romper lo calmaban.

—Deprisa. —Andor echó un vistazo hacia el castro en la cima del acantilado, pero no era fácil ver si alguien los observaba—. No quiero estar aquí más de lo necesario.

Cathy puso los ojos en blanco.

—Amigo, yo no soy la que nos hace ir a paso de tortuga, pero ya casi llegamos.

Con unos pasos más, llegaron a la cueva.

—Se han llevado el cuerpo —señaló Cathy cuando miraron detrás del arbusto frente a la entrada.

—¿Qué cuerpo?

—El que tenía tu estandarte.

A Andor se le paralizó la sangre. Se había olvidado por completo del estandarte.

—¿Tenía un cuervo?

—Sí, creo que sí. O un pájaro negro.

Andor maldijo por lo bajo. ¿Cómo se podría haber olvidado del estandarte? Las tropas vikingas no solo habían perdido una batalla importante y a Ubba, sino el legendario estandarte del cuervo: la bendición de Odín. La señal de que los dioses los acompañaban. No se podía ni imaginar lo desanimados que debían estar.

—¿Y dónde está ahora? —le preguntó.

Cathy dio una palmadita en la bolsa que le colgaba del hombro.

—Aquí. —Andor se relajó, y sintió que podría haberla besado. —Vaya, eso es lo más cercano a una sonrisa que he visto en tu rostro. Te sienta bien. Deberías sonreír más a menudo.

—¿Cómo es que lo tienes tú? —le preguntó con la voz ronca.

—Fue lo único que pude encontrar para vendarte la cabeza, y luego cuando me estaba liberando de cualquier indicio vikingo que tuvieras, te lo tuve que quitar. —Cathy extrajo el estandarte de la bolsa y lo estiró para mostrárselo. A Andor se le encendió la sangre—. Pero no quise abandonarlo, así que lo llevé conmigo.

El cuerpo del estandarte volaba en el medio de una mancha de sangre roja oscura. Odín debía de estar encantado. De seguro, ahora le gustaba más.

—Supongo que no estás tan loca —le concedió Andor—. Guárdalo antes de que lo vea alguien. Debo darme prisa y regresar a Jorvik para devolvérselo a mi gente.

—Oh, gracias, Andor —le dijo doblando el estandarte para volver a guardarlo en la bolsa—. Otro cumplido envuelto en un insulto. Deberías escribir un libro.

Andor negó con la cabeza. Sabía qué era un libro y lo mucho que significaban para los sajones. Como esa biblia. Pero no se podía imaginar perder el tiempo creando uno.

—Démonos prisa, Cathy —le dijo—. Ve a buscar mi espada, así nos vamos.

—Sí, señor —accedió y desapareció en la boca angosta de la cueva. Andor se acercó a ella y miró hacia el interior sin despegar

los ojos del trasero redondeado de Cathy mientras buscaba en la parte profunda de la cueva.

Pasaron varios instantes, y ella no salió.

—¿Todo bien? —le preguntó Andor con un mal presentimiento.

Cathy guardó silencio durante unos segundos y luego le respondió:

—Hubiera jurado que la dejé aquí. Aguarda. ¿Quizás aquí?

Andor golpeó el suelo con el palo. Si la espada había desaparecido… Problema de Dragón tenía un mango de hierro con un dragón enredado, y la parte que formaba una cruz tenía unos patrones que parecían fuego. El pomo de astas de reno estaba delineado con cuerdas de plata. Svana se la había encargado al mejor herrero, que la había hecho con el acero más afilado del norte. Andor estaba orgulloso de su espada, que jamás lo había desilusionado en una batalla. Pero lo más importante era que sentía como si una parte de Svana siempre lo acompañara.

Al cabo de varios minutos, Cathy salió de la cueva con las manos vacías. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos abiertos de par en par.

—No sé qué ha pasado —le dijo—. No está allí, Andor. Lo siento.

Una tormenta se desató en algún punto de su interior al comprender que había perdido el último objeto que tenía de Svana. Le había vuelto a fallar. La culpa de la que había estado huyendo todos los días lo arrasó. Y lo hizo sangrar.

—¡Es tu culpa! —masculló. Cathy tragó con dificultad—. ¡Todo esto es tu culpa!

—Andor, lo siento mucho…

—La derrota, el estandarte del cuervo, la muerte de Ubba… y ahora esto. Has perdido lo único que me quedaba de Svana.

Dio un paso hacia atrás con una expresión de horror en el rostro.

—Si fueras un hombre —continuó con la voz baja—, estarías inconsciente a esta altura.

Apretó los puños. El único modo que conocía de lidiar con el vacío devastador, con las voces que se alzaban detrás de la puerta cerrada en su interior, era distraerse y ponerse en movimiento.

—Pero no debería preocuparme. Sin Problema de Dragón, sin un arma, supongo que los dos moriremos pronto. Vamos.

~

Cathy masticó un trozo del pan duro que Aethelred le había dado. También les había dado prendas abrigadas, incluidos unos abrigos de invierno; bolsas para viajar y más comida. Observó el rostro

ceñudo de Andor mientras contemplaba el fuego y unas llamas le bailaban en los ojos de color índigo en la penumbra del bosque que los rodeaba. Andor comía una liebre que había atrapado antes, y Cathy casi estaba celosa al inhalar el aroma de la carne recién asada.

La culpa le pesaba sobre los hombros. Si alguien hubiera perdido la tabla de surf de Brad, estaría devastada. Para ser honestos, solo había abandonado el traje de neopreno que él le había regalado para sobrevivir y salvarle la vida a Andor.

Andor tenía el rostro cenizo, y el dolor le tronaba en la mirada. No le dijo nada cuando emprendieron el camino hacia el norte. Y ella tampoco intentó hacerlo hablar. Él le estaba haciendo honor a su acuerdo, aunque la espada no estaba donde ella la había escondido, y lo respetaba por eso. Era evidente que no había aceptado la muerte de su esposa. ¿Qué le habría pasado? ¿Aún la amaría? Apenas se podía imaginar a ese hombre amargado y casi cruel preocupándose por alguien. De seguro era un patán arrogante y egoísta, ¿no?

Siguió estudiándole el hermoso rostro, que le resultaba de lo más familiar y distante. El cabello rubio, los preciosos ojos celestes, la línea derecha de la nariz que le daba el aspecto de un orgulloso rey guerrero, y los labios apretados en una línea triste y amargada entre la barba corta. Era muy atractivo. Pero ¿cómo pudo haberlo confundido con Brad? Una persona completamente diferente brillaba a través de él.

Bajó la mirada por su cuerpo. Tenía unos hombros anchos y musculosos bajo el abrigo de invierno. Pero ¿sus pectorales se sentirían duros bajo sus dedos si le apoyaba las manos y los recorría? ¿Su vientre estaría tonificado? ¿Tendría la piel suave? ¿Tendría mucho vello?

—Lo estás haciendo otra vez —señaló Andor.

—¿Eh? —Cathy apartó la mirada. Se le sonrojaron las mejillas como si acabara de encontrarla con las manos en la masa.

—Me estás mirando fijo. Deja de hacerlo.

—Oh. Disculpa. —Se le secó la boca.

Eso era lo primero que le había dicho desde que se marcharon de la playa, y quería hacer las paces con él. Tenía que saber que la perdonaría. Se puso de pie, se acercó a él y se sentó a su lado. Andor frunció el ceño.

—¿Qué haces?

—Creí que podíamos hablar.

—¿Hablar?

—Sí. Háblame de ti.

Andor puso los ojos en blanco y clavó la mirada en el fuego.

—Déjame en paz.

—¿Qué puedo hacer para arreglarlo y que me perdones?

—Desaparecer —murmuró.

Las palabras le dolieron. Hasta en la Edad Media la rechazaban.

—Bueno, no puedo, ¿de acuerdo? Tengo que regresar con Brad. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. En cuanto encuentre a la bruja en York, me marcharé.

—Al menos tienes a alguien a quien regresar.

—Las posibilidades de eso se van reduciendo día a día.

Como Andor no dijo nada en varios segundos, Cathy le echó un vistazo y volvió a intentarlo.

—¿Dónde vives? ¿En un castillo?

Andor frunció el ceño como si hubiera olido algo putrefacto.

—¿Un castillo? Claro que no. No soy sajón.

—Por supuesto. Y entonces ¿dónde vives?

Andor suspiró.

—Ya basta de preguntas, Cathy.

Asintió lento con la cabeza y apretó los labios pensando. Pero Cathy sentía mucha curiosidad. Y no podía soportar el silencio. De repente recordó.

—Aguarda, si eres vikingo, vives en una casa de madera, ¿no?

—Yo no.

—Y entonces ¿dónde vives?

—En ningún lado. Deja de hacer preguntas.

—Disculpa. Me da curiosidad saber cómo funcionan las cosas en este siglo. ¿Tienes una granja? ¿Eres una suerte de rey? Oh, no, ya lo tengo… ¿eres un mercenario?

De pronto, todo se salió de control. Andor se volvió hacia ella en una décima de segundo, la sujetó del brazo y la jaló hacia él.

—Ya basta de preguntas —le dijo contra el rostro—. Juro por Odín que jamás he conocido a una mujer tan… tan…

El roce de su mano era fuerte y le provocó una ola cálida en todo el cuerpo. Dentro de sus venas, el fuego se extendió al tiempo que su aroma la embargó: olía a cuero, hierro y algo térreo, algo que le convirtió la piel en un conjunto cálido y anhelante de terminaciones nerviosas. Como si hubiera sentido lo mismo, el enfado de sus ojos se convirtió en otra cosa. Le acercó la boca hasta que lo único que quiso hacer fue besarlo.

—¿Una mujer tan qué? —le preguntó en un susurro.

—Oh, cierra el pico.

Le pasó un brazo por la cintura y la jaló más cerca de él, al tiempo que se valía de la otra mano para acariciarle la nuca y encenderle la piel del cuello. Su boca reclamó la de ella, y la abrumó con la sensación de los labios suaves, la barba delicada que le producía picor en la piel y le impulsaba la excitación. Cuando Cathy entreabrió los labios, le introdujo la lengua y comenzó a lamerla y

acariciarla. No fue ni tierno ni suave. Había algo similar a la desesperación en su intensidad. Pero cuando le colocó la mano debajo del trasero y se la subió al regazo para tenerla a horcajadas, Cathy se detuvo.

A Brad le gustaba hacer eso. A Brad. «Pero ¿qué estoy haciendo?». Lo empujó a un lado y se apartó. Y luego miró los ojos furiosos de un vikingo excitado que la miraba como un predador contemplando a su presa.

CAPÍTULO

OCHO

Andor jamás había probado algo mejor que los labios de Cathy, y jamás había olido algo más delicioso que ella: olía a rosas, la frescura del invierno y la suavidad de una mujer.

Cuando la tocó, fue como si un rayo hubiera caído en el punto en que se rozaron la piel. Ver sus labios rosados y aterciopelados le dio anhelo de sentirlos como una ola hambrienta. Pero había más. Ella se preocupaba por él, le hacía preguntas, quería conocerlo mejor, y una parte de él respondía a eso. La parte que anhelaba algo más profundo, algo que había tenido con Svana y había perdido para siempre.

No obstante, ella se había apartado de él porque estaba pensando en otro hombre. Y Andor jamás se sintió más rechazado.

—Ve a dormir —masculló con las venas en llamas del deseo.

Se quedó de pie, se ciñó sobre él con los ojos grises agrandados, y destellando una miríada de emociones que iban desde el enfado y la confusión hasta el deseo.

—Andor, mi prometido…

—Claramente esto ha sido un error. No volverá a pasar. Ve a dormir. Haré guardia y después te despertaré para que continúes mientras descanso.

Le dio la espalda, se envolvió con la manta e ignoró el modo en que la boca se le abrió como si estuviera a punto de decir algo. Cathy se quedó de pie durante un momento antes de darle la espalda. Las hojas secas resonaron bajo sus pies mientras se dirigía al otro lado de la fogata. Andor la observó de reojo mientras se recostaba sobre el suelo y se acurrucaba con el abrigo. Flexionó un brazo, se apoyó la cabeza sobre el codo y clavó la mirada en las llamas casi apagadas con los ojos abiertos de par en par.

Por todos los troles de todos los bosques podridos, ¿qué lo había llevado a besarla? Sí, era hermosa y se veía muy deseable con su cuerpo alto, fuerte y voluptuoso. Tenía partes de las que agarrarse por todos lados.

Pero una cosa era desear a una mujer y otra era sentir algo más. Él había tenido su buena dosis de mujeres: encuentros breves que no significaban nada y lo ayudaban a huir de los recuerdos y satisfacer el deseo de la carne. Jamás se había sentido culpable por estar con ninguna de ellas.

Había pensado en hacer lo mismo con Cathy, en distraerse y hacerla cerrar la boca. Y, bueno, era una mujer hermosa. Pero había habido algo más en ese beso. Se había sentido demasiado bueno, demasiado delicioso. Como si la mente le hubiera quedado en blanco y diera espacio a algo más profundo, más ancho y más intenso de lo

que había sentido con Svana. Algo extraño. Algo que se negaba a definir. La culpa y la sensación de traicionar el recuerdo de Svana le hicieron eco en el alma.

No permitiría que eso continuara ni un instante más. No podía permitirse preocuparse por ella porque no podía proteger a las personas que amaba. Y no podría tolerar otra pérdida. Los fantasmas detrás de la puerta cerrada de su corazón se aseguraban de recordárselo. Tenía que enfocarse en el camino, en llegar a Jorvik.

Al día siguiente continuaron y los dos intentaron fingir que no había pasado nada. A causa de la pierna lastimada, tenía que hacer paradas más largas de lo que le habría gustado. Por fortuna, caminar se estaba volviendo más fácil, por más que siguiera necesitando el palo.

Durante la primera parada, Andor tuvo que encender una fogata para entrar en calor. Retorció la ramita que había tallado antes con las manos y la apretó contra la tabla de la fogata improvisada, al lado del hueco que había cavado en uno de los costados. La fricción produjo aserrín chamuscado.

Cathy lo observó con la boca abierta.

—¿Ves algo interesante? —le preguntó.

—Disculpa. ¿Te puedo ayudar con algo?

—Podrías haber ayudado al no perder la bolsa de mi cinturón. Tenía herramientas para encender una fogata. Y si todavía contara con ellas, ya estaríamos calentándonos los pies cansados.

Cathy puso los ojos en blanco.

—Bueno, discúlpame por salvarte la vida. ¿Puedo hacer algo ahora?

Andor la observó.

—¿Sabes encender una fogata?

—No.

—Entonces puedes aprender. No lo haré yo todo el tiempo. Ven aquí.

Cathy se sentó al lado de él. El aroma de ella, floral y fresco, le produjo un cosquilleo en las fosas nasales y le encendió algo caliente y predador en el estómago. Exhaló para deshacerse de esa hambre voraz. Era la reacción normal de un hombre ante una mujer atractiva. Una mujer a la que no tocaría.

Regresó la atención a la rama y la volvió a retorcer entre las palmas.

—Debo hacer esto hasta que se forme carbón sobre la leña de la tabla y caiga sobre las hojas y las ramas secas que hay debajo. La parte más difícil es retorcerlo y apretar hacia abajo al mismo tiempo. Si lo hacemos los dos, podemos lograrlo más rápido.

Cathy asintió con la cabeza.

—Claro. ¿Quieres que lo tuerza o que apriete?

«Las dos cosas, con suavidad, y no con este palo». Por Loki. Andor tuvo que reprimir un gemido.

—Aprieta —le respondió—. Toma una piedra plana, como esa. —Asintió con la cabeza hacia una piedra que yacía cerca—. Aprieta el palo con tu peso mientras yo lo retuerzo.

—De acuerdo —asintió Cathy.

Tomó la piedra y la colocó encima del palo con la cabeza inclinada cerca de la de Andor. Podía ver su hermoso rostro e inhalar su aroma. Contuvo el aliento durante un instante, luego maldijo por dentro y regresó la atención al palo.

Comenzó a retorcerlo, y le resultó mucho más fácil con la ayuda de Cathy. En breve, el aserrín oscuro comenzó a caer por el hueco hacia las hojas secas. Movió las manos rápido, y la leña comenzó a ceder y oscurecerse bajo el eje. La presencia de Cathy era dulce y lo distraía. Se dio cuenta de que habían comenzado a respirar al mismo ritmo y tosió incómodo por el calor de la cercanía. Las palmas le dolían y tenía las manos casadas, pero por fortuna y de una vez por todas, unas chispas cayeron sobre la yesca y comenzó a salir humo.

Andor dejó de retorcer la rama y le hizo una seña a Cathy para que se apartara, lo que le brindó alivio y lo hizo protestar por dentro. Se inclinó hacia la yesca que yacía sobre un trozo de madera y sopló con suavidad. El fuego se encendió, y lo llevó hacia la pila de maleza y leña que habían armado. Cuando aterrizó, se encendió la fogata, y Andor sopló un poco más hasta asegurarse de que las llamas no se apagarían con el viento. Cuando ardieron fuertes y cálidas, miró a Cathy, que lo observaba maravillada.

—La próxima vez, lo girarás tú —le dijo para deshacerse de la calidez que le producía esa mirada en el interior.

~

Durante los siguientes tres días, Andor y Cathy siguieron una rutina. Encontraron un sendero que los llevaba en la dirección indicada y lo siguieron. Con cuidado, se ocultaban detrás de los árboles cuando oían los cascos de caballos o veían a alguien en la distancia. Atravesaron bosques, colinas y pantanos. Solo nevó en una ocasión, pero el suelo quedó cubierto de un manto blanco.

Cathy dejó de hacerle preguntas y de mirarlo fijo como si estuviera viendo a un fantasma en vida, pero Andor se encontró mirándola más de lo que le hubiera gustado. Cuando no lo atosigaba con preguntas, era una buena compañera de viaje.

—Ve a juntar maleza para la fogata —le decía cuando encontraban un sitio para pasar la noche.

—De acuerdo —respondía ella y se adentraba más en el bosque.

—Yo tomo el primer turno y te despierto en unas horas —le ofrecía Cathy luego de cenar.

Aun luego de un largo día de caminar, no se quejaba de estar cansada, por más que se le vieran los círculos oscuros debajo de los ojos. Una sensación familiar de calidez y compañía se le asentó en el pecho; era la misma sensación que experimentaba cuando viajaba con sus leales hermanos de armas. Por fortuna, no intercambiaban muchas palabras, más allá de comunicarse si necesitaban detenerse, juntar leña o decidir quién haría guardia.

Andor no sabía cómo Cathy podía seguir andando tras haber comido únicamente pan duro mientras él se daba banquetes con liebres o aves salvajes asadas.

En la tercera mañana, Cathy se despertó y miró el interior de la bolsa antes de cerrarla con una expresión preocupada.

—No hay más pan. ¿Qué puedo recolectar en el invierno que sea comestible?

Andor se rio entre dientes.

—Liebre —le respondió y le ofreció la pata que había asado la noche anterior.

La miró con anhelo, pero negó con la cabeza.

—No, tiene que haber otra cosa.

—Señora, el invierno no es una buena época para ponerse quisquillosa en el medio de la nada.

El estómago le rugió fuerte, e hizo una mueca.

—Tu cuerpo está de acuerdo conmigo —señaló.

—Bueno, mi cuerpo solo es una parte del sistema. Mi espíritu me lo va a agradecer más tarde. No he practicado yoga en lo que parecen miles de años. —Se olfateó la túnica y arrugó la nariz—. Por Dios, haría lo que fuera por una ducha —masculló para sí misma—. Voy al bosque a hacer yoga, ¿de acuerdo?

Él frunció el ceño al principio sin entender nada de lo que acababa de decir, y luego recordó que yoga era una suerte de entrenamiento que ella enseñaba.

—No vayas lejos —le advirtió.

Arqueó las cejas, y Andor se dio cuenta de que había cometido un desliz.

—Si te atacan, no quiero perder tiempo buscando tu cuerpo antes de reanudar el viaje —le explicó, aunque se retorció por dentro ante la crueldad de sus palabras.

Cathy puso los ojos en blanco y se alejó.

Andor tenía que admitir que sentía curiosidad por eso del yoga. Cuando acabó de desayunar, decidió ir a observarla. Quizás

explicaría un poco de dónde había venido esa lunática y por qué le mentía.

Siguió sus pasos por el sendero intentando hacer el menor ruido posible a pesar de la pierna lastimada. Pronto el burbujeo del agua le llegó a los oídos y, al cabo de unos instantes, vio a Cathy cerca de un arroyo.

No le cabían dudas de que estaba haciendo algo. Había dejado el abrigo en el suelo y estaba haciendo una serie de movimientos que parecían… Bueno, lo único que se le ocurrió fue el baile de una bruja. Cambiaba de una posición a otra con movimientos precisos y llenos de gracia, como si estuviera dibujando runas en el aire con el cuerpo. Tenía el cuerpo erguido, los brazos hacia arriba en el aire y luego bajaba para tocar el suelo de manera tal que las piernas y el torso se convertían en dos líneas. ¿Cómo se las ingeniaba para mantener las piernas tan derechas? Luego volvía a subir con los brazos abiertos como las alas de un pájaro y los alzaba hacia el cielo como si fueran dos lanzas.

Continuó descendiendo y estirando las piernas mientras se agachaba y se movía de manera hipnotizante. Cathy fluía, pero sus músculos se veían tonificados y energizados. Andor se perdió mirándola. Una calma que no había sentido en mucho tiempo lo envolvió. La última vez que lo había experimentado había sido cuando Svana había estado viva y había yacido en sus brazos en la cama.

Demasiado pronto, Cathy se detuvo y se sentó sobre el suelo con las piernas cruzadas, las palmas unidas a la altura del pecho y los ojos cerrados. Andor la observó sentada de esa manera durante largo rato. Cuando por fin abrió los ojos, su rostro se veía tan tranquilo y relajado, incluso alegre, y no puedo evitar sentir un aguijonazo de celos. Ese tipo de alegría no era posible para él.

Andor estaba a punto de darse la vuelta y regresar a la fogata cuando comenzó a desvestirse. Se abrió el cinturón y se quitó la túnica por la cabeza. Debajo tenía algo que jamás había visto: una suerte de túnica interior negra que se le aferraba al cuerpo como una segunda piel y le realzaba cada curva. Acto seguido, se quitó los pantalones anchos y quedó con una prenda interior más pequeña que le remitió a unos pantalones muy cortos que se le pegaban a los muslos. Se quitó los zapatos y luego las medias de lana antes de pararse delante del arroyo. De la boca le salían nubes de vapor. Era un día cálido, pero aún estaban en pleno invierno, y tuvo que admirar a Cathy por estar dispuesta a entrar en el agua congelada.

Si antes le pareció hermosa con las prendas holgadas de un hombre, ahora que no tenía casi nada cubriéndole el cuerpo lo dejó sin aliento. Tenía las piernas largas, una cintura delgada, unas hermosas caderas voluptuosas y un precioso trasero redondeado

que le daban ganas de acariciar y masajear. Unos senos llenos del tamaño y la forma indicados para que un hombre se olvidara de todo lo que lo rodeaba.

Cathy se quitó la parte de arriba, y vio un lado suave de un seno. Luego se quitó los pantalones cortos, y al verla desnuda de espaldas, se le despertó una necesidad casi animalística en el interior. Su cuerpo era entallado y suave a la vez. Debajo de las curvas había músculos fuertes. La piel era inmaculada y parecía como si fuera a ser lo más aterciopelado que podría tocar en la vida. La imagen frente a él lo torturó tanto como le agradó, y no pudo despegarle los ojos de encima.

Cathy se soltó el cabello antes avanzar hacia el agua. Sin decir nada, se metió en el arroyo que fluía. Se sumergió por completo y cuando volvió a emerger, comenzó a lavarse. Así debía de verse una diosa, o una valquiria o una princesa: hermosa, llena de gracia y tranquila, como si fuera una parte de la misma naturaleza. Andor la observó hipnotizado.

Al poco tiempo, Cathy se dio la vuelta para regresar a la orilla de césped, y Andor se olvidó de ocultarse detrás de un árbol. Sus ojos se encontraron, y el tiempo se detuvo. El agua solo le cubría hasta la mitad de los muslos. La piel de los senos, el estómago y las caderas se le sonrojó del frío. Andor tomó consciencia de la erección cálida y dura que se le empezó a formar, pero no pudo hacer nada para evitarla.

A Cathy se le abrieron los ojos del asombro y se le sonrojó el rostro de la vergüenza. Para sorpresa de Andor, no se cubrió. Y, sin importar lo que estuviera pensando en ese momento, su rostro no reflejaba ningún indicio de rechazo. De hecho, entreabrió los labios al tiempo que los pezones se le endurecían y los ojos grises se le oscurecían.

Si daba un paso más hacia ella, acabarían juntos en ese sitio y en ese momento. Los dos aguardaron a que el otro diera el primer paso.

No. Andor no podía hacerlo. No debía. Si comenzaba algo con ella, querría protegerla… ¿y si no podía hacerlo? No podía atravesar eso una segunda vez.

Tragó con dificultad y con un esfuerzo similar al que se necesitaría para sacar a una ballena del océano, se dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO NUEVE

—Eso del yoga que estabas haciendo… —comenzó Andor mientras continuaban avanzando hacia el norte por el bosque—, ¿es un baile?

Cathy le echó una mirada de soslayo sorprendida. Era la primera vez que usaba un tono de voz tan suave para hablarle.

—¿También me viste haciendo yoga? —le preguntó.

El recuerdo de él mirándole el cuerpo desnudo le hizo acelerar el pulso.

Esa mañana más temprano, se había sentido muy bien volver a hacer su rutina de yoga para calmar la mente y conectar con el cuerpo. Y luego bañarse en el arroyo había sido de lo más estimulante y se sentía fresca, por más que la piel le había dolido del frío. Tanto así que, por primera vez desde que llegó a esa época, o quizás desde el accidente de Brad, se sintió fuerte. Se sintió como ella misma. Incluso se había preguntado si necesitaba a ese patán de Andor para encontrar el camino a York.

La dicha se le había evaporado cuando lo encontró observándola. El calor de su mirada bien podría haber hervido el agua gélida del arroyo. Sin dudas, le había hecho hervir la sangre. Las rodillas se le habían debilitado, el corazón se le había acelerado más que nunca y la boca se le había secado. El mundo se había detenido mientras se miraron a los ojos. Si uno de los dos hubiera levantado un dedo, el aire entre ellos se habría quebrado como con un rayo. Nadie jamás la había mirado de ese modo. Ni siquiera Brad.

—Te vi —admitió Andor—. Jamás había visto nada como lo que estabas haciendo.

Las mejillas se le sonrosaron un poco, y una sonrisa amenazó con asomarle al rostro. Ay, pero ¿qué le pasaba? Estaba disfrutando la atención de ese vikingo arrogante. Era una tonta, una patética, una necesitada. Recibía un poco de atención masculina y estaba a punto de desmayarse. Tenía que pensar en Brad, el único hombre que la amaba y a quien amaba.

«Ya contrólate, tonta. No puedes empezar a tener sentimientos por un vikingo solo porque te vio desnuda y pareció gustarle».

—Bueno —repuso—, no lo has visto porque es probable que no hayan oído de la India aún. Pero en el futuro, todo el mundo está conectado. La globalización acerca todo: el *sushi* japonés, las prendas confeccionadas en China y los vinos franceses que se venden en los supermercados. El yoga también se ha vuelto popular en todo el mundo.

Andor hizo un sonido de confusión.

—¿Por qué? ¿Quieres probarlo? —le preguntó.

—¿Probarlo? —se rio—. No, no bailo.

Típico de hombres.

—No es un baile, Andor. Y podría hacerte bien. Podría calmarte y quizás ayudarte a sanar la pierna más rápido.

Andor negó con la cabeza.

—Me ha recordado a una *völva* que vi bailar alrededor del fuego para conectar con los dioses. Pero su baile era salvaje y caótico, el tuyo… era diferente. No había caos. Me dio…

Dejó de hablar como si estuviera buscando las palabras.

—¿Paz? —lo ayudó Cathy.

—Sí, paz. Una paz me embargó de solo mirarte.

Cathy le sonrió.

—Sí, el yoga tiene ese efecto.

Andor se rio.

—Me había olvidado de lo que era la paz.

Cathy frunció el ceño. No debería estar sorprendida. La vida de un guerrero vikingo no se reducía a banquetes y navegaciones. Sin embargo, había algo en su voz que le hizo pensar que había algo más allí. Andor estaba atormentado.

—Lo que estabas haciendo me pareció mágico —continuó Andor—. Como un hechizo. ¿Por qué otro motivo sentiría una paz como esa de solo mirarte?

A pesar de que no era un cumplido, en la voz oyó aprobación, respeto e incluso sorpresa. Todo para ella… viniendo de un hombre como él. El estómago se le alivianó, y una sonrisa le asomó a los labios. Era el tipo de reacción que le generaba Brad. Excepto que Brad jamás le había dicho ni una palabra maligna, mientras que las palabras de desaprobación de Andor habían sonado muy crueles. Aunque sabía que eso no estaba nada bien, no pudo evitar sentir una calidez que se le expandía por el estómago y el pecho. Se sintió algo mareada, pero quizás solo se debía a que tenía hambre.

—Entonces ¿no crees que estoy loca? —le preguntó.

Andor se detuvo un momento al lado de un arbusto grande y la miró.

—No, no creo que estés loca.

Cathy sintió una ola de alivio y se le agrandó la sonrisa.

—Y aunque lo estés —añadió—, una parte de mí quiere estar loco de ese modo. Si con eso obtuviera aunque solo sea una gota de tu paz.

A Cathy le picaron los ojos. La intoxicación de sentir su aprobación hizo que todas las células del cuerpo le sonaran como un gong de yoga. ¿Sería cierto lo que decía?

—Bueno… —comenzó, pero Andor se volvió para mirar a un punto a su derecha.

—Ese es un avellano —le dijo—. ¿Comes avellanas?

Cathy miró hacia el arbusto alto con las ramas desnudas y vio unas pequeñas nueces en él.

—Sí —repuso—. ¡Oh, gracias! ¡Sí!

Se lanzó hacia el arbusto y comenzó a recolectar las nueces. Encontró una piedra y las rompió una a una. Con los dedos temblorosos, las extrajo de la cáscara lo mejor que pudo y se las llevó a la boca. No tenía ni idea del hambre que tenía hasta ese momento. Sabían térreas y estaban frías y un poco secas, pero tras casi una semana de comer solo pan y beber agua, sabían celestiales. Además, eran orgánicas. ¿Cuán seguido tenía la oportunidad de comer nueces del bosque en su época?

Andor la observó con una sonrisa entretenida.

—Por Freyja y por Frigg, de solo verte, parece que saben igual de dulces que el hidromiel en el Valhalla. Dame una.

Cathy le arrojó una avellana, Andor la atrapó, la masticó y la escupió.

—Saben a polvo.

—Cállate —le dijo con la boca llena—. No es cierto.

—No son jugosas como una liebre asada.

Cathy puso los ojos en blanco. Cuando quedó llena, recolectó todas las avellanas que encontró y las guardó en la bolsa de viaje. Había otro arbusto cerca del primero y continuó recolectando de ese. No era demasiado, quizás le bastaría para uno o dos días si las comía con moderación.

—Si ves más arbustos en el camino, dímelo —le dijo dándole una palmadita a la bolsa.

Cuando se volvieron para continuar, Andor se quedó quieto a su lado. Unas hojas se removieron, y Cathy vio dos hombres que se acercaban por el bosque. Uno llevaba un cuchillo largo, y el otro un hacha. Sintió un escalofrío en la piel. Los problemas habían comenzado mucho antes de lo que había creído. Miró a Andor, que parecía como si estuviera evaluando la situación.

Lo único que llevaba era un cuchillo de cocina que había robado del monasterio; era la única arma que Cathy había podido encontrar allí. Le había sido útil para matar a las liebres y prepararlas para asarlas, pero de seguro que no sería genial en comparación con una espada o un hacha de batalla. Oh, cielos, ¿y la herida de Andor?

Los hombres llevaban lo que parecían harapos, y Cathy dudó que se tratara de guerreros entrenados. A lo mejor eran granjeros o artesanos desesperados. Cathy esperó que creyeran que Andor era un rengo con una muleta, que de seguro acabaría usando de arma, y que ella era un muchacho adolescente algo grandulón.

—Ni una palabra —le advirtió Cathy sin despegar los ojos de los hombres—. Eres mudo, ¿recuerdas?

Andor no le respondió, sino que los observó como un halcón. Los hombres se detuvieron delante de ellos: uno era de estatura baja y algo rechoncho, y el otro era una cabeza más alto y esbelto como la rama de un árbol.

—Hola —los saludó el más bajo apretando fuerte el cuchillo.

—Creo que saben lo que está a punto de ocurrir —intervino el otro al tiempo se apoyaba el mango del hacha en la otra palma.

Cathy tragó con dificultad.

—No tenemos nada.

El primero la recorrió de pies a cabeza con la mirada y entrecerró los ojos. Cathy se percató de que a Andor se le tensaban los músculos.

—De verlos, supongo que es cierto —dijo el primer bandido—, pero me gusta tu abrigo. Se ve mucho más cálido que mi chaqueta.

Llevaba una chaqueta acolchada llena de agujeros.

—Y esas botas. —Le miró los pies, y vio que las del bandido estaban más gastadas.

—Miren —les dijo sintiendo una ola de terror familiar en todo el cuerpo—. Sigan su camino. No queremos problemas.

El más alto la miró.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó.

Cathy se aclaró la garganta y recordó bajar la voz antes de responder:

—Cathan.

El rostro del más alto se suavizó al tiempo que una sonrisa taimada le asomaba al rostro detrás de la barba enmarañada.

—¿Sabes qué, Basil? Yo creo que no es un Cathan. —Con el hacha en alto, avanzó hasta Cathy. Se acercó a ella con el rostro sucio y la boca abierta llena de agujeros donde debía haber dientes. A Cathy se le retorció el estómago de temor y retrocedió varios pasos—. Es una mu…

Un abrigo y una melena rubia destelló delante de sus ojos, y el hombre se encontró en el suelo aferrándose a la garganta sangrando. El hombre más bajo echó a correr, pero Andor tomó el hacha del otro y se la arrojó. Cayó con el hacha clavada en la espalda.

Cathy ahogó un grito apretándose las manos contra la boca. Los contenidos del estómago se le revolvieron, y el único pensamiento que tuvo fue que si vomitaba probablemente acabaría muriéndose de hambre. Por eso, se contuvo.

Andor se volvió hacia ella sosteniendo el cuchillo de cocina manchado de sangre. Arqueó las cejas y se le curvó una comisura de la boca.

—Parece como si estuvieras a punto de hacerte encima, Cathan. Creí que eras una guerrera.

Ella frunció el ceño y se quitó las manos de la boca.

—Te he dicho que no soy ninguna guerrera.

—¿No? —Caminó hacia el hombre que tenía el hacha en la espalda—. Quizás deberías serlo.

CAPÍTULO DIEZ

—Gracias por salvarme —le dijo Cathy cuando reanudaron el camino.

Andor apretó los dientes, y el vientre se le seguía retorciendo tras la furia de la batalla.

—No te salvé.

—Sí que me salvaste.

—Te dije que no me volvieras responsable de tu vida. Simplemente he escogido el mejor momento para actuar dada mi desventaja con las armas. Estaba distraído. No hubiera tenido una mejor oportunidad.

Cathy se detuvo para enfrentarlo y lo obligó a detenerse también.

—Oh, y si me hubiera atrapado, no habrías hecho nada. Te hubieras limitado a mirarlo —se detuvo—, a verlo hacerme lo que fuera…

—No leas más cosas de las que hay.

Cathy soltó un bufido.

—Solo digo que creo que eres una mejor persona de lo que quieres que crea.

Andor comenzaba a perder la paciencia.

—No quiero que creas nada. No me importa si crees que soy una buena persona o un engendro de Loki. Detuve a los dos bandidos porque había que detenerlos. Tu bienestar no tuvo nada que ver con eso.

Pero una pequeña voz en su interior le susurraba que había sido más que un buen momento para actuar y más que la practicidad de tenerla de compañera. Cuando ese bastardo casi había llegado hasta ella, todo el cuerpo le reaccionó como una flecha disparada con un arco estirado de más. Había estado en peligro, y el temor por ella le había formado nudos en el vientre. Le había surgido la necesidad de protegerla, como una tormenta que se forma en el horizonte y no se puede detener. No podía quedarse de pie observando cómo la lastimaban; no podía permitir que le ocurriera lo mismo que le había ocurrido a Svana. No podía fracasar por segunda vez.

Detestaba sentirse obligado a protegerla, sabiendo que podría fracasar. Sabiendo que no podría vivir con la culpa del fracaso. Debía obligarse a luchar contra ese impulso. Quizás debía dejar de mirarla, de hacerle preguntas acerca del yoga y de ayudarla a buscar comida.

Cathy reanudó la marcha.

—Una mínima conexión humana y te sobresaltas como un puercoespín. ¿Por qué estás tan a la defensiva? ¿Es algo de

vikingos?

Andor siguió observando como la capa se movía delante de él y se le tensaba el vientre. Sus palabras llamaron a la puerta equivocada, la que guardaba todos los recuerdos dolorosos bajo llave. Y los recuerdos oyeron el llamado.

Recordó la primera vez que había visto a Svana. Andor acababa de convertirse en *jarl* tras la muerte de su padre y había estado buscando una esposa. Se debería haber casado con la hija de otro *jarl* para fortalecer las alianzas, pero cuando acudió al banquete que el padre de Svana, Harek, había hecho en honor al nuevo *jarl*, Svana lo hechizó. Andor se había mostrado arrogante y la había deseado.

«Me ganaré el respeto de los otros *jarls* por medio de mis actos y no casándome con la hija de alguien —le había dicho Andor a Fridstein—. Debo casarme con ella». Svana estaba enamorada de él y accedió al casamiento. Y así había terminado. El recuerdo de la herida abierta de Svana, su voz débil, la sensación de su cuerpo suave y cálido en sus brazos…

La voz de Cathy lo devolvió a la realidad y lo liberó de la prisión de los recuerdos.

—Pero, en serio —le decía—. ¿Qué te pasó para que te vuelvas así?

Sabía que no debía ir a ese lugar, pero antes de poder contenerse, barbotó las palabras:

—¿Así, cómo? —Hizo una mueca—. Oh, olvídalo.

—No, no. No lo olvido. Te lo diré. Te comportas como si preocuparse por alguien fuera una debilidad.

Andor se tambaleó como si acabara de darse de bruces con una pared invisible.

—No hables de cosas que no sabes, mujer.

—Tienes razón. No lo sé y por eso te pregunto. ¿Tienes familia? ¿Tienes padres? ¿Qué le pasó a tu esposa?

Sus palabras lo cortaron profundo.

—La perdí —respondió.

Cathy se detuvo.

—¿Cómo?

Era demasiado. La oscuridad se lo estaba tragando. Vio las llamas lamiendo las paredes de la aldea, la vida que se desvanecía de sus ojos y luego más llamas que le consumían el cuerpo cuando el bote funerario se alejó flotando en silencio con su corazón a bordo.

«¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!».

—No, no hablaré de ella contigo.

—Pero te podría ayudar…

—¡Ya basta! —le ladró, y Cathy se retorció—. No necesito hablar de ella, ni de mí, ni de ti.

Cathy bajó la mirada.

—Disculpa.

—Probablemente deberíamos continuar por caminos separados.

—No, por favor, Andor. Lo siento. Cerraré la boca. No diré nada. Debo ir a York lo antes posible. Cuando estoy nerviosa, hablo mucho, y, bueno, con todo lo que ha pasado desde que llegué aquí… Por favor, déjame ir contigo. No haré más preguntas. Tienes razón, no es asunto mío.

Andor la miró fijo. Debería dejarla. Ahora tenía dos armas: el hacha y el *seax*. No lo compensaban por haber perdido Problema de Dragón, pero eran mejor que un cuchillo de cocina. Si iba a ser tan irritante como en ese momento, no habría ninguna capacidad de interpretación que le pudiera ofrecer por arrastrarla consigo. Debería decir que no. Debería dejarla. Pero no podía hacerlo.

—Está bien —repuso—, si lo juras.

—¡Lo juro!

—No, dame tu palabra, júralo por algo importante. Júralo por el yoga.

Ella lo miró con el rostro pálido, curvó los labios y soltó una carcajada.

—Lo siento, pero lo que acabas de decir es muy gracioso.

Andor apretó los dientes.

—No tiene nada de gracioso. Si te vuelves a reír, te dejaré.

—Está bien, no me reiré.

—¿Por qué lo juras?

El rostro se le puso serio e inspiró hondo.

—Por la vida de Brad. Él es la persona más importante para mí.

Su prometido. De pensar en el hombre al que le pertenecía, sintió dolor. Y ¿por qué su vida correría peligro sin Cathy? Ella había dicho algo acerca de que los padres querían matarlo, pero no podía ser cierto. ¿Y cómo podría protegerlo Cathy? No, no le haría preguntas acerca de su privacidad. Determinado, asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Vamos. —Se volvió y comenzó a andar, pero de pronto posó la mirada en unos hongos que crecían sobre el tronco de un árbol—. Esos son comestibles.

Cathy frunció el ceño al verlos.

—¿De verdad?

Andor soltó un suspiro.

—Sí, de verdad.

Cathy arqueó las cejas y ladeó la cabeza. Una sonrisa lenta le asomó a los labios.

—Algo más que pan y avellanas… Andor, esta noche me daré un festín.

Sintió una profunda alegría al ver a Cathy recogiendo los hongos. Andor soltó una maldición. Esa mujer le estaba calando la piel.

Pero no podía resistirse a verla complacida. ¡Por los pies apestosos de Thor, se encontraba en problemas!

~

La piel suave de Cathy destellaba a la luz de la fogata. El arco delicado que formaba la cintura, los senos maduros y la curva exquisita del vientre se ceñían sobre él. Se encontraban en casa, en Hvaldalen, en su recámara.

Lo estaba montando a horcajadas. Tenía el miembro duro y cálido en su interior. El cabello dorado se derramaba sobre sus hombros esculpidos y le cubría los senos. Sus gemidos llenaban el aire de la habitación mientras le recorría el estómago y los senos con la palma de la mano y luego le dibujaba círculos alrededor de un pezón hasta hacérselo endurecer.

Cathy lo cabalgaba con los ojos cerrados. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y el hermoso cuello le quedaba expuesto.

—Andor —gemía—. Andor…

—Sí, hermosa. Disfruta. —Le tomó los senos en las manos y se los masajeó haciéndola tensar más alrededor de su miembro.

—Oh, Andor, ¿por qué tardaste? —gimió sin dejar de moverse.

Andor se quedó quieto.

—¿Cómo has dicho?

—¿Por qué tardaste? Prometiste que ibas a regresar hace un mes.

Andor se incorporó sobre los codos y sintió como si tuviera una lanza de hielo atravesada en la garganta.

—No te prometí nada, Cathy. Te lo he dicho desde el principio: no seré responsable de ti.

Cathy dejó de moverse y abrió los ojos. Eran verdes. El olor a madera quemada y la nota de hierro de la sangre lo embargó.

—Lo prometiste —le dijo.

Andor parpadeó. No era Cathy. Era Svana, y su cabello ya no era dorado, sino castaño. Tenía una herida abierta en el lateral.

El torques de granito, que tenía alrededor del cuello, se tornó más pesado. La gente gritaba de dolor y se oían los choques metálicos de las armas.

—Lo siento, Svana.

La cama estaba en llamas. Las paredes se estaban carbonizando, y un humo pesado y húmedo llenaba la habitación.

—Lo prometiste. Si hubieras venido a tiempo…

—¡Lo siento! —gritó al tiempo que las llamas consumían la cama.

—Andor —lo llamó alguien—. Andor.

Todo se movió, como si un gigante acabara de pisar fuerte sobre el suelo.

—Despierta, Andor.

Andor abrió los ojos. Las llamas iluminaban el rostro preocupado de Cathy, que se ceñía sobre él en la noche oscura. Cathy lo sacudió por los hombros. Inhaló el aroma a bosque, a hojas en descomposición y tierra húmeda. Oyó un búho que ululaba y las ramas que se mecían al viento.

Se estremeció para sentarse erguido y jaló el abrigo para cubrirse la erección. Por Odín y Thor, seguía excitado por el sueño. Deseaba a Cathy a pesar del horror que acababa de ver.

—Solo era un sueño —le dijo Cathy—. Te encuentras bien. Nadie te persigue.

Andor tenía la respiración agitada y el pecho tenso por el eco de los recuerdos.

—Te equivocas en eso —le dijo—. Ve a dormir. Ya estoy despierto, haré guardia.

—¿Estás seguro? Apenas has dormido.

—No voy a poder dormir, por más que lo intente.

Cathy se recostó en el suelo y se acurrucó con el abrigo junto a la fogata. Andor pensó que estaba muy equivocada en cuanto a que alguien lo estuviera persiguiendo. Los fantasmas lo acechaban. Y cuanto más deseaba a Cathy, más lo buscaban. A pesar de eso, no podía dejar de desearla. Pero debía intentarlo.

CAPÍTULO

ONCE

En las cercanías de Ashbury, Oxfordshire, 18 de enero de 878 d. C.

Durante los últimos tres días, lo único que había visto Cathy habían sido árboles, colinas verdes del paisaje de Wessex y el perfil serio de Andor mientras caminaban por el camino que conducía hacia el noreste. El encapotado cielo hibernal y los bosques desnudos eran el espejo perfecto de su estado de humor.

Cualquier signo de admiración y aprecio que Andor le hubiera mostrado en el pasado, solo residía en su cabeza. Le había dejado bien claro que debía mantenerse alejada de él.

«Probablemente deberíamos continuar por caminos separados», le había dicho. No quería tener nada que ver con ella. A lo mejor le había sorprendido verla desnuda y había reaccionado como reaccionaba cualquier hombre ante una mujer desnuda. Quizás lo había malinterpretado todo.

Cathy se bajó la mirada hacia las botas que avanzaban sobre el sendero de tierra húmeda. Tenía la vista nublada, y las lágrimas le quemaban los ojos.

Vestido con la capa de lana dura, con el hacha y una daga más larga, Andor le parecía una parte del paisaje oscuro y malhumorado que en nada se diferenciaba de los árboles solemnes que los rodeaban. Mientras que ella… aun sin el traje de neopreno rosado, se sentía como una forastera, una turista a la que el bosque y el cielo miraban con el ceño fruncido.

Había mantenido la promesa de no hacerle más preguntas de su vida personal, a pesar de que las tenía en la punta de la lengua. Se obligó a tragárselas, como se tragó sus palabras cuando su propia madre le dijo que hablaba demasiado y que ya sobresalía por su altura y peso. La mayor parte del tiempo, se limitaban a caminar en silencio.

Todas las mañanas, Cathy se apartaba del campamento para hacer yoga. No iba demasiado lejos para que Andor pudiera verla, si así lo deseaba. Pero era justo por eso que no se podía concentrar del todo.

En secreto, deseaba que se uniera a ella. Por un lado, hacer yoga le haría bien. Había algo que lo acechaba, y Cathy creía que el yoga y la meditación le harían sentir alivio. Por otro lado, por patético y vergonzoso que fuera y a pesar de su rechazo, anhelaba su atención. Su aprobación y sus cumplidos le resultaban embriagantes. Y quería más. Pero él jamás iba.

Más tarde esa noche, mientras se instalaban en el campamento, no pudo con la ansiedad de tragarse la opinión. Andor estaba agachado delante del fuego para avivarlo.

—Mira, Andor —comenzó, y él volvió la cabeza para mirarla con una advertencia silenciosa en el rostro.

«Oh, no». Debía detenerse, pero no podía.

—Estaba pensando… Deberías venir conmigo mañana por la mañana y hacer yoga.

Él entrecerró los ojos y la observó.

—¿Qué dices? ¿De dónde sacaste eso?

—Bueno, es que… sé que sentías curiosidad antes. Me estabas preguntando al respecto. ¿Te gustaría intentarlo?

—Acabas de romper tu palabra.

—Oh, vamos, en verdad no puedes esperar que no te hable por el resto del viaje.

Negó con la cabeza y regresó al trabajo.

—Déjame en paz.

Podía ayudarlo a salir de eso. Solo necesitaba que lo viera.

—Es evidente que tienes problemas de ira… y que te molesta preocuparte por alguien. Tu corazón…

Se incorporó de un salto, tenía una mezcla de angustia y furia en la mirada.

—Mujer, te lo advierto, una palabra más y lo lamentarás. —Usó un tono de voz bajo y lleno de amenaza que la hizo encoger.

—¿Cómo es posible que intente ayudarte y me respondas solo con ira y odio?

Andor se enderezó. El pecho le subía y le bajaba y tenía los ojos abiertos de par en par bajo el ceño fruncido.

—Porque te la pasas quitándome la paz.

—¿La paz? No tienes paz.

—Sí que tengo paz. O la tenía. Quizás no sea como la tuya, pero es mi versión de paz. Implica no tener que cuidar a mujeres irritantes.

—No necesito que me cuides.

—Creí que dijiste que me necesitabas.

—Solo porque conoces el camino.

—No conozco el camino.

—Bueno, sabes orientarte con el sol o lo que sea. Yo apenas puedo encontrar el camino siguiendo los mapas en mi móvil.

—Por Odín y Thor. No hay con qué orientarse. Sigue el camino. Va hacia el norte. —Hizo un ademán en la dirección del camino que se extendía detrás de Cathy—. Si te pierdes, pregúntale a alguien. Hablas el idioma.

Cathy se cruzó de brazos. Una parte terca de su interior quiso gritarle: «De acuerdo. Iré sin ti». Pero ¿cómo podía dejarlo en

territorio enemigo con una pierna lastimada? No podía porque no era una persona cruel… y una parte de ella no quería dejarlo. Lo estudió en busca de alguna señal de que no lo había dicho en serio, de que estaba usando un mecanismo de defensa. Pero lo único que vio fue un hombre hermoso y furioso que no tenía ni el más mínimo interés por ella. Un hombre que quería que lo dejaran en paz. Esa era la historia de su vida, con la feliz excepción de Brad. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Está bien —dijo—. Eres un desagradecido. No eres capaz de decir un simple: «Gracias por salvarme, Cathy». O un: «Gracias por curarme las heridas, monjes». Ni hablar de un: «Disculpen por atacar su monasterio y robar sus tesoros». Estaré mejor sin ti. Ha sido un placer conocerte.

Los hombros se le hundieron casi aliviados. Cathy tomó la bolsa y se dio la vuelta. Empezó a andar por el camino que se abría entre los árboles. El corazón le sangraba en el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se volvió a ver si la estaba siguiendo. Qué ingenua. Por supuesto que no la estaba siguiendo. ¿Por qué iba a hacerlo?

Apretó el paso y, cuando llegó al camino, siguió andando. Se secó los ojos, pero las lágrimas no dejaron de fluir. No tenía idea de cuánto tiempo había estado llorando, pero al cabo de un rato, las lágrimas se detuvieron. La cabeza le dolía, y la cofia le producía picor, de modo que se la quitó y la metió en la bolsa. Había oscurecido, y estaba exhausta. Tenía que detenerse a descansar.

Miró alrededor, pero todo le pareció igual: árboles y arbustos grises oscuros y una oscuridad total incluso bajo la luz de la luna.

Excepto… ¿acaso veía una luz brillar entre los troncos? Se detuvo y entrecerró los ojos intentando ver. El viento agitaba las ramas de los árboles. ¿Oía voces? A lo mejor estaba cerca de una aldea o una granja. Quizás podría pasar la noche allí.

Cielos, lo que daría por una cama y una manta. O por el simple hecho de dormir bajo un techo. Le haría bien a Andor… Oh, cierto. Al diablo con Andor. Ahora estaba sola.

Quizás tendrían comida. Se había comido todos los hongos y las avellanas hacía un tiempo ya, y el estómago le rugía.

Avanzó entre los árboles hacia la luz intentando no hacer ruido. Cuanto más se acercaba, más altas se volvían las voces. La gente hablaba y canturreaba una especie de melodía. ¿Sería un festival?

Había una pequeña multitud, quizás veinte personas, de pie alrededor de un círculo y otras tres al lado de lo que parecía una piedra alta y plana. Como si fuera una mesa. La luz provenía de varias fogatas y de las antorchas que sostenían en las manos. Entre ellos, había varios caballos.

A sus espaldas, había una pequeña colina con piedras enormes como columnas. Contra una de las colinas había una piedra enorme y redondeada con un dibujo de un caballo trazado con tiza. Debajo de la piedra, ardía una fogata que hacía que el caballo de tiza se moviera bajo las llamas danzantes.

Un hombre con una sotana larga y un delantal pesado se encontraba de pie al lado de la mesa. La superficie destellaba con algo oscuro. El temor hizo que a Cathy se le formara un nudo en el estómago. ¿Sería sangre? Vio dos cabras muertas al lado de la mesa y una más viva sobre la superficie. Los pies se le congelaron y se le aceleró el pulso. ¡Pobres animales! El hombre llevaba una banda de metal sobre la cabeza con unos grabados. En las manos, sostenía el cuchillo de un carnicero por encima de la cabra. El animal se debatía en las manos de dos hombres que lo sostenían por las patas.

Cathy sintió un estremecimiento al comprender dónde se encontraba. Había llegado a un sacrificio pagano.

—¡Wēland, herrero invisible! Acepta esta moneda de plata y este sacrificio en tu honor. Repara nuestras armas, nuestras cotas de malla y herraduras y danos armas para luchar contra los nórdicos y liberar a nuestras tierras de ellos.

El bosque comenzó a ceñirse sobre ella. Tenía los brazos y las piernas débiles, y comenzó a hiperventilar. Un grito le subió por la garganta, pero se cubrió la boca y lo contuvo. Tenía que largarse de allí. ¿Por qué había dejado a Andor? Qué tonta había sido al pensar que podía llegar a York sin toparse con ningún problema.

El sacerdote dejó caer las manos y con un movimiento ágil le cortó la cabeza a la cabra. Así les puso fin a los gritos del animal y derramó sangre por doquier.

Cathy soltó una exclamación horrorizada aún con la boca cubierta. Mientras otro hombre sostenía un cuenco bajo el altar y reunía la sangre, varias personas se volvieron hacia ella. Y un hombre la vio y entrecerró los ojos.

El horror la tenía paralizada. No podía moverse ni un centímetro y no podía respirar. Era como si un tornillo de banco la tuviera clavada en ese sitio. Todos sus instintos le decían a gritos que echara a correr, pero lo único que pudo hacer fue ver cómo cinco hombres y mujeres se acercaban a ella. Cuando se encontraron a pocos pasos de distancia, recuperó el movimiento, se dio media vuelta y echó a correr.

Pero bien podría haber estado en una pesadilla. Se apartó demasiado lento, como si fuera una babosa arrastrándose en un pantano. Intentó mover las piernas más rápido, pero los paganos le pisaban los talones. Al poco tiempo, la sujetaron de las manos, y alguien la arrojó al suelo.

Un hombre con mal aliento le apuntó un cuchillo a la garganta.

—¿Quién eres? —le preguntó en inglés antiguo.

El resto se ciñó sobre ella con los rostros oscuros contra la luz de las fogatas encendidas a sus espaldas. Cathy se estremeció. Tenía que mentir.

—Soy de la aldea —respondió intentando bajar la voz para sonar como un muchacho—. Soy el hijo de Katherine, ¿no me recuerdan?

El rostro del hombre cambió de expresión para dar paso a una sonrisa taimada.

—No vengo de ninguna aldea, aquí no hay ninguna Katherine, y tú no eres un muchacho. —Alzó la mirada al grupo—. Estamos de suerte. Hoy sacrificaremos a una mujer para el dios herrero.

CAPÍTULO

DOCE

Andor gruñó al ver que los sajones paganos arrastraban a Cathy hacia el altar de sacrificios.

Reconocía el ritual. Antes de que el cristianismo infectara los reinos de Bretland, los sajones, al igual que los nórdicos, habían creído en los verdaderos dioses. Esa debía de ser una tribu que seguía adorando a los viejos dioses. Andor no entendía el idioma, pero reconocía el nombre de Völundr, el talentoso herrero que se había casado con una valquiria y que había sido esclavo de un rey por sus habilidades. Aunque Völundr el herrero no era un dios para los nórdicos, los sajones paganos le estaban haciendo un sacrificio.

Andor los observó oculto detrás de un árbol. Debería haber ido tras Cathy antes. ¿Por qué lo había dudado? Había sido muy cruel con ella para intentar mantener la distancia entre ellos. Con cada momento que pasaba con Cathy, el recuerdo de su esposa se debilitaba más, y la presencia de Cathy se fortalecía y crecía.

Ella lo llenaba de luz, de amabilidad y de fuerza de voluntad. Aunque le parecía tonto que se negara a comer carne cuando era evidente que tenía hambre y creía que no le hacía bien, esa determinación denotaba fuerza y disciplina. Quizás no era una guerrera, pero tenía el espíritu de una.

Y ahora estaba luchando y gritando y a punto de ser masacrada. Y era su culpa. El sacerdote escuchó al captor de Cathy y asintió con la cabeza. Andor podía ver cómo se le endurecían los ojos bajo la luz de la antorcha.

Le dijo algo a Cathy, que no dejaba de debatirse, y, tras oírlo, se retorció aún más en el intento de liberarse. Andor sintió que el temor por ella le llenaba el estómago. Eso era justo lo que lo había aterrorizado. De eso era de lo que había estado huyendo: de observar a alguien que le importaba morir por su negligencia.

Sujetó el mango del hacha. Contó veintitrés personas allí, entre hombres y mujeres. Él estaba solo. Si no hubiera estado herido y estuviera propiamente armado, hubiera atacado al sacerdote y la hubiera rescatado. Podrían haber tenido una oportunidad. Pero con la pierna herida y sin el escudo, no. Tenía que recurrir al ingenio.

Intentaron subir a Cathy al altar, pero pateó a un sujeto en el estómago y se escapó. Aprovechándose del momento de perplejidad, echó a correr hacia el bosque, pero los espectadores la atraparon. Alguien le dio dos bofetadas, y Cathy se desplomó inerte en el suelo.

Andor apretó los puños hasta sentir las uñas en las palmas.

Lo único que tenía era el abrigo, las armas y las prendas. De repente reparó en los dibujos en las piedras. Miró alrededor y vio

varias piedras blancas. Si encontraba tiza, se podía pintar el rostro de blanco. Si querían convocar a Völundr, él se los daría.

Tomó varias piedras que yacían cerca de sus pies y las sintió blandas en la mano. Las molió con el pomo del *seax* esperando que el murmullo de la multitud acallara el ruido. Luego tomó dos puñados de polvo blanco y se lo frotó por el rostro. Tomó un puñado de tierra de debajo de los pies, se escupió la mano y formó una pasta oscura que se frotó por los ojos. Por último, dibujó una serpiente blanca en la hoja del *seax* y frotó la hoja del hacha para tornarla blanca.

No tenía idea de si funcionaría ese plan. Quizás fracasaba y lo terminaban sacrificando al lado de Cathy. Pero era mejor intentarlo y morir que tener la muerte de otra mujer en sus manos, aunque no fuera responsable por ella. Se lo había dicho y así se había liberado de la responsabilidad. Si intervenía era solo porque podía, se recordó. Era porque quería y no porque debía hacerlo.

Los hombres volvieron a levantar a Cathy sobre el altar, y Andor supo que se estaba quedando sin tiempo. Se apresuró a subirse la capucha y solo dejó ver el rostro blanco.

Abandonó el refugio de los árboles y empezó a avanzar hacia la multitud. Cathy yacía sobre el altar, el sacerdote tenía el cuchillo alzado por encima de su cuello. Ella observaba en silencio, como si una norna le estuviera susurrando su destino, pero de pronto recuperó el sentido y comenzó a gritar y debatirse.

El sacerdote estaba diciendo una plegaria y alzó la voz. Cuando llegó al punto máximo de volumen, Andor salió a la luz y exclamó:

—¡Aaahhh!

Todos se volvieron a mirarlo con los ojos agrandados como platos. El sacerdote guardó silencio anonadado.

—¡Aaahhh! —volvió a exclamar Andor apuntando a Cathy con el *seax*.

Ella lo observó con terror en los ojos.

—Cathy, haz lo que te diga —le dijo en voz baja.

En respuesta, abrió la boca y asintió con la cabeza.

—Diles que soy Völundr y que he venido por mi esposa, la valquiria Hervör, y que, si intentan detenerme, convertiré todas sus armas en óxido.

Cathy tragó con dificultad y miró al sacerdote antes de comenzar a traducir. Los ojos del sacerdote se abrieron de par en par y reflejaron sorpresa. Tenía que sacar ventaja de la perplejidad de los sajones.

—Muévete, Cathy —la instruyó Andor. Cathy se liberó de los brazos de los hombres que la soltaron.

Se bajó del altar de un salto y se acercó a Andor. El sacerdote dijo una única palabra que la hizo detenerse. Luego, le preguntó

algo y se puso pálida.

—Quiere saber por qué no hablas su idioma.

—Helheim. Prepárate para huir.

Miró a los caballos que pastaban tranquilos entre la gente. Los animales eran su única posibilidad de escapar.

Hizo un ademán con el *seax* para que la gente abriera paso. Todos los presentes se hicieron a un lado uno a uno y se fueron apartando de Andor como el agua bajo el casco de un *drakkar*. Al sacerdote le brillaban los ojos de mirar a Andor avanzar hacia él paso a paso.

—Dile que es porque no quiero hablar el mismo idioma que un hombre que amenazó con matar a mi esposa. Si quiere que los ayude con la herrería, tiene que hacer lo que le diga.

Mientras traducía, Andor se acercó por detrás a un caballo.

—Dile que prefiero los caballos a las cabras y que me llevaré este. Luego acércate a mí despacio.

Cathy le hizo caso y el sacerdote entrecerró los ojos. Dijo algo más y alzó la voz antes de clavar la mirada en Andor.

—Deprisa, Cathy —la instruyó Andor.

Cathy echó a correr. El sacerdote frunció el ceño y curvó la boca hacia abajo. La gente intercambió miradas al tiempo que se les tensaban los hombros. A Andor le palpitó el corazón y tenía las manos tensas alrededor de las riendas.

El sacerdote gritó una orden, y varias personas intentaron sujetar a Cathy mientras corría hasta que al fin lo lograron. Andor soltó un rugido, alzó el hacha y comenzó a blandirla. Algunos dieron pasos hacia atrás, mientras que otros corrieron hacia él con hachas y cuchillos listos para atacar. Varios gritos de dolor y terror perforaron el aire.

—¡Wēland! —gritaban—. ¡Wēland!

El último hombre que sujetaba a Cathy se cayó, y la dejó libre para correr hacia Andor, que le extendía la mano. Cathy se aferró al antebrazo con las dos manos, y Andor jaló de ella para acomodarla detrás de él. Mientras más hombres armados corrían tras ellos, Andor jaló de las riendas y espoleó al caballo, que echó a galopar. Volaron por el bosque oscuro siguiendo el sendero iluminado por la luna. Oyeron los truenos de los cascos de otros caballos y gritos a sus espaldas. Andor miró por encima del hombro y vio otros jinetes que los perseguían.

—¡Arre! —Andor espoleó al caballo, y las venas le palpitaron—. ¡Arre!

Si se las ingeniaban para escapar de los paganos, tendrían un caballo. Pero, si los atrapaban, los dos acabarían muertos.

Siguieron galopando varios minutos, pero para el animal era difícil avanzar con dos personas. Solo dos jinetes los seguían a esa

altura, y Andor podía enfrentarse a ellos.

Más adelante, entre los árboles, había una gran colina. Aun en la oscuridad de la noche, unas líneas y curvas blancas destellaron desde el lateral de la colina. ¿Qué sería? La imagen lo hubiera hecho jalar de las riendas si no tuviera enemigos tras él. Pero no había tiempo para el temor o la perplejidad. Tenía que pensar rápido. Si subía la colina, podía utilizar la posición a su favor.

—Iremos allí —le gritó a Cathy—. Cuando estemos arriba, desmontaré, y tú debes continuar. ¿De acuerdo?

—¡No te dejaré! —le dijo.

—Sí que lo harás.

Cabalgaron hasta la cima de la colina, se detuvieron, y Andor se bajó. Cathy lo siguió.

—Te he dicho que… —comenzó a gritarle, pero ella lo interrumpió.

—Déjame citarte: «No necesito tu ayuda».

—Agáchate —siseó Andor. Desde abajo, los enemigos no podrían ver si seguían en la colina o dónde se encontraban.

Venían subiendo la colina a ciegas. Andor estaba listo y, con una precisión entrenada, arrojó el hacha hacia el primer hombre que llegó a la ellos. Le acertó el pecho, y se cayó mientras el caballo salía huyendo. Sin ninguna advertencia, el segundo jinete también llegó a la cima. Atacó a Andor, pero este se movió rápido, y la espada apenas le rozó el hombro y le causó una herida superficial.

El jinete galopó más allá de la cima, hizo girar el caballo y se dirigió hacia Andor, que plantó los pies sobre el césped suave. El hombre lo atacó a toda velocidad blandiendo la espada. Era el sacerdote. Andor se mantuvo en su sitio mientras el caballo avanzaba hacia él. Luego, en el último instante, se agachó bajo el ataque del sacerdote y le clavó el *seax* en el lateral. Con la boca abierta en un grito silencioso, el sacerdote se desplomó del caballo y rodó colina abajo mientras el animal se alejaba a toda velocidad.

Andor respiró con dificultad sin dejar de mirar alrededor en caso de que hubiera más enemigos en camino. Pero no había ninguno.

Cathy lo observó con los ojos grises suaves. Se miraron a los ojos. Habían vencido. La había rescatado. Había ido por ella. Y ella se había quedado por él.

Fue como si el aire entre ellos se hubiera evaporado, como si se sintieran atraídos hacia el otro por una fuerza imparable. Cathy voló hasta sus brazos, y Andor la aplastó contra su cuerpo.

La sintió alta y cálida, con los músculos duros, pero las curvas suaves. Inhaló su aroma, que era fresco como el bosque, dulce como una rosa y tan propio de ella, tan femenino, liviano y seductor que le encendió la sangre.

La besó y se hundió en la suavidad de sus labios y en el placer aterciopelado de su lengua. Lo embargó un hambre voraz por ella. La quería entera. Como un adolescente que emprendía el primer viaje para atacar aldeas en busca de tesoros, el entusiasmo le hizo ceñir el estómago. Como un océano de calor, le envió olas por todo el cuerpo, y en algún lugar profundo de su ser supo que siempre querría más de esos besos, más de sus caricias… Más de ella.

CAPÍTULO

TRECE

La boca de Andor la demandó y la reclamó frotándose contra la de ella con total suavidad. La envolvió en sus brazos, la apretó contra él y le presionó los senos contra el pecho. Se le endurecieron los pezones, y el dolor fue de lo más dulce.

Cathy oyó un gemido que le nació en un punto profundo interno y le subió por la garganta. Andor lo imitó y la besó más rápido y con más voracidad. El deseo le recorría las venas y le derretía cada una de las células. La cabeza le daba vueltas y el cuerpo le comenzó a flotar.

«Más, más profundo, estas prendas restringen tanto…».

De repente, Andor interrumpió el beso y clavó la mirada en el bosque.

—¿Has oído eso? —le preguntó.

—¿Qué cosa? —masculló con los labios hinchados y cálidos.

—Vienen por nosotros.

Cathy recobró la sobriedad y se concentró en el bosque. Divisó las luces que se movían entre los árboles y las personas que gritaban. Había tantos que parecían chispas de una fogata, y toda la excitación se le evaporó para dar paso a un temor gélido.

—Debemos marcharnos —dijo Andor—. Toma una espada y la vaina del sujeto de allí. Veré si encuentro la espada del sacerdote. —Hizo un gesto hacia debajo de la colina, donde yacía la silueta del hombre.

Sin esperar respuesta, se apresuró a bajar la colina.

—¡Aguarda, Andor! —lo llamó, pero él no se dio vuelta a mirarla.

«De acuerdo, Cathy, sé fuerte». ¿Por qué ese viaje tenía que implicar saqueos a los muertos?

Por fortuna, en esta ocasión, no tuvo que hacer nada demasiado espeluznante porque la espada yacía al lado del jinete sobre el césped. Encontró la vaina alrededor de la cintura del hombre, se la quitó y se la colocó alrededor de las caderas. Luego tomó la espada con las dos manos, que se le hundieron por el peso del arma. Pero cuando logró alzarla, los músculos le cantaron.

Las voces fueron en aumento. Guardó la espada en la vaina y corrió hacia el caballo sobre el que habían escapado para tomar las riendas. No tenía idea de cómo lidiar con un caballo, y le tenía temor porque no sabía qué esperar. Aunque había cabalgado sobre ese mismo animal con Andor, no sabía cómo hablarle o lograr que hiciera lo que quería.

El animal la observó con paciencia. Tenía unos ojos grandes y oscuros detrás de unas pestañas alargadas. Cathy chasqueó la lengua como había oído que hacían los otros jinetes.

—Vamos, dulzura —le dijo jalando de las riendas. Para su sorpresa, el animal obedeció—. ¡Qué buen chico!

Cathy lo llevó hacia la cima de la colina y miró hacia abajo. Andor estaba emprendiendo el regreso. A sus espaldas, la gente con antorchas corría colina arriba. Andor apoyó la mirada sobre la espada envainada y asintió con aprobación. Luego la tomó en sus brazos gigantes, la colocó sobre el caballo y se montó a sus espaldas.

—Vamos.

Salieron volando, y Cathy sintió el torso fuerte de Andor contra la espalda, así como también los músculos del caballo que se tensaban bajo su peso. Miró hacia atrás cuando estaban por comenzar a descender y por fin comprendió qué eran las líneas blancas en el césped: un dibujo gigante similar a los que habían dibujado los hombres sobre las paredes de las cuevas en la prehistoria. Era un caballo gigante.

~

Cabalgaron toda la noche y cuando el animal comenzó a cansarse, salieron de la carretera, se adentraron en el bosque y continuaron hasta llegar a un arroyo. Andor dejó que el animal bebiera y pastara mientras comenzaba a encender una fogata. En breve amanecería, y la oscuridad de la noche cesaría porque los árboles se tornarían plateados.

Cuando el fuego crepitó, se sentó y miró a Cathy a través de las llamas. Era mejor que hubiera algo entre ellos. El beso que habían compartido lo había dejado lleno de deseo y tormento. Cathy estaba sentada con las piernas cruzadas, estiraba las manos al fuego y se las frotaba mientras les respiraba el aire cálido para hacerlas entrar en calor. Andor deseó ser el que la calentara.

—Andor… —comenzó.

—Si me llegas a dar las gracias por salvarte la vida, te pondré sobre mi rodilla —le advirtió.

Cathy se rio.

—Gracias por salvarme la vida.

Soltó un gruñido y sonrió al tiempo que negaba con la cabeza. Si la tocaba, no podría resistirse a continuar lo que habían comenzado en esos bosques congelados.

—Tienes suerte de que tienes una espada ahora. Quizás Völundr el herrero nos ayude. Tenemos un caballo. Tenemos armas. Tenemos más oportunidades de llegar a Jorvik.

Cathy bajó la mirada a la espada envainada que llevaba en la cintura.

—¿Es difícil blandirla?

A Andor le gruñó el estómago. Aún le quedaban unos muslos de liebre asadas del día anterior; solo tendría que calentarlas en el fuego y serían un buen desayuno. Las perforó con un palo largo y las colocó sobre las llamas.

—Es una habilidad, como el yoga que practicas tú. Al principio es difícil y después se va volviendo más fácil con la práctica. ¿Por qué lo preguntas?

Cathy se mordió el labio inferior.

—¿Me enseñas?

Debió haberla oído mal.

—¿Enseñarte?

—Sí, te la pasas diciéndome que no me ayudarás. No quiero ser una carga para ti. Si me enseñas, puedo ayudarte. Has dicho que tengo el cuerpo de una guerrera.

Ella no era una carga. Él lo era. Ella era perfecta tal y como era, con su dieta extraña, su deseo de ayudar y su corazón bondadoso. Si se convirtiera en una guerrera también… podría protegerse, y eso le daría más oportunidades de sobrevivir a las amenazas de su mundo. Y quizás, una pequeña parte de él le susurró desde lo profundo, podría tener un futuro con alguien como ella. Bueno, no con alguien como ella. Con ella. El corazón le dolía tanto que se ahogó. Qué tonto.

—No me mires de ese modo —le dijo—. Quiero defenderme.

Andor bajó la mirada a los muslos de liebre. Ya había roto la promesa de no ir tras ella. Aunque se había dicho que no era así, lo cierto era que se sentía responsable por su vida. Y aun si le enseñara a luchar, dudaba que la sensación de responsabilidad se fuera a alivianar. Dudaba que pudiera evitar verla y seguir cada uno de sus movimientos para asegurarse de que se encontrara a salvo.

La miró a los ojos.

—No creo que sea buena idea.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque te voy a proteger. Ya comencé a hacerlo.

—Sí, Andor, pero yo también quiero protegerte.

Eso lo hizo reír.

—¿Tú? ¿A mí?

—Sí, ya te he salvado el pellejo, ¿recuerdas?

—Blandir una espada y arrastrar a un hombre inconsciente al interior de una cueva son dos cosas diferentes.

—Sí, pero, aun así, creo que puedo hacerlo. Yo… —Se interrumpió y bajó la mirada al tiempo que apretaba los labios.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Lo miró a los ojos. A Andor le dio un vuelco el estómago al comprender que no se echaría atrás.

—Me gusta —terminó.

—¿Te gusta sostener una espada?

Cathy se puso de pie y desenvainó la espada. Era de un metal simple, pero era perfecta para su tamaño. Cathy se estudió la mano. Los ojos le destellaban, y en ellos se reflejó una nueva fortaleza. Blandió la espada un par de veces con movimientos incómodos y sin sentido porque no la estaba sosteniendo bien, pero con una gracia y una fuerza que le hicieron pensar que podría ser, en efecto, una buena guerrera.

—Sí —repuso y bajó la punta de la espada hacia el muslo de la liebre para recogerlo del palo. El palo se meció y Andor apenas logró rescatar el segundo muslo antes de que cayera sobre el fuego. Andor observó con la boca abierta cómo recogía la carne de la espada con la otra mano y la masticaba con una sonrisa de satisfacción—. Me gusta.

Luego su expresión pasó de sorpresa a disgusto y escupió la carne en el fuego.

—Oh, por Dios, creo que voy a vomitar —dijo. Los carbones sisearon donde aterrizó la comida.

Andor negó con la cabeza.

—Mujer, primero que nada, no uses la espada para comer. Respeta el arma. Y segundo, no desperdicies un buen desayuno.

Se puso de pie, tomó la pata de la liebre del fuego y la mordió.

—Sabe bien.

—Sí, lo que tú digas. ¿Me vas a enseñar o no?

Andor masticó sin dejar de observarla. Luego tragó y suspiró.

—No puedo decirle que no a una guerrera. Tienes todo: el peso, la fuerza y el espíritu. Te enseñaré, pero debes hacer lo que te diga.

Soltó un grito de emoción típico de una niña y saltó repetidas veces. Menos mal que era una guerrera.

—Tengo una condición —le dijo.

—¿Tú tienes una condición?

—Sí.

—Yo soy el que te enseñará. Yo seré el que ponga las condiciones.

Cathy negó con la cabeza y le ofreció una sonrisa llena de encanto que le hizo curvar las comisuras de los labios.

—Tú me enseñarás a luchar, y yo te enseñaré yoga.

Los músculos del rostro se le cayeron.

—No.

—Sí, ya sabes que quieres aprender. Sabes que sientes curiosidad.

—¡No!

—Oh, vamos, solo una vez. ¿Cuándo más tendrás la oportunidad de intentar algo del futuro? Nadie más en esta parte del mundo ha oído hablar del yoga siquiera.

—Si crees que ese argumento me va a convencer, eres la lunática que creí que eras.

—Solo una vez, Andor. Vamos, ¿por favor?

Loki debía de estar revolviéndole el cerebro como un estofado en ese momento, porque quería intentarlo. No podía olvidar la expresión serena en el rostro de Cathy. ¿Y si él también podía sentir eso?

—Solo una vez —accedió.

Cathy volvió a gritar como una niña y aplaudió con las manos.

—Cálmate, Cathy, o me harás cambiar de parecer.

Negó con la cabeza.

—Te encantará.

Frunció el ceño, puso los ojos en blanco y miró alrededor.

—Debemos encontrar algo para que comas o caerás inconsciente después de la primera práctica con la espada.

Cathy le ofreció una sonrisa tan intensa que fue como si el sol se hubiera colado por sus hermosos ojos. Debía de estar perdiendo la razón porque comenzó a sentirse más cálido. Por primera vez en mucho tiempo, los fantasmas detrás de la puerta oscura de su alma guardaron silencio.

CAPÍTULO

CATORCE

Cathy hizo una mueca al morder la cáscara agria de una manzana silvestre.

—Ay —masculló encogiéndose de hombros—. Es ácido puro. Quizás debería reconsiderar la pata de conejo.

Por algún golpe de suerte, habían encontrado un árbol de manzanas silvestres que aún tenía algunos frutos rojos, a pesar de que los pájaros ya se habían dado un festín con ellos. Andor había ayudado a Cathy a juntar las pequeñas manzanas y ahora estaban desayunando.

—Tómalo. —Le ofreció el último muslo.

Cathy lo estudió muerta de hambre. Quizás debería comenzar a comer carne, solo hasta regresar a su época. Debía de ser saludable comer carne en ese sitio y ese año. Además, Andor tenía razón: era difícil recolectar frutos en el bosque en pleno invierno, y se estaba privando de muchos nutrientes importantes. También estaba exhausta tras haber sobrevivido varios días con menos calorías de las que necesitaba. De seguro estaba perdiendo mucho peso, aunque sin contar con proteínas, estaría perdiendo masa muscular y no grasa, de modo que no le venía nada bien. ¿Ser vegana sería la mejor elección durante el invierno cuando una se encontraba un milenio en el pasado? Casi había vomitado porque ya no estaba acostumbrada a la carne, pero, antes de convertirse en vegana, había disfrutado deliciosos platos con carne en casa.

—Está bien, dámelo —le dijo. Una comisura de la boca se le curvó hacia arriba cuando le entregó el muslo.

Mordió la carne aromática y, a pesar de que tenía un sabor algo inusual y estaba un poco dura y fuerte, fue un buen complemento para las manzanas silvestres. Además, tener una comida cálida en el estómago se sintió increíble.

—Mmm —gimió y cerró los ojos un instante.

El estómago se le había encogido tanto en los últimos días que quedó llena con unas manzanas y el muslo.

Andor la observó por encima de las llamas con una expresión pensativa y suave.

—Duerme unas horas. No sirves para nada cuando estás tan cansada. Cuando te despiertes, retomaremos el viaje.

Lo cierto era que Cathy estaba cansada. Sentía los pies cálidos y relajados frente a las llamas, y tenía las extremidades dolorosas de debatirse contra los captores. Ahora que el peligro había pasado y había comido algo y había entrado en calor, su cuerpo estaba tan pesado como una bolsa de piedras.

—De acuerdo, pero luego duermes tú.

—Ya veremos.

Lo miró considerando algo.

—Tu regazo se ve de lo más suave —señaló.

—¿Qué?

Se acurrucó al lado de él en lugar de responderle, se estiró sobre el suelo y recostó la cabeza en la curva que se formaba entre la cadera y la pierna. Por último, se acurrucó más profundo contra el abrigo.

—Te ves duro por fuera, pero tienes un regazo de lo más acogedor —le dijo acomodando la cabeza para ponerse cómoda—. Ves, ya casi me tienes sobre la rodilla, como querías.

Andor no se movió, ni siquiera respiró, y un brazo se le congeló en el aire por encima de ella. Luego, con cautela, lo bajó hasta apoyarle la mano sobre el hombro. Aun a través de las capas de prendas, sus caricias la atravesaron como una ola de calor dulce. Cathy sintió que le acomodaba el abrigo encima. Soltó un suspiro y cerró los ojos al sentir la pierna firme y cálida debajo de la mejilla. A Andor se le movía el estómago contra su cabeza mientras respiraba.

Mientras Cathy comenzó a quedarse dormida, recordó la primera vez que Brad le apoyó la cabeza sobre el regazo. Habían estado saliendo durante un mes y él se había quedado a pasar la noche. Había sido la primera vez que habían tenido relaciones sexuales. Cathy no había podido creer que le gustara, y había esperado que se marchara como un patán a la mañana siguiente, pero él no lo había hecho. Se había quedado a desayunar. Más tarde, habían ido a comer un almuerzo vegano en un festival de comida callejera. Luego habían ido a la playa, y él le había enseñado a surfear. Al acabar la lección, se habían recostado sobre la arena, y Brad le había apoyado la cabeza en el regazo, tal y como lo hacía ella con Andor en ese momento. Cathy le había acariciado el cabello ondulado y humedecido que parecía oro líquido contra su piel bronceada y le había acariciado el rostro con suavidad. Brad había cerrado los ojos y había soltado algunos gemidos sin dejar de sonreír.

«Creo que me estoy enamorando de ti, Cathy», le había dicho y se había quedado quieto mirándola con los ojos celestes llenos de fragilidad.

El pecho le había explotado de ternura, y unas lágrimas se le formaron en las comisuras de los ojos. Sus afirmaciones habían funcionado porque el hombre de sus sueños yacía sobre su regazo y la miraba con intensidad. Le decía palabras de amor.

«Yo también, Brad», había sido lo único que atinó a responderle.

Y ahora Brad se encontraba a muchos años de distancia. Y si no estaba conectado al soporte vital, se habría marchado. Marchado… ¿De verdad podría aceptar eso?

Una lágrima le rodó por la mejilla y cayó sobre los pantalones de Andor.

—¿Fue difícil cuando murió? —le preguntó.

Andor se tensó, y los músculos del muslo se le convirtieron en madera dura bajo la mejilla, al tiempo que el estómago parecía una piedra plana.

—¿Qué has dicho?

—Es que… Puede que tenga que aceptar la posibilidad de que Brad muera pronto. Y quiero saber cómo lidiar con eso. ¿Cómo lo has hecho tú?

No le respondió durante largos instantes y, cuando lo hizo, la voz le salió ronca y rota.

—Puede que no sea la persona indicada para responder. No creo que haya lidiado con eso.

—Oh.

Cathy clavó la mirada en las llamas completamente consciente de la tensión de Andor. Su dolor se palpaba a través de la piel dura.

—¿Y eso es lo que te acecha? ¿Tu esposa?

—No. —Se removió—. No me está acechando. Fue mi culpa. Yo la maté.

Cathy se incorporó con los ojos bien abiertos. La miró a los ojos con una mueca de tristeza, los ojos rojos y llenos de lágrimas y el rostro cenizo.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó.

—Nos habíamos casado hacía menos de un año y partí con las fuerzas vikingas para atacar Bretland. Le había prometido que regresaría antes del festival de la cosecha, pero Ubba me pidió que lo ayudara a atacar el monasterio Wilham para conseguir la biblia enjoyada. Ubba sabía que el rey sería generoso y pagaría por ella con tierras fértiles, y por eso atacamos. Ubba podría haber enviado a miles de hombres a la batalla para ganar esas tierras, pero se le ocurrió la mejor idea de superar en ingenio a los sajones. Se valió de la astucia y de la debilidad del enemigo para obtener lo que buscábamos sin perder ninguna vida, y eso es algo bueno. Es un acto inteligente. Podría haberle dicho que no, pero me prometió que me nombraría su segundo al mando. Por eso, seguí mi orgullo y mi anhelo de gloria y fama y quebré la promesa que le había hecho a Svana. Creí que se regocijaría con las riquezas que llevaría a casa y las tierras que conseguiría para nosotros. Pensé que me perdonaría la negligencia cuando la bañara en oro y plata. —Tragó con dificultad y apretó los dientes antes de continuar—. Pero ella jamás se enfadó conmigo. Estaba demasiado ocupada protegiendo a nuestra gente de los hombres del *jarl* Elgr que habían atacado en busca de mi tesoro. Regresé a la aldea mientras la atacaban y la incendiaban, y

nos estaban aguardando. Habían apuñalado a Svana… y murió en mis brazos.

A Cathy se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Si no hubiera actuado por ambición y hubiera regresado cuando prometí que lo haría… Ubba hubiera encontrado a otra persona que lo ayudara a invadir el monasterio, y ella seguiría viva. La maté. A ella y a toda la gente de mi aldea. Ahora hay vigas carbonizadas donde la gente había vivido durante muchas generaciones. Por más que sea un guerrero fuerte, no puedo proteger a las personas que amo.

Cathy sintió que se le ceñía el corazón. Se le acercó y le tomó la mano. La piel de Andor era áspera y callosa, y sus dedos, fríos, y se los frotó con las palmas.

—Mi prometido falleció… bueno, casi falleció, porque me protegió —le confesó—. Y preferiría que no lo hubiera hecho. Estoy segura de que ella sintió lo mismo.

Andor tomó una profunda bocanada de aire, y se le dilataron las fosas nasales, al tiempo que se le tensaban los músculos del mentón debajo de la barba.

—Si te amaba, Andor, no hay manera de que te eche la culpa por nada de lo que ocurrió. Y tú tampoco deberías culparte.

Andor alzó la mirada al cielo grisáceo por encima de las oscuras ramas de los árboles. Su rostro era una máscara severa. Un cuervo graznó en la distancia.

A Cathy le ardían los ojos de las lágrimas sin derramar. Se preguntó si la esposa de Andor se encontraría en algún sitio. O si Brad estaría cerca. Quizás los dos estaban presentes de alguna manera. A lo mejor eran como ángeles que los cuidaban.

Andor la volvió a mirar con los ojos llenos de dolor.

—Me gustaría creer eso, pero por más que sea cierto, jamás podré perdonarme. No cuando fue mi culpa ponerle la vida en peligro. Lo único que debía hacer era mantener mi promesa y regresar a casa cuando se lo dije.

Cathy le apretó la mano en la suya y le apoyó la cabeza sobre el hombro.

—Hasta ese monje débil, Aethelred, que no puede ni alzar una espada, tiene más fuerza que yo. Él me perdonó, pero no creo que deba ser perdonado, Cathy.

La sensación de impotencia le debilitó los hombros a Cathy. No podía lograr que se perdonara. Andor necesitaba encontrar el modo de perdonarse, y ella solo podía esperar que con el tiempo lo lograra. Lo único que podía hacer era ofrecerle su consuelo.

Y esperaba que a su debido tiempo se obrara un milagro para ella también. Uno que la llevara de regreso al futuro. Aunque,

curiosamente, el deseo de regresar a la vida que conocía iba disminuyendo con cada día que pasaba.

CAPÍTULO

QUINCE

—¿A ti te parece que está vacío? —preguntó Cathy señalando entre las dos colinas.

Cathy estaba sentada delante de él sobre el caballo. Con el exquisito trasero entre sus muslos, el viaje ese día había sido más placentero que cualquier cosa que recordara. Ahora que comenzaba a caer el atardecer, y el caballo empezaba a cansarse, tenían que abandonar el camino en busca de un sitio para pasar la noche.

Andor entrecerró los ojos y miró hacia donde señalaba. Divisó dos edificaciones de madera con techos de paja.

—Es difícil decirlo. —Detuvo el caballo—. Iré a investigar. Si hay alguien dentro, es mejor que no nos oigan acercarnos. Quédate aquí.

Se apeó de un salto y la ayudó a desmontar. Luego desenvainó la espada y avanzó hasta las casas. Era probable que hubieran atacado o abandonado la granja; si alguien viviera allí, de seguro, tendría un hogar y unas velas encendidos para resguardarse de la noche. La puerta de lo que parecía un establo estaba abierta y había heno desparramado por el suelo de tierra. La segunda edificación tenía una ventana que daba al sur con persianas de madera. La puerta se encontraba abierta. Andor se detuvo y aguzó el oído, pero lo único que oyó fue el distante ruido del agua que fluía de un arroyo o un río y el viento que mecía las hojas del bosque que se encontraba a unos pocos pasos. Detrás de la casa, había un huerto vacío.

Andor echó un vistazo al interior de la casa y permitió que los ojos se le ajustaran a la oscuridad. Había señales de batalla: jarras de arcilla rotas y utensilios de madera desparramados por el suelo de juncos. El olor a polvo y putrefacción permeaban el aire. En el medio de la casa, había un hogar con un caldero. A Andor le rugió el estómago al pensar en un estofado caliente para variar un poco la dieta de las liebres asadas.

Posó la mirada en la única cama que había en la casa y cerró los ojos un instante. Decidió que dormiría en el suelo porque no sería capaz de contenerse si dormía en la misma cama que Cathy. Ella estaba comprometida con otro hombre y estaba ansiosa de regresar a su lado. Andor debía tener cuidado a la hora de permitir que se le acercara al corazón.

Determinó que no era probable que los dueños regresaran. Y, a menos que otros viajeros decidieran pasar la noche allí, estarían a salvo y podrían disfrutar de un buen descanso por primera vez en mucho tiempo.

Andor regresó a buscar a Cathy, que le ofreció una intensa sonrisa al oír las noticias de que no pasarían la noche a la intemperie. A Andor se le contagió la alegría.

Una vez dentro, Cathy miró el hogar y el caldero con la misma esperanza que había hervido en el interior de Andor.

—¿Estás diciendo que quizás tengamos algo cálido para comer hoy? —le preguntó.

—Quizás sí. Ve a ver el huerto, quizás queden algunas verduras en la tierra. Iré a buscar leña y agua.

Le dio agua al caballo, cortó leña y regresó a la casa. Cathy estaba pelando unos nabos y tenía unas zanahorias al lado.

—Hay una alacena allí. —Señaló la pequeña puerta en el suelo en el extremo opuesto de la casa—. Haré una sopa o un estofado con lo que encuentre, y quizás sería bueno añadirle carne de conejo.

Andor dejó el agua en el suelo y llevó la leña que había cortado al hogar.

—Iré a buscar uno entonces.

Encendió el fuego y colocó el agua en el caldero para que se calentara. Mientras salía por la puerta en busca de un conejo, le echó un vistazo a la habitación, y la imagen hogareña hizo que le doliera el pecho. El calor del fuego que ardía en el hogar, su mujer preparando la cena, él yendo a cazar… Todo lo que se había prohibido tener… todo lo que temía tener. Y, sin embargo, en lo más profundo de su ser, lo deseaba más que el siguiente aliento.

Cathy alzó la mirada hacia él sorprendida de encontrarlo de pie en el umbral. Se miraron a los ojos durante un instante. Cathy era tan hermosa que se quedó sin aliento. Pronto, recordó que no era suya y que jamás lo sería, y, antes de que le pudiera preguntar nada, se dio media vuelta y se marchó.

En el bosque en penumbras, cazó dos conejos. Les quitó la piel y se los llevó a Cathy para que los añadiera al estofado. El aroma en la casa hizo que se le hiciera agua la boca. Observó cómo se le iluminaba el rostro a Cathy al arrojar unas hierbas en el caldero.

—Hasta encontré sal en la despensa —le dijo—. Sal cruda con algo de polvo, pero sal, al fin y al cabo. —Apoyó la mirada sobre los conejos—. ¡Oh! Has cazado dos. Añádelos, por favor.

Andor le hizo caso, y Cathy continuó:

—Muy bien, ahora solo queda esperar.

Andor miró alrededor.

—Por favor, dime que Thor nos ha dejado un barril de hidromiel en esa alacena.

—¿Hidromiel? ¿La cerveza de miel? Oh, claro, ustedes beben eso. No, lamentablemente no había nada de alcohol. No me molestaría beber algo. Pero estaba pensando que mientras aguardamos a que

se haga la comida, me puedes enseñar algunos movimientos de esgrima.

Andor se rio entre dientes. Era una buena manera de distraerse del espacio cálido y cerrado, la cama y ella.

—Trae la espada —le pidió y se alejó.

En el exterior, la noche ya había caído alrededor de ellos y estaba oscuro, lo que era bueno porque no era probable que los divisaran desde el camino.

Andor desenvainó la espada y se quedó de pie sosteniéndola con las dos manos a la altura de los hombros. Los recuerdos de Hvaldalen le invadieron la mente: las colinas verdes, las montañas enormes, los bosques oscuros y el espejo quieto del fiordo que se curvaba alrededor de ellos. Recordó cómo su padre, el *jarl* Thorn, le había enseñado a blandir la espada. Su hermano menor, Bari, que solo había tenido cinco años entonces, los había observado fascinado. Bari no había sido un niño saludable y había fallecido unos meses más tarde por una fiebre. El recuerdo le dejó una sensación hueca en el pecho: por el hermano al que jamás vio crecer y el hogar que se quemó por culpa de él y ahora se encontraba vacío, carbonizado y abandonado. ¿Qué le habría dicho su padre? Estaría avergonzado de que su hijo hubiera huido. Estaría avergonzado del hijo que había fracasado a la hora de proteger a su mujer y su gente.

No. Debía marcharse. Tenía que alejarse de esos fantasmas. Necesitaba perderse en la acción otra vez.

—Ponte de pie así —le instruyó a Cathy—. El pie izquierdo adelante y el derecho atrás. Las caderas derechas. Mírame. Lleva la espada hacia el hombro derecho y sostenla derecha de este modo. Este es un movimiento básico, un simple ataque desde lo alto. Mueve la espada hacia adelante para protegerte de un contraataque.

Le mostró los movimientos y observó cómo Cathy los repetía. Acto seguido, asintió en señal de aprobación.

—Da un paso a la derecha para estar fuera de la línea de ataque del enemigo. Ahora, baja la espada en una línea derecha y golpea al oponente.

Andor bajó la espada y le dio un golpe suave en el hombro. Cathy realizó el ataque.

—Muy bien. Tienes brazos fuertes y un gran alcance. Eso es una ventaja contra todas las personas que son más bajas de estatura. Ahora repite el movimiento.

Cathy dio un paso a la derecha y blandió la espada sin llevar los brazos hacia adelante, y Andor se lo señaló. Le hizo repetir el movimiento varias veces sin dejar de disfrutar de la gracia de su cuerpo, que era hermoso de ver, pero que no le haría ningún favor en una batalla.

—Eres demasiado suave —le dijo—. Esto no es yoga.

—Bueno…

—No. No debes tener miedo de lastimar al enemigo. Esto se trata de la diferencia entre vivir y morir.

De pensar en alguien más fuerte y más habilidoso que ella atacándola, se le congeló la piel.

—Hazlo de nuevo con más fuerza y más ira.

Cathy lo hizo una y otra vez mientras Andor la observaba y la corregía. Sin embargo, seguía cometiendo el mismo error.

Andor se movió para pararse detrás de ella, le colocó las manos en las caderas y casi las aparta al sentir el estremecimiento que lo embargó como una ola de calor. Tenía las caderas firmes, suaves y redondeadas. Se tensó bajo sus palmas y dejó de respirar. Se relamió los labios que se le habían secado de repente y le apretó las caderas con suavidad para guiarlas a una posición derecha.

—Así —le dijo. Tomó consciencia de que debía apartar las manos—. Ahora mueve la espada hacia adelante.

Cathy lo hizo. Debería pedirle que le quitara las manos de encima.

—Da un paso adelante con la pierna derecha.

Los músculos se le movieron bajo las palmas cuando movió el peso de las piernas, y Andor quiso trazar la forma de su cuerpo. No. «Quítale las manos, tonto».

Se movió con ella.

—Baja la espada.

Cathy la bajó, la dejó caer sobre el césped y se giró para mirarlo al rostro. Andor divisó un destello de cabello dorado y le vio los ojos grises antes de sentir los labios de ella sobre los suyos.

Cathy lo besó con suavidad y calor y le despertó un remolino de fuego en el interior. Andor no tuvo la fuerza para detenerse. La recogió, se la arrojó por encima del hombro como si fuera un botín y disfrutó sentir su precioso trasero bajo la palma de la mano mientras la llevaba hasta la casa.

Quizás no estaba destinado a compartir una eternidad con ella, pero en ese momento lo deseaba. Y, por un momento, por esa noche, se podía imaginar que era suya y él de ella, y que ese era su hogar.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Andor arrojó a Cathy sobre la cama y le hizo sentir el duro colchón de paja sobre la espalda, pero no le importó. De hecho, la excitó aún más. Se lanzó sobre ella como si no tuviera otra opción, como si lo atrajera con una fuerza imparable. Se miraron a los ojos y conectaron en un espacio cerrado donde no había nadie ni nada, excepto ellos dos.

Andor se paró en el borde de la cama con los hombros anchos y las caderas angostas. Era un guerrero barbudo con un rostro familiar y un alma desconocida. El aroma a leña y estofado se mezcló con la fragancia a cuero, hierro y hombre de Andor, y Cathy se disolvió en la esencia, la inhaló toda y el cuerpo se le expandió más allá de sus fronteras.

Cathy estiró los brazos a ambos lados y permitió que los dedos recorrieran la superficie áspera y espinosa del colchón, al tiempo que el cuerpo se le derretía bajo la mirada ardiente de Andor que seguía cada uno de sus movimientos.

—Quítate las prendas —le dijo.

Sonaba tan mandón y posesivo que le desencadenó una explosión de dicha en el interior. Con las manos temblorosas, se abrió el cinturón que le rodeaba la túnica y sintió la piel sensible contra el lino. Tenía que liberarse de todo; necesitaba las manos de Andor sobre el cuerpo. Luego tomó los bordes de la túnica y se la subió por la cabeza y solo le quedó puesta la camiseta de licra.

—Esa es una prenda hermosa, pero no tanto como tú. Quítatela.

Cathy se mordió el labio. El momento en que Andor la había visto en el arroyo no podía ni compararse con ese. Si entonces había creído que la había deseado, ahora sus ojos la consumían. Se aferró a los bordes de la camiseta y se la quitó por la cabeza. El aire cálido le produjo un cosquilleo en los senos, y los pezones se le endurecieron bajo la mirada de Andor. Cathy se puso tensa. Ahora la había visto casi desnuda. Y no desde la distancia, como la vez anterior, sino de cerca. Podía ver cada marca, cada rollo de grasa y cada arruga. Cathy cerró los ojos avergonzada, pero excitada.

—Abre los ojos —le ordenó—. Mírame.

Cathy tragó con dificultad, se armó de valor y abrió los ojos.

—Muy bien —aprobó Andor y se abrió el cinturón despacio. A continuación, se quitó la túnica y un exquisito festín de hombre apareció ante ella.

A Cathy se le secó la boca al verlo. Tenía los hombros anchos, con los músculos tensos, y unos pectorales grandes y poderosos como colinas planas. Tenía una cadera angosta con un estómago musculoso que formaba una *v* de músculos por encima de los

pantalones bajos. Tenía los brazos como troncos y la piel cubierta de cicatrices: algunas de color plateado, algunas rosadas y algunas más recientes de color rojo. Un tatuaje de un dragón que escupía fuego trazado con ornamentados patrones vikingos le cubría el lateral derecho. Cathy quiso que ese glorioso cuerpo la cubriera, se deslizara contra ella y la envolviera.

¿Cómo podía ser tan perfecto cuando ella era una colección de contradicciones desafortunadas?

Cuando Andor bajó hasta la cama y se estiró al lado de ella, su aroma masculino hizo que se le hiciera agua la boca. Mientras los ojos le bajaron por el cuerpo, la piel le ardió en todos los sitios que le tocaba la mirada. Instintivamente, Cathy arqueó la espalda para sacar pecho y hacer que la cintura se viera más delgada, como hacía siempre que se encontraba desnuda delante de un hombre. Pero él le dijo:

—Eres muy delgada. Pero no importa, eres hermosa en cualquier forma y tamaño.

El mundo se le dio vuelta, y la cabeza le giró.

—Estas curvas… —murmuró recorriéndole los senos con el dedo y bajando hasta el estómago. Cathy inhaló profundo, no porque quisiera parecer más pequeña, pero porque su roce le hacía sentir olas de placer por todo el cuerpo. Andor le llevó las manos al borde de los pantalones.

—Quítatelos —le pidió con la voz profunda y ronca.

Cathy lo miró fijo. ¿Era lo suficientemente audaz como para quitarse el resto de las prendas delante de él? Respiró entre jadeos.

—Quiero que te los quites —le repitió.

Cathy se lamió los labios cálidos e hinchados y obedeció. De repente, solo se quedó con los pantalones cortos para nadar. Andor los observó con una sonrisa, luego clavó el dedo índice en el borde.

—Me estaba preguntando qué era esto, pero no importa. No pertenecen aquí. Permíteme ayudarte.

Se ciñó sobre ella que todavía seguía recostada en la cama y le pareció una montaña que cubría el fuego a sus espaldas. Le tomó los bordes de los pantalones y se los bajó. La licra se deslizó con facilidad. Oh, cielos, ni siquiera se había depilado. El calor le subió por las mejillas y se le esparció por el pecho con cada nuevo centímetro de piel que quedaba expuesto a ese hombre que la dejaba sin aliento, con o sin prendas.

—Me haces agua la boca sin importar lo que lleves o no puesto —le murmuró Andor contra el tobillo y le empezó a depositar besos por la pierna a medida que iba subiendo y le hacía sentir pequeñas explosiones de agonía en la piel donde la besaba. O quizás había sido el efecto de sus palabras. Llegó a la cadera y siguió la curva con los labios mientras continuaba subiendo por la piel sensible del

estómago. Cathy arqueó el cuerpo contra su boca y se aferró a la almohada de paja detrás de la cabeza.

—No puedo creer que estés diciendo eso —le susurró.

Se movió a los senos y le tomó uno entre las manos para llevárselo a la boca y comenzar a succionarlo y lamerlo al mismo tiempo. Un remolino de chispas la recorrió entera.

—¿Qué? —le preguntó.

—Yo… Oh… no puedo creer que te parezca atractiva.

Se quedó quieto, luego enderezó los brazos y se ciñó sobre ella. Tenía el rostro oscuro; el hogar a sus espaldas le proyectaba sombras.

—¿Qué has dicho?

Cathy no podía cerrar la boca. Lo intentó físicamente, pero no pudo. ¿De verdad acababa de decir eso en voz alta? Apenas podía admitirse a sí misma que creía eso…

—Nada.

—¿No crees que me pareces atractiva? —rugió con una voz baja y amenazante.

Cathy tragó con dificultad. «¡Tonta! No se le dicen esas cosas a un hombre. Jamás se le revelan las inseguridades del cuerpo».

—Yo…

Se incorporó e intentó cubrirse, pero Andor la sostuvo en sus brazos. Cathy no podía creer que había iniciado esa conversación en el medio de la experiencia más sensual y excitante de toda su vida.

—Soy gorda, está bien. Me temo que no me encuentres atractiva. Tú eres un hombre hermoso, lleno de confianza y gloria. —Exhaló profundo para liberarse del nudo que se le formó en el estómago—. Allí está la puerta. Puedes dejar un hueco con tu forma en ella.

—¿Gorda? —repitió negando con la cabeza—. Eres la mujer más hermosa que he conocido. Eres femenina y fuerte. Estás llena de curvas y músculos. Eres una mujer y una guerrera. Una valquiria. No eres un ratoncito al que pueda aplastar con mi peso. Tienes el cuerpo más delicioso que he visto en la vida. He tenido sueños en los que me montas. No creo que jamás haya habido una mujer más perfecta en todo Midgard.

Los ojos le escocieron, y una lágrima le rodó por la mejilla.

—En mi lugar de origen te aseguro que las cosas son distintas —le dijo.

Andor la tomó en sus brazos y se la sentó sobre el regazo. Luego le besó la lágrima.

—No conozco el mundo de Los Ángeles, pero déjame mostrarte lo perfecta que eres en mi mundo.

La besó y esparció la humedad salada entre los labios de ambos. El beso fue posesivo y dulce. Fue profundo y suave, y pronto acabó derritiéndose en sus brazos. Quería creerle. Las caricias de las

palmas callosas y de la lengua contra la suya le hicieron sentir dicha en cada célula del cuerpo.

Lo deseaba, quería aprender todo acerca de su cuerpo y darle placer. Andor le movió la boca a la mejilla y comenzó a besarle el mentón, luego le mordisqueó el cuello y le desató una ola de deseo. Cuando llegó a los senos, se llevó uno a la boca, lo lamió, lo acarició y lo succionó hasta que todos los pensamientos se le evaporaron de la cabeza. Lo único que logró oír fueron sus gemidos y gruñidos mientras se le expandía una miel cálida por las venas allí donde la tocaba.

Sin dejar de darle placer a los senos con la boca, Andor le deslizó una mano por el estómago y se fue acercando a la entrepierna. Cathy se puso algo tensa, y la voz negativa en la cabeza comenzó a balbucearle. Andor se detuvo durante un momento.

—No —le aseguró—. Te estás poniendo tensa. Pase lo que pase en tu cabeza, detenlo. Quédate conmigo. Saborea este momento.

Cathy soltó el aliento para liberarse de la tensión mientras él continuaba moviendo la mano hasta el punto donde se encontraban sus muslos. Una tensión diferente y dulce comenzó a arderle allí. Andor deslizó un dedo entre los pliegues y comenzó a explorarla con dulzura y suavidad.

—Aaahhh —gimió Cathy hundiéndose en las olas de rayos solares líquidos.

Se arqueó contra su boca, dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. El dedo de Andor encontró el punto más dulce de su cuerpo y la hizo estremecer, tensar y arquearse aún más. Andor soltó un gruñido de aprobación y le dibujó círculos en el clítoris y le desencadenó un remolino de agonía exquisita más y más rápido. La piel de Cathy se cubrió con una capa de sudor, y la excitación le empapó el sexo y la hizo mover las caderas al ritmo seductor de sus caricias. Le pasó las palmas por el cuerpo, le recorrió la piel suave y las colinas de músculos, así como también la mata de vello que le cubría el pecho. Andor comenzó a gemir, y sus movimientos se tornaron más rápidos y urgentes.

Las sensaciones calientes iban aumentando tanto que pronto Cathy llegó a la cumbre y gruñó.

—Andor, si no te detienes…

—Hazlo, tesoro. Quiero que acabes.

Oh, por todos los cielos… Se le tensó todo el cuerpo y fue experimentando más y más placer hasta que no pudo contenerse por más que lo intentara y explotó en olas de exquisito fuego que la hicieron disolver y evaporarse. Durante una bocanada de aire, dejó de existir.

Al cabo de un instante, cuando recobró el sentido estremeciéndose con las réplicas del orgasmo, se encontró en los

brazos de Andor, quien sonreía con satisfacción. Pero Cathy quería más. Lo quería a él. Lo necesitaba.

Algo había cambiado ese día: en ella, en él y en el mundo. Lo empujó hasta que cayó de espaldas sobre el colchón y soltó una carcajada de sorpresa.

—Querías que te montara —le dijo y observó cómo fruncía el ceño—. Tus sueños se harán realidad.

No tenía ni idea de dónde provenía esa confianza, esa audacia en el cuerpo y el alma que solo tenía para él. Pero la aceptó.

A Andor se le desvaneció la sonrisa del rostro, y los ojos se le oscurecieron y llenaron de deseo. A Cathy se le hinchó el centro del ser, que seguía sensible, y se tensó de la deliciosa anticipación. Le abrió los pantalones y se los bajó por la cadera. La erección gruesa y dura la hizo estremecer aún más.

—¡Oh! —exclamó y tragó con dificultad—. Vaya.

Cuando quedó desnudo delante de ella, puro músculo y fuerza, Andor se llevó un brazo detrás de la cabeza. La erección le palpitó, y a Cathy se le tensaron los músculos internos. Quería sentirlo en su interior estirándola, llenándola y haciéndola suya. Quería hacerlo suyo. Todo suyo.

Despacio, le pasó las palmas por las piernas largas y musculosas, y a Andor se le infló y desinfló el pecho más lento y despacio.

—Tú tampoco estás nada mal —señaló, y la voz le salió baja y ronca.

Andor apretó los labios bajo la barba al tiempo que se le oscurecían los ojos aún más.

—Y ¿qué harás para demostrármelo?

Cathy estaba delante de la erección y se humedeció los labios. La tomó con las dos manos y la sintió estremecerse. Era tan larga, gruesa y dura que se humedeció aún más. La acarició hacia arriba y abajo varias veces, luego se inclinó hacia abajo y le lamió la piel aterciopelada varias veces. Andor cerró los ojos, y los músculos del cuello se le inflaron, al tiempo que los del mentón se le tensaban.

Cathy le pasó una pierna por delante, lo acomodó contra su entrada y se sentó sobre él. Estaba hinchada y tensa y soltó un jadeo al sentir la carne sensible llenarse de un placer abrumador. La embistió tan profundo que le dolió un poco y la estiró tanto que la hizo tensarse alrededor de él. Andor soltó un gemido, y Cathy lo sintió retorcerse en su interior.

Cathy comenzó a moverse y saboreó el universo de sensaciones que le generó. Lo cabalgó despacio, hacia arriba y abajo, y lo sintió deslizarse en su interior, dándole placer y consumiéndola. Al principio la observó con los párpados entrecerrados, y luego comenzó a embestirla al ritmo de sus movimientos. Estiró las manos para masajearle los pechos y jugar con los pezones. Le recorrió la

curva de la cintura y se sujetó a sus caderas. Soltó un gruñido y comenzó a embestirla a un ritmo salvaje.

Con eso, se deshicieron los últimos pensamientos negativos, las últimas sombras de duda y restricciones, y Cathy se dejó llevar por completo. Fue escalando a la cima de un placer que jamás había experimentado en su interior. Se había convertido en un solo ser con él, en ese baile sacro que permitía que todas las sensaciones fluyeran en su interior.

Una sensación tras otra la fue bombardeando y la tensión se tornó casi insoportable. Luego explotó y se abrió a un mundo de sol, calor y éxtasis. Era un sitio en el que no estaba sola. Cuando su cuerpo tomó el control, el de Andor hizo lo mismo y se mecieron juntos en el oleaje de una tormenta dulce por lo que le pareció una eternidad.

Cathy se desplomó sobre Andor empapada y respirando con él. Una lágrima le rodó por la mejilla y aterrizó como una gota diminuta sobre el pecho de él. Al verla, Cathy supo que Andor sería parte de ella por lo que le quedara de vida.

Y de pronto recordó a otro hombre que sería parte de ella para siempre, un hombre que yacía en la cama de un hospital y cuya vida dependía de ella.

Un hombre al que, al parecer, estaba olvidando.

CAPÍTULO

DIECISIETE

20 de enero de 878 d. C.

—¿Cómo haces para tocarte los dedos de esa manera? —Andor se agachó hacia los pies y quedó doblado en dos. Sin importar lo mucho que sudara o lo profundo que respirara a través del dolor, no lograba estirar las piernas y llegar a tocarse los dedos de los pies.

Mientras atravesaba el Helheim, Ragnarok y lo que se sentía como el aliento de fuego del dragón Fafnir, Cathy se deslizaba en el aire con flexibilidad y gracia. Tenía el torso apretado contra las piernas estiradas, se abrazaba las rodillas y había enterrado el rostro entre ellas. La pose le brindaba una vista hermosa de su trasero, que sobresalía en el aire, y de sus piernas. Una pequeña bendición.

Ya echaba de menos ese trasero, a pesar de que había pasado la noche anterior disfrutando de su compañía. Le había encantado sentirle la piel aterciopelada contra la suya, así como también oír sus gemidos mientras la llevaba a nuevas cimas de placer. Habían comido el estofado sentados en la cama y desnudos, sin dejar de intercambiar sonrisas juguetonas hasta que Andor se quedó dormido sosteniéndola en sus brazos antes del amanecer. En su cabeza, reinaba la paz, los fantasmas guardaron silencio, y se sintió feliz por primera vez desde la muerte de Svana.

Estaba listo para pasar más noches como esa. Para vivir una vida entera de ese modo. El pensamiento lo hizo estremecer. No debía sentirse de ese modo hacia Cathy. Ni hacia nadie.

Debía de estar observándola fijo, porque Cathy asomó el rostro por entre las piernas y exclamó indignada:

—Andor, retoma la pose de *padahastasana*. ¡Y respira!

Andor soltó un gruñido y se miró los dedos de los pies.

—Debes dar un gran paso con el pie izquierdo. —Cathy hizo el movimiento, y Andor la imitó—. Flexiona la rodilla derecha y forma un ángulo pronunciado. Estira la pierna izquierda hacia atrás. Inclínate hacia atrás como si toda la pierna izquierda fuera una línea recta. ¿Sientes la tensión? Qué bien. Estira los brazos como si quisieras tocar el cielo. Arquea la columna vertebral y ladea la cabeza hacia atrás sin dejar de mirar hacia adelante. Esa es la postura ecuestre, ¿ves? Ahora respira por el tercer ojo como te enseñé.

Andor siguió las instrucciones, y esa postura le resultó mucho más agradable que la anterior. La postura ecuestre requería fuerza en ambas piernas y elasticidad. El muslo aún le dolía, pero se alegraba de hacer eso y no estar acostado como un tronco inútil.

Estirar era lo que más le costaba. Realizar las posturas cuando necesitaba darse equilibrio con la fuerza le parecía fácil porque estaba acostumbrado a remar durante muchas horas, y eso requería mucha fuerza y resistencia. Pero estirarse con los músculos tensos le daba vida a partes del cuerpo que no sabía que existían.

Sin embargo, lo que más le gustaba de todo era que la magia del yoga que antes le había parecido un fluir continuo, una historia única, se separaba en diferentes posturas y era como construir una pared de escudos de tres filas. Y también estaba el tercer ojo. Durante la larga cabalgata del día anterior, Cathy había comenzado a explicárselo. Al parecer, se encontraba situado justo en el espacio entre las cejas. Cathy le había pedido que intentara respirar a través de él, y Andor se imaginó un ojo grande entre las dos cejas mirando un punto en la distancia. Pero la imagen no le brindó paz. Además, ¿cómo era posible respirar a través de un ojo?

—Es inútil —acabó diciendo—. Me siento como un tonto.

—No te des por vencido. Es probable que no funcione de inmediato. Lo verás cuando hagamos los ejercicios —le aseguró.

Y ese día, en ese mismo instante, algo había pasado en su interior. Una vez más, se imaginó que tenía un tercer ojo, pero ya no se trataba de un globo ocular. Era como un punto donde se concentraba la energía solar. Mientras respiraba, una nueva fortaleza le inundó el cuerpo. Pudo estirarse más, pudo inclinarse más abajo y respirar con más facilidad.

Pero no se trataba únicamente de fuerza física. De algún modo, la paz que había sentido al ver a Cathy hacer yoga por primera vez lo tocó y se quedó con él. Y en esa paz, no había pasado, ni futuro, ni culpa. Solo existía el momento presente, y pudo ver un vistazo de la vida que podía ser suya si se perdonaba. Pero no podía perdonarse.

Con un estremecimiento, abrió los ojos. La culpa lo embargó. Había jurado que jamás traicionaría el recuerdo de Svana. ¿Y qué estaba haciendo? ¿No la estaba traicionando al permitirse sentir una felicidad que no se merecía?

Andor deshizo la postura y se puso de pie con las fosas nasales dilatadas. Practicar yoga era una mala idea. El yoga no lo distraía de los fantasmas, sino que lo obligaba a enfrentarlos. Y no podía hacerlo.

El aroma a humo húmedo, la imagen de Svana muriendo en sus brazos entre los esqueletos carbonizados de los hogares de su gente y las últimas palabras que le susurró con la voz débil: «Quería ser una buena esposa para ti…». Lo único que podía hacer era huir de eso.

—Ahora pon las palmas sobre el suelo a ambos lados de los pies —le instruyó Cathy sin percatarse de que Andor se había detenido a

sus espaldas.

Le pasó por delante y se dirigió a la casa.

—Deberíamos irnos —anunció sin detenerse.

—¡Aguarda, no hemos terminado! ¡Andor!

—Yo he terminado. Ha sido un error. Basta de yoga. Busca tus cosas. Cuando nos detengamos a comer, duplicaremos tu entrenamiento. No tengo ninguna intención de salvarte el pellejo la próxima vez que alguien decida atacarnos.

No miró hacia atrás, pero supo que, si lo hacía, vería que la había lastimado. Y, a pesar de que lo hacía sentir peor, necesitaba recordar que debía mantener la distancia. La cercanía que sentía con ella y las cosas que le había contado en confianza no eran más que una ilusión. Como un festín en el que se bebía mucho hidromiel, se olvidaba de todo y tenía que sufrir las consecuencias al día siguiente.

Ahora había llegado el día siguiente. Y Andor estaba sobrio.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

25 de enero de 878 d. C.

—Derecha. Izquierda. Agáchate. Derecha. Izquierda —gritaba Andor antes de blandir la espada contra la de Cathy.

El césped sobre el que entrenaban estaba congelado, pero se iba descongelando a medida que le llegaban los rayos del sol de la mañana. El sonido metálico de las armas interrumpía la paz del arroyo que fluía a sus espaldas.

Ese había sido su ritual matutino durante los últimos cinco días que habían pasado en el camino. Antes de continuar el viaje, Andor la entrenaba hasta que creía que los músculos de Cathy habían aprendido los nuevos movimientos. Cuando se detenían a comer y a dejar que el caballo descansara, reanudaban el entrenamiento.

Antes de luchar con las espadas, la observaba hacer su rutina de yoga y deseaba poder unirse a ella. Pero siempre acababa alejándose porque de solo mirarla sentía una paz y una conexión consigo mismo que lo hacía enfrentarse a los fantasmas que tanto anhelaba evitar.

En ese momento, no podía alejarse ni tampoco podía dejar de hacerle el amor todas las noches. Como dormían afuera y era pleno invierno, tenían que entrar en calor, y el mejor modo de hacerlo era acostarse juntos. Andor estaba feliz de hacerlo, por más que al día siguiente se prometiera que no lo volvería a hacer. Se estaba adentrando en territorio peligroso y se estaba preocupando demasiado por ella. Si algo llegara a ocurrir y no lograra salvarla, no podría vivir consigo mismo.

Pero a su cuerpo no le importaba. En cuanto sentía su hermoso trasero apretado contra él, en cuanto inhalaba el aroma de su cabello, su cuerpo reaccionaba, y la necesidad de estar con ella, de sumergirse en su interior, era más fuerte que los gritos de su alma. Siempre cedía. Cada noche, la tomaba, y ella se entregaba a él. Y ahora…

Quizás los golpes sonaban demasiado fuerte. Quizás cuando la atacaba estaba siendo demasiado duro. Pero ella podía estar a la altura. Tenía brazos poderosos y había aprendido los movimientos rápido. Quizás era porque estaba acostumbrada a ejercitar a diario, pero Andor estaba sorprendido de descubrir que esa mujer era toda una guerrera o una valquiria.

—¡Ay! —gritó cuando la punta de la espada le perforó el hombro.

Andor apretó la mandíbula y resistió el impulso de ayudarla. Si fuera una guerrera de su banda o cualquier otra persona, se habría

reído con ella. Pero ahora se detestaba por haberle causado el más mínimo dolor. Tenía que contener esos sentimientos.

—Es normal que haya heridas durante un entrenamiento —le dijo.

Cathy se masajeó el hombro.

—Aun así, apenas logré desviar el ataque.

Andor se giró y clavó la mirada en el camino que yacía a unos metros de distancia.

—Querías entrenar. Esto es un entrenamiento. Hemos tenido suerte durante los últimos días, pero la suerte podría acabarse en la siguiente curva del camino. Y no estamos ni remotamente cerca de Jorvik.

Cathy se cruzó de brazos.

—Bueno, ¿al menos crees que he progresado algo? Jamás has dicho si te parece que lo estoy haciendo bien, o me regañas o guardas silencio.

Andor le miró los ojos grandes y hermosos llenos de esperanza y vio una sombra de dolor en ellos. Era muy buena, pero decírselo empeoraría las cosas entre ellos. Si quería mantener la distancia, debía guardar silencio.

—Los enemigos serán los jueces de eso, no yo. —Cambió el peso de la pierna sin saber a dónde los llevaría esa conversación—. Reanudemos el viaje. Es suficiente por hoy.

—Aguarda. Has estado muy distante este tiempo… desde esa noche. Creí… que había algo entre nosotros, pero ¿es solo sexo? No puedo evitar la respuesta de mi cuerpo, pero siento que estoy traicionando a Brad. Cada vez que dormimos juntos, me siento avergonzada. En especial cuando te comportas tan frío al finalizar.

Eso era exactamente lo que intentaba evitar. «Huye».

—No, Cathy, no hablaré de esto.

—¿Por qué?

Se volvió y caminó hacia el campamento que habían improvisado.

—Porque requeriría hablar del tema.

Comenzó a ensillar el caballo y oyó que se acercaba a sus espaldas.

—Pero yo quiero hablar del tema. Si te sientes culpable como yo…

Andor se volvió hacia ella con el corazón latiéndole desbocado en el pecho.

—He dicho que no.

—Pero no dejamos de tener sexo y luego te comportas de este modo. Y quiero saber por qué. ¿He hecho algo?

—Si me haces una pregunta más, te puedes olvidar del entrenamiento.

Cathy apretó los labios y alzó el mentón. Detestaba verla de ese modo: confundida, enfadada y con los hombros tensos en lugar de sostener la cabeza en alto. Y él era el motivo de ese dolor. Pero no tenía alternativa. Jamás debería haber comenzado nada con ella, pero por Freyja y Frigg, había sido imposible contenerse. Cathy le había dado la alegría y el consuelo que su alma anhelaba. Y una vez que la probó, quiso más. Y no se lo merecía.

Recogieron sus pertenencias y, cuando el caballo estuvo ensillado, se montaron. Cathy montó detrás de él, lo abrazó y le apretó el cuerpo cálido contra el suyo.

Hacía un día soleado y frío, y mientras pasaban por el bosque y las colinas, Andor sintió la tensión de Cathy a sus espaldas. El silencio entre ellos fue más pesado que nunca antes. Cuando se detuvieron a descansar luego del mediodía, pudo haber cortado la tensión con un hacha. Era evidente que Cathy tenía muchas cosas por decir, que estaba echando humo y mantenía la ira detrás de los labios sellados.

Comieron en silencio, y Andor observó cómo se frotaba las palmas delante del fuego. Deseó poder cubrírselas y calentárselas con el aliento.

—Entrenemos un rato, así podemos seguir viaje. —Se puso de pie y recogió la espada.

Cathy también se incorporó y adoptó la posición que le había enseñado.

—Hagamos un trato.

—¿Un trato?

—Sí, estoy cansada de que guardes silencio y huyas. Sé que te sientes culpable. Yo también. Siento como si estuviera desilusionando a Brad. Y creo que sientes algo similar, pero te niegas a enfrentar esos sentimientos.

Apretó la espada aún más. Las palabras hicieron eco contra la puerta que mantenía a raya a los fantasmas, que comenzaron a arañarla para liberarse.

—¿Cuál es el trato?

—Lucharás contra mí. No te contendrás. Si ganas, continuaremos como tú quieres: puedes huir como un cobarde. Pero si gano, si logro arañarte un brazo o desarmarte, nos sentaremos a hablar. Y no te callarás nada.

—¿Entiendes lo que acabas de hacer?

—Creo que te he desafiado.

La furia lo llenó por dentro con algo similar al rugido del fuego.

—Acabas de llamarme cobarde.

Cathy enderezó los hombros y alzó el mentón.

—Y me mantengo firme. Puede que seas el hombre más fuerte a nivel físico que haya conocido, pero por dentro te niegas a

enfrentarte a lo que sea que te acecha. Anda, Andor. Me encantaría darte una paliza que te haga hablar.

«¡Huye!».

No podía hacerle daño a una mujer. Por supuesto que no, menos a la mujer que… ¿A la mujer que qué? ¿La que había jurado proteger? No. ¿La que no podía protegerse? Probablemente no. ¿A la mujer por la que se sentía responsable? La boca se le tensó. Eso era.

Apretó los puños. La honestidad siempre acarreaba un precio. No debería sentirse responsable. Había sido claro con ella desde el principio. Pero entonces, ¿por qué sentía todo lo que se había prohibido sentir?

Qué tonto. Y ella… que buscaba la verdad, buscaba su alma y le encendía el deseo. Debía detenerla. Jamás ganaría el trato.

—De acuerdo —repuso Andor—. No te atrevas a manipularme de ese modo. Prepárate. Protégete.

Se lanzó contra ella, que se apresuró a bloquearlo. La atacó una y otra vez, su espada chocó contra la de ella, que lo desvío en cada oportunidad con una fuerza sorprendente, varios estrépitos metálicos los rodeaban con cada golpe. Luego lo atacó y lo hizo tambalearse hacia atrás. Lo podría haber desarmado si no hubiera sostenido la espada con suficiente fuerza.

—¡Aaahhh! —gritó mientras se lanzó contra él con toda la fuerza que tenía, el rostro distorsionado por la furia de la batalla. Era una valquiria y podría acabar con él. Los fantasmas comenzaron a golpear la puerta y a gritar.

«Si hubieras mantenido tu promesa, estaríamos vivos. Podrías tener un hijo a esta altura. Podrías sostener a tu esposa en tus brazos. Tu padre jamás hubiera permitido que pasara esto. Siempre ponía a su gente por delante de su egoísmo. No. ¡Silencio!».

Andor no podía permitirle ganar. Si hablaba con ella, los fantasmas saldrían a la luz. Sintió el aullido del temor, la culpa y la vergüenza que vino a protegerlo, a acecharlo y a sofocarlo. Soltó un rugido y atacó desde un lateral.

Cuando su hoja encontró la resistencia de su carne, se detuvo y la retiró de inmediato. No estaba luchando contra un enemigo. Estaba luchando contra la mujer que… amaba.

Cathy soltó un grito y se cayó de rodillas. Andor arrojó la espada a un lado y se apresuró a su lado. Se debatió contra sus brazos para ver qué le había hecho.

—¡Aléjate! —le gritó—. Quítame las manos de encima.

Andor se arrodilló a su lado y observó con impotencia cómo se quitaba el abrigo y se subía la túnica para mirarse un lateral. Tenía un corte superficial en la parte baja de la cintura. Era una herida limpia y nada profunda.

—No necesita ser suturada —señaló Andor ignorando el cosquilleo en las manos por la necesidad de vendarla. La herida estaba sangrando, pero no representaba una amenaza para su vida… a menos que se le pudriera. Aun así, sintió una culpa que le desgarró el pecho—. Al menos, déjame vendarla.

—No, aléjate de mí —le dijo furiosa—. «Al menos, déjame vendarla» —se burló.

Se bajó la túnica y se cerró el cinturón.

—Felicitaciones. —Se puso de pie y tomo la espada—. Has ganado. Regocíjate de ser un patán cobarde que huye de la vida que podría haber tenido. Guardaremos silencio hasta que lleguemos a York y luego iremos por caminos separados. No debería haberme involucrado contigo. No puedo creer que traicioné a Brad contigo. Que me olvidé de él por ti mientras yace en una cama de hospital a punto de despertarse en cualquier momento. Se merece algo mucho mejor que esto. Iré a limpiarme la herida. No te atrevas a seguirme.

Tras decir eso, tomó la cofia que se le había caído durante la pelea y caminó hacia el bosque. Andor la observó marcharse. ¿Debería ir tras ella? ¿Hablar de eso? No. Acababa de silenciar a los fantasmas. Ni ellos soportaban ver que la lastimara de ese modo.

Se le congelaron los pies en el suelo, y el latido del corazón le tamborileó en los oídos. Y, por primera vez en su vida, Andor se sintió como un cobarde.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

El sol se estaba poniendo cuando Cathy emprendió el regreso al campamento.

Como no soportaba encontrarse cerca de Andor, tuvo que tomarse un buen tiempo para calmarse. Se había limpiado la herida con el agua congelada del arroyo, había hecho yoga y meditado a pesar del dolor en el lateral. Andor la había lastimado. Si la hubiera cortado más profundo, se hubiera encontrado en serios problemas. Había pensado que se limitarían a entrenar, no que intentarían matarse.

¿Por qué había hecho eso? ¿Quería demostrar algo? ¿Que ella no le importaba un pepino y que hasta podía hacerle daño?

Era una tonta. No conocía a nadie más tonto que ella. Lo único que quería era un buen revolcón. Quizás era cierto que la creía hermosa; quizás le gustaban las chicas altas y con una estructura ósea grande. Fuera cual fuera el motivo, era evidente que no sentía nada por ella. Que no sentía lo mismo que ella. Pero… ¿cómo se sentía ella? Confundida. Traicionada. Culpable… Enamorada.

Qué tonta. Se estaba enamorando de ese sujeto. Le había demostrado un dejo de conexión emocional, y se había entregado por completo. Era típico. Y en lo único que debería estar pensando sería en regresar a su época para salvarle la vida a Brad.

Brad. Hermoso, inteligente y amable. ¿Qué haría sin él? Sin él, no le quedaría nadie que la aceptara como era. Ni siquiera su familia que sin dudas la amaba, pero eran los primeros a la hora de juzgarla.

«¿Estás segura de que quieres comer eso?», le preguntaba su madre si la veía con una galleta vegana en la mano. «¿Has comido carne?», le preguntaría su hermana si se enteraba de que había comido liebre asada y probablemente publicaría una historia en Instagram para que su millón de seguidores lo viera y la juzgara. «Cariño, usa la membresía de mi gimnasio. Es evidente que el yoga no alcanza», le sugería siempre su padre.

Hasta podía ver cómo sus propios estudiantes, que amaban sus clases, se preguntaban cómo era posible que una instructora de yoga vegana tuviera tantas capas de grasa.

Pero allí no importaba si tenía dos o cinco kilos de más o de menos. Allí lo único que importaba era estar sano y fuerte como para sobrevivir. De hecho, Andor parecía apreciar su fuerza y su altura. Y Cathy comenzó a sentirse agradecida de tener un cuerpo saludable.

Siempre había sabido que había cosas más importantes que la apariencia, pero desde que llegó a la época de los vikingos, había

empezado a creerlo en lo más profundo de su alma.

El campamento se encontraba delante de ella y, antes de llegar, oyó varias voces masculinas. Se aferró al mango de la espada con temor a moverse un solo centímetro y soltó el aliento tembloroso. No podía descifrar qué estaban diciendo, pero oyó que hablaban en inglés antiguo.

Con las manos temblándole, avanzó despacio. Tenía que saber qué estaba ocurriendo. ¿Andor se encontraba entre ellos? Por todos los cielos, ¿seguiría vivo?

Se acercó sin hacer ruido, se movió entre los árboles y se ocultó tras ellos, lo suficientemente cerca como para oír lo que decían, pero no para que la vieran. Echó un vistazo por detrás del tronco. Había decenas de hombres… Quizás unos treinta o cuarenta. También había caballos, y los hombres iban armados hasta los dientes y cubiertos con cotas de malla y cascos metálicos.

Y de pronto lo vio. Cerca del hogar, Andor estaba arrodillado, y un hombre que llevaba prendas costosas sostenía una espada contra su cuello. A Cathy se le congelaron las manos y los pies. Andor miró al sajón con un odio silencioso tal que, si las miradas pudieran matar, el hombre habría dejado de respirar hacía tiempo.

—Aunque vas vestido como sajón, no creo que lo seas —dijo el hombre—. No cuando acabo de encontrar esto. —Sostenía algo en la mano y, cuando la alzó, sacudió un trozo de tela, y Cathy vio que se trataba del estandarte con el círculo del cuervo. El hombre aguardó a la reacción de Andor, pero cuando la única respuesta que obtuvo fue un gruñido, continuó—: ¿No deseas hablar, vikingo? Bueno, te informo que tengo los medios para hacerte hablar. Por última vez, ¿dónde están tus acompañantes? ¿Eh? Guthrum, ¿dónde estás?

Cathy sabía que no tenía ninguna oportunidad contra tantos hombres armados. Atacarlos sería un acto suicida. Debería marcharse. Podría llegar a York fingiendo ser un muchacho. Si se encontraba con alguien en el camino, nadie asumiría que era una mujer. No al ver la espada que llevaba. Ahora sabía cómo sobrevivir allí; podía encender una fogata, cazar animales y mantenerse alejada de la carretera. Tenía una chance de lograrlo sin Andor. Y debería aprovecharla. Con cada momento que perdía allí, Brad se encontraba más cerca de la muerte. Y, por todos los cielos, si moría allí, la vida de él también acabaría.

Lo más sabio era marcharse. Abandonar a Andor. Dios sabía que se merecía que lo abandonara tras haberla lastimado. Y haberse apartado. Y… haberla usado.

—Vámonos —dijo el que llevaba las prendas costosas y se guardó la espada en la vaina—. Sujétenle las manos al frente. Puede caminar el resto del camino. Quiero regresar a casa antes del anochecer.

Mientras se ponían en marcha, Andor los observó lleno de furia y luego miró hacia el bosque. A Cathy le pareció que sus ojos se posaron en ella un instante.

Eran unos ojos tan familiares. Eran los ojos de Brad, pero no brillaban ni estaban llenos de vida y alegría. Estaban acechados con un dolor que quería calmar.

No podía dejarlo. Ni en ese mundo, ni en ningún otro. No hasta que su corazón dejara de latir. Aunque no le correspondiera a sus sentimientos. Aunque la detestara. No podría vivir consigo misma si lo abandonaba en ese momento.

Pero ¿podría dejarlo alguna vez?

CAPÍTULO VEINTE

—¡Déjenlos entrar! ¡Es *ealdorman* Aethelwulf! —exclamó alguien desde la torre de vigilancia sobre la puerta de entrada a la fortaleza.

Cathy había seguido a los sajones durante varias horas. Oculta en el bosque, observó la empalizada de madera y las murallas iluminadas por antorchas en la oscuridad. En el aire pendían los aromas a bosque húmedo y lluvia. Los captores de Andor se encontraban de pie delante de las puertas y aguardaban mientras oían los gritos y el ajetreo que provenían de dentro de la fortaleza. Estaban diciendo algo, pero apenas los oía desde ese lugar. Tras agacharse y acercarse gateando, oyó:

—Ejecútenlo por la mañana y llévenle la cabeza a Guthrum, eso le enseñará algo.

A Cathy se le detuvo el corazón y le temblaron las manos.

Las puertas se abrieron y la procesión entró en la fortaleza. Andor aún se veía orgulloso, aunque se tambaleaba un poco mientras el caballo al que estaba amarrado se movía y la soga alrededor de las muñecas se tensaba. Cada vez más preocupada, Cathy observó las puertas que se cerraban a sus espaldas. ¿Debería haber intentado escabullirse dentro con ellos? No, de seguro la hubieran reconocido como a una forastera de inmediato y la hubieran encerrado con Andor.

La fortaleza era del tamaño de un estadio pequeño. Muchos soldados hacían la guardia, de modo que tenía que ser inteligente. Si podía intercambiar algo por la libertad de Andor, lo haría. Pero lo único que tenía además de las prendas era la espada, y la necesitaría para rescatarlo.

Luego de lo que le pareció una hora observando la fortaleza y devanándose los sesos en busca de ideas que acababa descartando, oyó los cascos de un caballo en algún punto a sus espaldas. Cuando miró hacia la carretera, vio un burro que tiraba de una carreta llena de maleza y un anciano que llevaba la sotana marrón de un monje.

Podría ser la última persona en ingresar en la fortaleza esa noche y, por ende, su última oportunidad de rescatar a Andor. Qué irónico que necesitara la ayuda de otro monje cuando jamás había ido a la iglesia en toda su vida. Creía que había un poder superior cuidándola y le envió una plegaria de agradecimiento silenciosa al universo.

Sin hacer ruido, corrió entre los árboles hasta llegar a la carreta que avanzaba a paso lento y se mantuvo agachada mientras caminaba detrás de ella. Echó un vistazo en el interior y vio que

había espacio suficiente para ella y suficientes ramas y leña como para cubrirse.

Se sujetó a la pared trasera de la carreta y se valió de la fuerza de los brazos para alzarse por encima intentando no hacer ni el más mínimo ruido. Por fortuna, no era una gran altura. El anciano volvió la cabeza a un lado, y Cathy se recostó sobre el suelo de la carreta.

Cuando se volvió a dar vuelta, se trepó a la pila de leña y se enterró en ella, colocándose las ramas por encima lo más despacio que pudo. Se estremeció cada vez que se le quebró una rama, pero los cascos del burro parecían amortiguar el ruido que estaba haciendo. Las puntas afiladas de las ramas rotas se le clavaban contra la piel desprotegida del rostro y de las manos, y una se le clavó en la herida que tenía en el lateral, pero apretó los dientes y guardó silencio.

Al cabo de varios instantes, oyó una voz que preguntaba:

—¿Quién anda allí?

—Soy yo, el viejo hermano Baldwin. Los aldeanos les envían leña.

—Déjenlo pasar.

Las puertas chillaron al abrirse, y la carreta reanudó la marcha.

—Espero que vayas cómodo allí, muchacho —le dijo el anciano en voz baja, y a Cathy se le congeló la sangre en las venas—. Ahora dime por qué estás aquí. Porque, si tienes malas intenciones, alertaré a los guardias tan alto que te capturarán antes de que tu corazón vuelva a palpitar. Pero como aún no me has matado, no creo que quieras hacer daño.

Cathy tragó con dificultad.

—He venido a liberar a un prisionero.

—¿Qué prisionero?

—Un nórdico. Lo acaban de traer. No quiero matar a nadie, pero el hombre es importante… me ha salvado, y le debo la vida. Lo único que quiero es liberarlo antes de que lo ejecuten.

El hombre detuvo la carreta, y Cathy lo oyó apearse. A través de las ramas, le vio el rostro arrugado. Comenzó a descargar la leña.

—Los nórdicos son enemigos. ¿Por qué debería ayudarte? Han matado a suficientes cristianos que le temen a Dios.

Cathy maldijo por dentro.

—Si lo matan, habrá más muertes. Quieren llevarle su cabeza a Guthrum, el líder de los vikingos, para amenazarlo. Pero eso solo hará que los vikingos se pongan más violentos.

—¿Cómo sé que es un vikingo y no un forajido?

—Tome. —Extrajo el martillo de Thor de plata que le había quitado a Andor y se había colgado alrededor del cuello preguntándose por qué jamás le había pedido que se lo devolviera—. Es un dije vikingo.

Le entregó el colgante y observó entre el hueco de los tablones de la carreta cómo se le agrandaban los ojos antes de asentir solemne.

—Aguarda aquí —le dijo.

—Por favor, prométame que no me reportará con los guardias.

El anciano guardó silencio unos instantes, y Cathy temió que esa era exactamente su intención.

—Te lo prometo, muchacho. Solo me quiero asegurar de que estás diciendo la verdad. De ser así, te ayudaré. Dios sabe que no quiero ver más derramamiento de sangre entre buenas personas.

Se alejó, y Cathy tragó con dificultad. El corazón le latía tan acelerado en el pecho que no podía oír más nada. El olor al banquete le embargó los sentidos y dedujo que estarían celebrando el éxito por capturar a un enemigo. Estaba tranquilo, solo se oían voces y risas distantes.

Al cabo de unos instantes, regresó Baldwin.

—Dices la verdad —concluyó—. Los guardias me hablaron del prisionero vikingo y de la ejecución que tienen planificada. Te ayudaré. Puedes salir.

Cathy miró alrededor.

—¿Nadie está mirando?

—No.

Con cautela salió de debajo de la leña y, tras asegurarse de que nadie la observaba, se bajó de la carreta. Estaba al lado de una edificación que se erguía a la izquierda de un gran patio y sintió el suelo de tierra duro bajo los pies. En el patio había varias cabañas. A cierta distancia, las paredes de la empalizada se ceñían sobre varias torres a lo largo del perímetro.

Las puertas se encontraban a unos seis metros de distancia. A la derecha, vio lo que parecía un castillo de madera de dos plantas de altura con unas grandes puertas talladas y unas pequeñas ventanas con iluminación tenue. Al lado de la casa principal, que debía ser la función principal del castillo, había una pequeña iglesia de madera con una cruz encima de la puerta. Se encontraba justo frente al patio, en el extremo opuesto de las puertas de entrada que se encontraban a la derecha de Cathy.

—¿Dónde estará? —preguntó.

—Debe estar en uno de los establos. Es donde albergan a los prisioneros antes de ejecutarlos.

Cathy tragó con dificultad.

—No puedo liberarlo sola.

—Yo soy un hombre de Dios y no alzaré armas contra mi gente.

—Debemos engañarlos entonces. ¿Nos puedes sacar de aquí en la carreta como entré?

El anciano frunció el ceño.

—No, no funcionará. Siempre descargo la leña y me marcho al día siguiente hacia las aldeas para llevar lo que le quieran enviar al *ealdorman*.

—Bueno, tendremos que pensar en algo.

El anciano olfateó el aire y miró hacia una cabaña que había al lado de la casa principal.

—Al parecer, la vieja Elflede está preparando un estofado. Iré a ver si tiene desperdicios.

Cathy arqueó las cejas.

—¿Qué?

—Espero que tu amigo no sea quisquilloso. Puede que sea lo único que me den como para salir de la fortaleza por la noche.

Cathy soltó un suspiro.

—Roguemos que funcione, hermano Baldwin. —Le tomó las manos secas y callosas entre las suyas y lo miró a los ojos—. Gracias. Puede que esté arriesgando la vida por ayudar al enemigo.

El monje asintió.

—Qué Dios te bendiga, muchacho. Si esa es Su voluntad, sobreviviremos esta noche y le evitaremos una muerte violenta a muchos.

Liberó las manos y comenzó a descargar la carreta. Cathy echó un vistazo hacia el cobertizo que le había señalado. Había gente, de seguro criados, que se movían por el patio cargando cosas, y su mejor apuesta era fingir ser un criado. Tomó una pila de leña y caminó hacia el cobertizo. Dos guardias se encontraban de pie a ambos lados de la puerta, y los dos tenían puestas armaduras de cuero y espadas. Cathy les pasó por delante como si estuviera llevando la leña a un sitio en particular y sintió la mirada de los dos hombres siguiendo sus movimientos.

Le dio la vuelta a la esquina del siguiente edificio y dejó la leña en el suelo. El corazón le martilleaba en el pecho y dejó que transcurrieran varios minutos mientras fingía estar ocupada haciendo algo antes de reaparecer y detenerse delante de los guardias.

Miró al más alto y fuerte y le dijo:

—Oye, *ealdorman* Aethelwulf quiere verte.

El hombre frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Ha mencionado algo acerca de lo bien que luchaste. Te quiere dar una recompensa. Está a punto de cenar y quiere que cenes con él.

—Qué afortunado —masculló el otro.

Al hombre se le iluminó el rostro y se movió para alejarse. Pero de pronto se detuvo y miró a Cathy con los ojos entrecerrados.

—¿Quién eres?

—¿Yo? —Cathy sintió una capa de sudor en la piel. Se relamió los labios y tosió intentando que la voz le sonara serena—. Cathan, soy nuevo. He venido de la aldea para servir aquí.

—Ah. Buena suerte. —Empujó al otro hombre en el hombro—. Buenas noches —le dijo antes de alejarse.

El otro centinela soltó un gruñido, dio vuelta la cabeza y siguió a su amigo con la mirada. Era entonces o nunca. A Cathy se le congelaron los pies y sintió que le temblaban las manos cuando dio un paso adelante y golpeó al hombre en la cabeza con el pomo de la espada.

El sujeto se dio vuelta tambaleándose sobre los pies. No lo había golpeado lo suficientemente fuerte. Se llevó las manos a la espada y comenzó a extraerla, pero se encontraba débil. Cathy le dio otro golpe en la cabeza, y se desplomó sobre el suelo como un saco de patatas. Le quitó la espada y miró hacia la puerta, que era grande, pesada y tenía un candado. Se arrodilló al lado del guardia para buscar la llave, pero no la encontró. Dio un paso hacia atrás y miró alrededor en pánico.

Tenía que actuar rápido. Las sombras pasaban por detrás de la edificación. Cualquiera podría venir en cualquier momento. Se acercó al establo y se apoyó contra la puerta.

—¡Andor! —lo llamó en un susurro alto—. ¡Andor! ¿Estás allí?

No oyó nada. Oh, no, no podrían haberlo ejecutado aún, ¿verdad?

—¡Andor! —lo llamó más fuerte de lo que deseaba.

Oyó unos pasos y luego una respuesta llena de sorpresa.

—¿Cathy?

El alivio la inundó y soltó el aire que había contenido en los pulmones.

—He venido a liberarte, pero no sé dónde está la llave. ¿Te encuentras bien?

—Vete. —La voz le sonó tan débil que se le hundió el estómago—. Ve a Jorvik. Te matarán si te descubren aquí.

—No me iré sin ti. Tengo una carreta para escapar. Solo necesito la llave.

—¡Oye! —la llamó alguien, y cuando se giró, vio al centinela alto que se había alejado—. Pero ¿qué demo…?

Cathy se lanzó contra él antes de que pudiera asustarla y hacerla huir. El centinela apenas había llegado a desenvainar la espada a tiempo para esquivar el ataque. Una parte de ella estaba aterrada, pero recordó el entrenamiento y mantuvo la calma. Aunque era un golpe bajo, le asestó una patada en los testículos y lo hizo doblarse de dolor y caer al suelo. Con un movimiento que le resultaba familiar, le asestó un golpe en la sien. Al igual que el hermano Baldwin, no quería matar a nadie si podía evitarlo.

El centinela se cayó al lado del otro hombre. Con la respiración agitada, Cathy miró alrededor para ver si alguien los había oído, pero hasta el momento no veía a nadie. ¿Dónde estaría esa condenada llave?

Se giró hacia la puerta y vio que la llave colgaba por encima del umbral. Soltó una maldición, la tomó y se apresuró a abrir el candado.

Andor estaba sentado en una esquina cubierta de heno. Tenía el rostro cubierto de sangre, un ojo hinchado y un corte en una ceja.

—Oh, Andor —susurró y salió disparada hacia él—. ¿Estás lastimado? —Le cortó las cuerdas que le sujetaban los brazos y las piernas y lo ayudó a incorporarse. Le pasó el brazo alrededor, colocó un hombro debajo de la axila y lo ayudó a avanzar hasta la puerta.

—Estoy bien. ¿Cómo lograste…? —la voz se le apagó al ver a los dos hombres armados que yacían delante de la puerta.

Cathy se inclinó y tomó las espadas de los dos para entregárselas a Andor.

—Debemos darnos prisa. Espero que Baldwin haya conseguido los desperdicios de la cocina.

—¿Qué?

Al dar vuelta la esquina, oyeron el chirrido de unas ruedas que se aproximaban. La carreta de Baldwin estaba llena de cáscaras de verduras y algo que parecían intestinos de animales.

Desde el asiento del conductor, el viejo monje los miró.

—Esta noche están celebrando con un banquete, y no han tenido tiempo de arrojar los desperdicios desde hace dos días. Están de suerte. Pero solo hay espacio para uno. Sugiero que sea el vikingo. Tú puedes montar conmigo, muchacho. Pareces sajón. Deprisa.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

6 de enero de 878 d. C.

—No deberías haber hecho eso —le dijo Andor.

Se estaba lavando para quitarse las verduras podridas y los intestinos de encima, sumergido hasta el pecho en el agua gélida de un lago que habían encontrado temprano por la mañana.

—¿Qué dices? —preguntó Cathy, que se encontraba de pie en la orilla y lo observaba llena de culpa. Era una pequeña bendición.

—No deberías haber venido por mí —le dijo apretando los dientes y apenas conteniendo la ira. Era bueno que se encontrara en el agua fría.

—Ay, no seas así, Andor. Jamás te habría dejado. Querían ejecutarte.

—Quizás deberían haberlo hecho. —Se frotó los bíceps con agua para quitarse las cáscaras de remolacha.

Cathy se puso pálida.

—¿Qué has dicho?

Andor se detuvo y la miró.

—Quizás deberías haber dejado que me ejecutaran.

Cathy negó con la cabeza.

—Andor, vamos. No hablas en serio.

—Hubiera sido lo mejor.

—Debes dejar de decir tonterías.

—Si algo te hubiera pasado por mi culpa… otra vez…

—¡Estoy bien! Mírame. Encontré a Baldwin. Derroté a dos centinelas. Escapamos y estamos vivos.

—Pero podría haber sido diferente.

—¿No es bueno que me hayas enseñado a blandir la espada entonces?

Qué mujer más terca. Andor gruñó sin lograr contener la ira, pero al parecer no podría persuadirla de lo contrario. Tomó una profunda bocanada de aire y se sumergió en el agua. Cuando volvió a emerger, caminó hacia la orilla y observó con satisfacción cómo lo miraba con los labios entreabiertos.

—¿Acaso ves algo que te guste? —le preguntó secándose el cuerpo con un trozo de tela que Baldwin le había dado a Cathy junto con un poco de comida antes de dejarlos. También les había dicho que solo se encontraban a cinco días andando de Jorvik. Cathy se apresuró a apartar la mirada.

—Disculpa. No quería mirarte fijo. Debemos esperar a que se sequen tus prendas, así que ten. —Le entregó su abrigo, y Andor se

lo puso. Le ardía la piel, el aire se sentía más cálido tras la conmoción de estar en el agua gélida. Pero aceptó el abrigo y caminó con ella hacia la fogata.

Cuando se acomodaron, sacudió la cabeza como un perro para quitarse el agua del cabello. Cathy se secó las gotas del cuello, se quitó la cofia y dejó ver un cardenal a la altura del cabello. Andor se enfadó consigo mismo, se le dilataron las fosas nasales y se le tensaron los músculos del mentón.

—¿Por qué arriesgaste tu vida para salvarme? —le preguntó—. Podrías haber ido a Jorvik sola. Debes salvar a tu Brad. ¿Por qué arriesgarías su vida por salvar la mía?

Cathy clavó la mirada en el fuego.

—Era una buena oportunidad para poner a prueba mis habilidades para luchar con la espada —le respondió, y a Andor se le retorció el vientre de desilusión.

¿Qué esperaba oír? Que se preocupaba por él. Que lo había salvado porque era más importante que su gemelo del futuro. Que se quería quedar con él. Sin embargo, bien sabía que el final del viaje juntos se encontraba cerca.

—Dime la verdad —le pidió.

Cathy tragó con dificultad y le ofreció una sonrisa.

—Ya sabes por qué te salvé.

—De hecho, no lo sé.

—Porque tú habrías hecho lo mismo, Andor. De hecho, lo hiciste. Me rescataste del sacrificio pagano. Te lo debía.

Se lo debía. Eso era cierto, pero no era la respuesta que en secreto anhelaba oír. No importaba. Era lo mejor. No se merecía su afecto. No después de cómo la había tratado, y no cuando el recuerdo de Svana se merecía su devoción absoluta. La devoción que había estado ignorando y reemplazando con sentimientos hacia Cathy.

Eso era lo mejor. Llegarían a Jorvik, ella se marcharía, y él… ¿Qué haría? ¿Continuaría su existencia miserable de atacar, luchar y enviarle riquezas a la familia de Svana? ¿Seguiría ignorando la herida abierta que llevaba en la boca del estómago? ¿Alguna vez acabaría ese dolor?

Andor se acurrucó contra el abrigo al sentir el aire frío contra la piel.

—Has luchado bien —le dijo—. Me has impresionado. Dos hombres… Tienes una guerrera en el interior.

Una sonrisa ancha le asomó a los labios, y Cathy ocultó el rostro.

—Hubiera luchado contra un ejército entero por ti —le confesó sin mirarlo. Luego se mordió el labio inferior como si hubiera dicho demasiado.

Algo se aceleró en el pecho de Andor. Quizás era su corazón, o quizás los fantasmas que llamaban a la puerta porque ellos también la habían oído.

Ahora sabía que no tenía que preocuparse por protegerla. Ella tenía todo lo que necesitaba para encontrarse bien sola. Era capaz de serle de ayuda, de luchar a su lado e incluso de salvarlo. Si se quedara, no tendría que preocuparse por su vida…

—Yo también me hubiera enfrentado a un ejército entero por ti —le confesó Andor. Se miraron a los ojos, y Andor se hundió en los de Cathy como si fueran un mar sin fin. Volvió a sentir un deseo por ella que le quemó las venas, y luchó contra las ganas de acariciarla, de acercársela y de besarla.

Y, de pronto, deseó que esos cinco días que les faltaban para llegar a Jorvik duraran toda una eternidad.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

York, 30 de enero de 878 d. C.

Los fuegos de las torres iluminaban el cielo nocturno.

—Jorvik —anunció Andor.

El final casi había llegado. A Cathy se le retorció el estómago y dio un paso más cerca de Andor. Caminó a su lado como lo había hecho desde que habían comenzado el viaje juntos.

¿De verdad tenía que acabar? Cathy estaba desgarrada por dentro, como si se le hubiera formado un abismo largo y profundo en el interior y le doliera. Tenía que pensar en Brad y en que la necesitaba. Pero ¿cómo haría para dejar a Andor?

Se fueron acercando a las murallas blancas y grisáceas. No parecía una fortaleza de madera. Por el contrario, las murallas eran gruesas y de unos cuatro metros de altura. Andor clavó la mirada en las murallas como si fueran su enemigo personal.

En las puertas, anunció:

—Soy el *jarl* Andor Thornsson. Y esta mujer viene conmigo.

—¡Es el *jarl* Andor! —gritó un centinela—. *Jarl*, soy yo, Anarr. Temíamos que hubieras muerto. Fridstein quería buscarte.

—Déjanos entrar —le ordenó Andor.

Las puertas se abrieron e ingresaron.

A Cathy le martilleó el corazón en los oídos. Lo habían logrado. Estaban en York. Tras tres semanas en la carretera, luchando con espadas, comiendo carne, lavándose en agua congelada y escapando de un culto… Habían llegado.

Cathy tenía que encontrar a la bruja de inmediato y ver si la mujer sabía cómo regresar a casa. Para eso había atravesado todo lo anterior. Pero entonces, ¿por qué las piernas se negaban a alejarse siquiera un paso de Andor? ¿Por qué no podía abrir la boca? ¿Por qué el corazón y la mente le dolían del deseo de quedarse?

Era como si un material invisible la conectara a Andor, como si un tejido vivo hubiera crecido en el espacio que se formaba entre ellos. Podía sentirle el pulso y oírle la respiración. Separarse sería como cortar ese tejido.

Dentro de las paredes, York era un gran asentamiento. Había algunas casas de piedra y otras de madera de acacia con techos de paja. Se encontraban muy cerca unas de otras. El pueblo olía a animales, comida y tierra húmeda. Se oían repiqueteos de platos, voces, llantos de bebés, risas y canciones en el aire.

Unas antorchas distribuidas por las calles proyectaban algo de luz. Pasaron por lo que eran las casas de los artesanos y vieron las

pesadas herramientas afuera, así como también las mesas y los bancos donde probablemente exhibían las mercaderías durante el día. Unos cercos de acacia separaban las casas comunales. No había ventanas en ningún sitio, y el humo se escapaba por unos pequeños huecos entre los tejados. Allí se mezclaban elementos anglosajones, romanos y vikingos y formaban una extraña mezcla de estilos e historia que, de algún modo, parecía funcionar.

Andor se detuvo delante de una de las casas comunales con un tejado de paja; era una construcción de madera con paredes de acacia, al igual que muchas de las otras edificaciones del lugar. Cathy había pensado que la casa estaría vacía durante su ausencia, pero Andor soltó un rugido, y los hombres salieron corriendo a saludarlo, darle palmadas en los hombros y abrazarlo. Luego miraron a Cathy con curiosidad.

—Guthrum querrá verte mañana —le dijo uno de ellos.

Cuando acabaron, Andor se dio la vuelta y la miró. Cathy esperaba ver alivio en su rostro; por fin se encontraba a salvo y con su gente. Pero Andor tenía los labios apretados, y los ojos duros. Era la mirada acechada que le había visto tantas veces.

—Es tarde, Cathy —le dijo—. Será mejor que veas a la bruja mañana.

La voz le salió ronca y baja y tenía una nota de vulnerabilidad. A Cathy se le aceleró el pulso.

—Me puedo quedar una noche más.

Lo cierto era que no estaba lista para marcharse por más que Andor hubiera insistido. Pero ¿se debería a que dejaría atrás a la representación viva de Brad, la que respiraba y hablaba, para regresar a la sombra de su prometido? Si tenía que ser sincera, no lo sabía.

El pensamiento la aterraba y le revolvía el estómago. Incluso una noche podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte para Brad. ¿Era tan egoísta como para arriesgar la vida de Brad para estar con Andor? Ya había pasado una semana más de la fecha en la que Eric le había advertido que tomaría medidas legales para interrumpir el soporte vital de Brad.

«Una noche más, por favor. Quédate vivo una noche más».

Y si regresaba al día siguiente para descubrir que ya no se encontraba con ellos, tendría que vivir con culpa por el resto de su vida. Pero una última noche con Andor lo valía. En ese momento, no había fuerza alguna en el universo que pudiera hacerla dejarlo. Marcharse en ese momento sería como arrancarse una parte del corazón.

Cuando entraron en la casa, se oyeron explosivas carcajadas a su alrededor. Un grupo de hombres estaba sentado alrededor del hogar alargado en el centro de la habitación comiendo y bebiendo. Un par

de criadas llevaban comida y bebidas, limpiaban y acomodaban el lugar.

—¿De qué se ríen sin mí? —rugió Andor, y cuando lo miraron, guardaron silencio.

Un hombre más grande, musculoso y con el cabello y la barba blancas se mostró especialmente conmocionado. Se le agrandaron los ojos, se quedó rígido y luego avanzó hacia Andor como una figura de madera incapaz de flexionar las piernas. Sujetó a Andor de los hombros con las dos manos.

—Estás vivo, gracias a Odín —susurró y le dio un abrazo de oso.

—Fridstein, viejo amigo —repuso Andor con un tono cálido y le dio unas palmadas en la espalda.

El resto se acercó rápido y cada uno le dio palmaditas y abrazos, y Cathy sonrió de oreja a oreja. Un calor se le extendió en el pecho al ver cómo esa comunidad lo quería y lo aceptaba. Jamás se había sentido de ese modo en Los Angeles, ni siquiera en la comunidad de yoga. La única persona que le había hecho sentir eso había sido Brad.

Brad. El calor en su interior quedó reemplazado por el aguijonazo de la culpa. Le debía a Brad regresar a su época y asegurarse de que obtuviera la mejor oportunidad de vivir.

—¿Cómo sobreviviste, condenado trol de montaña? —le pregunto Fridstein.

Andor le echó un vistazo a Cathy con los ojos reducidos a un líquido cálido de color índigo en las penumbras de la habitación.

—Ella fue quien me salvó —respondió, y las palabras hicieron que las entrañas se le convirtieran en lava caliente, le derritieran las caderas y las rodillas y le llenaran los pies de plomo al punto de dejarla clavada en el suelo.

Todos se volvieron a mirarla.

—¿Eso es una mujer? —preguntó Fridstein.

Cathy se quitó la cofia. Asumía que ya no la necesitaba.

—¿Una guerrera? —volvió a preguntar Fridstein recorriéndola con una mirada analítica.

—Sí, una guerrera —respondió Andor.

—Me llamo Cathy. —Estiró la mano para sacudir la de Fridstein, pero él la miró como si le estuviera ofreciendo un pie. Cathy retiró la mano e hizo una reverencia, sin saber con certeza si eso era un buen hábito—. Encantada de conocerte.

A Fridstein se le alzó una comisura de la boca.

—El placer es mío, señora —le aseguró—. Mírate, eres casi tan alta como nuestro Andor.

Había una nota de orgullo y aprobación en su voz, y Cathy volvió a sentir calidez en el pecho. Intercambió una mirada con Andor, que apretaba el mentón.

—No me imagino a nadie mejor para salvarle el pellejo. Al parecer, eres muy capaz de defenderte, Cathy.

El resto de los hombres soltaron gruñidos de aprobación.

—Está cansada —interrumpió Andor, sujetándole el brazo y conduciéndola al otro extremo de la casa.

—Aguarda, déjanos beber con ella. Cathy, quédate y háblanos de ti —le pidió Fridstein a sus espaldas, pero Andor la arrastró tan rápido que ni siquiera tuvo la oportunidad de responder. A Cathy le hubiera encantado quedarse y hablar con ellos; parecían haberla aceptado de inmediato y sin peros.

Andor la condujo a través de una puerta delgada a lo que parecía una habitación. Allí, había una cama doble de madera con un cabezal exquisitamente tallado. La cama estaba llena de pieles, y las paredes cubiertas con espadas, hachas y escudos. Detrás de ellos, se abrió una puerta, y dos criadas entraron con un balde y algo de leña.

—Carbones calientes para el hogar, *jarl* —dijo una y colocó los carbones en el hogar redondeado que había en el centro de la habitación—. El baño estará listo pronto.

La otra añadió leña en el fuego, y las dos se retiraron tras arrojar miradas de curiosidad hacia Cathy. La habitación se llenó de una luz cálida. Cathy debería haberse regocijado de que por fin iba a dormir en una habitación cálida, en una cama y bajo un techo, pero la boca se le secó al ver los ojos oscuros y predadores de Andor. El aire desapareció de la habitación.

—Yo… —comenzó—. Quería hablar con tus amigos. Parecen agradables.

Eran todo lo contrario a como los amigos de Brad habían sido con ella. Parecían haberla aceptado antes de siquiera tener una conversación. ¡Qué locura! Por el modo en que se comportaron con Andor, parecía como si lo adoraran. Las personas que querían a Brad se comportaban del mismo modo.

A Andor se le curvó una comisura de la boca.

—Te aseguro que agradables no son —le dijo—. No quiero luchar con mis hermanos de armas por una hermosa mujer en la primera noche de regreso.

¿Lo había oído bien? ¿Creía que sus amigos también la encontrarían hermosa? Parecía que sí. Cathy se humedeció los labios y decidió dejar el asunto por temor a espantarlo.

—Y… —comenzó mirando hacia la cama—. Tú duermes aquí.

—Tú duermes aquí —la corrigió—. Debes estar cansada. ¿Quieres un baño caliente?

Cathy lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Oh, Andor, no tienes ni idea de lo que significan esas palabras para mí.

Los ojos se le oscurecieron y se le convirtieron en calor líquido.

—Tú primero.

Entonces, ¿quería que se bañara y durmiera sola? No podía marcharse sin estar con él una última vez. No se habían tocado desde que escaparon de la fortaleza de Aethelwulf. ¿Debería invitarlo?

—Yo… —comenzó Cathy, pero la puerta se abrió, y una criada asomó la cabeza en el interior.

—La casa de baños ya está caliente, *jarl*.

Cathy lo observó con el corazón tan acelerado en el pecho, que podría haberle movido la túnica. Andor miró a Cathy durante un largo instante antes de apartar la mirada.

—Muéstrale a Cathy dónde está. Yo me bañaré después de ella.

—De acuerdo, *jarl*.

Andor le dio la espalda y comenzó a desvestirse. Sintiéndose echada, Cathy se marchó llena de desilusión y dolor en el corazón.

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

Andor abrió la puerta de la casa de baños. La habitación olía a sábanas limpias, madera húmeda y piedras calientes. En el interior se veían nubes de vapor que se alzaban de los pequeños montículos de piedras, vio el cuerpo entero de la mujer con piernas largas y cabello dorado que hacía que el corazón le doliera y la sangre le hirviera.

Cathy se quedó quieta; tenía un pie apoyado sobre el banco y la pierna flexionada hasta la rodilla y se vertía agua para enjuagarse el jabón. La pose seductora hizo que quisiera sentarse allí mismo, debajo de ella, y ayudarla a lavar el punto más dulce de su cuerpo.

La piel le destelló con el agua, el cabello tenía unos mechones gruesos y húmedos esparcidos por los hombros y la espalda. El estómago tenía una suave curva que quería recorrer con los labios. El trasero hermoso era una combinación de músculos y carne bajo la piel inmaculada que lo hacía endurecer. La curva baja del pecho, llena y deliciosa, se asomaba por debajo del brazo e hizo que la boca se le hiciera agua.

Cathy lo observó con amor y esperanza en los ojos grises. Tenía las mejillas sonrosadas, pero no sabía si se debía al calor que hacía en la casa de baños o a su presencia. Sin decir ni una palabra, comenzó a desvestirse y observó con satisfacción cómo se le separaban los labios suculentos y se enderezaba sin dejar de sostener el trapo en las manos.

Cuando se desvistió, caminó hacia ella con un dolor en la entrepierna, se detuvo delante de ella e inhaló su aroma limpio y delicioso. El aroma que jamás volvería a experimentar cuando saliera el sol.

Apretó el mentón y desechó el pensamiento. Los fantasmas se encontraban silenciosos detrás de la puerta. ¿Dónde estaban cuando los necesitaba?

Alzó la mano y le recorrió la mejilla con un nudillo. Cathy cerró los ojos y se dejó llevar por la caricia liviana.

—No hay mañana, ni ayer —le dijo Andor mirándola.

A Cathy se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ni Brad —añadió.

—Ni Svana, ni fantasmas —concluyó Andor en un susurro.

—Solo tú y yo.

Despacio, bajó la cabeza y la besó; le deslizó la lengua en la profundidad aterciopelada de la boca. Cathy lo recibió con ternura y suavidad, y se hundió en ella, se rodeó de ella como si se estuviera sumergiendo en un manantial cálido y burbujeante; las sensaciones se apoderaron de su cuerpo.

El tiempo se detuvo mientras la besaba. El remolino de placer fue girando cada vez más rápido en su interior. Cuando Cathy acabó de besarlo, le dijo:

—Quiero lavarte.

Anonadado, Andor le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Quiero lavarte. Ya estoy limpia y quiero cuidarte.

Andor abrió los brazos.

—Estoy a tu disposición.

Cathy sonrió y hundió el trapo en el balde con agua caliente, lo escurrió y lo frotó por la barra de jabón que olía a miel, salvia y rosa mosqueta. Le apoyó las manos en el pecho y le fue frotando la espuma por la piel. Un placer dulce lo embargó. Quería cerrar los ojos y disfrutarlo aún más, pero no se quería perder ni un momento de mirarla. Absorbió su belleza, cada movimiento de sus labios, el modo en que los ojos cambiaban con sus pensamientos y el modo en que el agua brillaba sobre su piel en la penumbra del hogar y las velas.

Estudió el rostro lleno de amor y preocupación. No quería perderse de ver ese rostro ni por todo el oro de los nueve mundos de Yggdrasil. Quería creer que el corazón de Cathy también estaba lleno de ese mismo amor.

Primero le masajeó el pecho, luego el estómago y, mientras las manos iban descendiendo, la piel dolorosa del miembro le ardía cada vez más a medida que se acercaba a la erección. Andor soltó un gruñido al tiempo que le enjabonó la parte baja del estómago.

—Por favor, sigue —le rogó.

Con una sonrisa ladina, Cathy se enjabonó las manos y comenzó a lavarle el hombro, masajearle el brazo y los músculos hasta convertírselos en mantequilla derretida.

—Oh, sí que me quieres lavar —dijo echando la cabeza hacia atrás—. Creí que querías…

Cathy le había lavado hasta la mano y le lavó la piel entre los dedos masajeándole la palma con la cantidad perfecta de fuerza para aliviarle la tensión de los músculos e inducirlo a relajarse.

—Para que lo sepas —continuó Andor—, no te dejaré salir de aquí hasta no hacerte mía al menos tres veces.

Se rio con suavidad y repitió el proceso con el otro hombro y brazo, luego se volvió a enjabonar las manos y se acomodó detrás de él para frotarle la espalda desde el cuello hasta las nalgas… y más abajo.

Nadie jamás le había hecho un masaje. La sensación era extraña y agradable. Demasiado pronto, descendió para lavarle las piernas, y Andor se tensó de anticipación cada vez que los dedos se le acercaban a la erección. Pero la seductora no lo tocó.

Se puso de pie y lo condujo hasta el banco de madera. Se colocó detrás de él y comenzó a lavarle la cabeza; con los dedos le hizo sentir maravillas en el cráneo. Le vertió el agua caliente con un gran cucharón mientras se valía de la otra mano para quitarle el jabón del cuerpo. Con delicadeza, le lavó el rostro y la barba con un trapo y, cuando acabó, le dio un beso juguetón en la punta de la nariz. Andor no pudo evitar sonreír.

Luego por fin se arrodilló delante de él y le lavó la única parte del cuerpo que aún no había tocado.

—Para que lo sepas —le dijo ella alzando la mirada desde abajo y le resultó seductora y hermosa en extremo—, no te dejaré salir de aquí hasta que estés perfectamente limpio.

—Te he echado mucho de menos.

Cathy ocultó una sonrisa y clavó la mirada en la erección que se retorció de la anticipación. Se frotó las manos y se las apoyó encima; el primer roce se le esparció como la dulzura de la miel, el mareo del hidromiel, la calidez de la luz del sol y todo lo que era delicioso y placentero en el mundo.

Cathy le masajeó el miembro endurecido, y Andor gruñó apretando los dedos contra el borde del banco. Oh, esas manos…

Luego le enjuagó el jabón con agua cálida y aromática. Y de la nada, sintió su boca sobre él. Los labios se cerraron alrededor de su grosor, al tiempo que la lengua comenzaba a lamerlo y arrastrarlo a un mar dulce y profundo de agonía aterciopelada. Cathy movió la boca por toda su longitud sin dejar de provocarlo con la lengua y de reducirlo a hierro fluido.

—Detente, Cathy… —gruñó—. Voy a…

—Mmm —murmuró contra él, lo ignoró y aceleró los movimientos.

Abrió la boca para que le llegara hasta la garganta y lo tuviera por completo en su interior, y Andor no se pudo contener.

Acabó de repente, aferrándose a sus hombros, volando alto, meciéndose sobre las olas de placer que lo recorrían como una tormenta. Cuando abrió los ojos, Cathy se encontraba sobre su regazo, apoyada contra él, con las piernas envueltas a ambos lados de sus caderas.

Andor le acarició la espalda suave que se encontraba seca.

—Eso no cuenta como una de las tres veces —le aclaró.

Cathy le sonrió.

—Contó como una de las veces que te hice mío.

Andor se rio entre dientes.

—Ya soy tuyo. Lo he sido desde el momento en que te vi. Siempre lo seré.

Se mordió la lengua al verle una mezcla de sorpresa, esperanza y dolor en los ojos. No debería haber dicho eso, por cierto que fuera.

—Es bueno que hayamos decidido que no hay mañana. Porque si hubiera un mañana, te preguntaría qué significa eso…

Andor le colocó un dedo sobre los labios.

—No hay futuro. Ni fantasmas. Ni prometido. Ni esposa muerta. No hay preguntas tampoco. Solo tú y yo. Y ahora serás mía.

Tras decir eso, la besó; sabía que sin importar cuánto intentara perderse en ella, el cielo pronto comenzaría a aclarar, el nuevo día comenzaría y la perdería para siempre. Pero, por ese momento, era suya. Y, si podía, lo haría durar una eternidad.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

3 1 de enero de 878 d. C.

ANDOR PASÓ la mano por la piel cálida de Cathy. No se la soltó en ningún momento mientras cruzaban la aldea hacia la casa de la bruja. No habían intercambiado más de algunas palabras desde la noche anterior, que había sido la noche más sensual de la vida de Cathy. Habían hecho el amor y habían expresado todo lo que querían decir con sus cuerpos.

Y ahora Cathy quería que cada paso que daba durara para siempre; quería postergar el momento que se acercaba. El momento en que se marcharía. Saboreó la sensación de la piel de Andor contra la suya y el calor de su cuerpo al lado del suyo. El aire que respiraba se llenó de algo maravilloso. Cathy flotaba a su alrededor con el cuerpo pesado y liviano tras pasar una noche entera sin dormir.

¿Cómo haría para dejarlo? ¿Cómo podía haber traicionado a Brad de ese modo? Las dos preguntas le rondaban la cabeza, luchaban en su corazón y la desgarraban. Arruinaban los últimos instantes que le quedaban con Andor. No podría vivir consigo misma si abandonaba a Brad. Pero tampoco sabía cómo vivir en un mundo en el que Andor no existiera.

Entraron en la casa, que consistía en una edificación normal con techo de paja. En el interior, unas gallinas y gansos ocupaban un compartimiento construido con un cerco de acacia. Frente al hogar, había cuatro niños de distintas edades; las niñas mayores pelaban nabos. Una mujer de unos treinta años tejía con lana y cantaba una canción.

EN UNA HERRERÍA tranquila
Un herrero silencioso hace clac, clac, clac
En una herrería cenicienta
Völundr forja la muerte…

ALZÓ la mirada a Cathy y Andor y dejó de tejer.

—¡*Jarl* Andor! Feliz y saludable. Ustedes dos forman una pareja curiosa.

La mujer tenía el cabello oscuro y los ojos de un marrón cálido. Era una mujer hermosa, pequeña y amigable. Cathy había esperado

conocer a una mujer mayor, como la norna, o la imagen universal de una bruja con el cabello gris enmarañado. Tampoco perforó a Cathy con la mirada ni la hizo sentir como si se encontrara en presencia de un ser con poderes sobrenaturales, como la norna. Por el contrario, parecía abierta y alegre.

—Feliz y saludable —acordó Andor e hizo una pequeña reverencia—. Ljota, te presento a Cathy.

Ljota contempló a Cathy con cautela, y le hizo sentir calidez en todo el cuerpo.

—Has venido de lejos —señaló Ljota.

Se puso de pie y dejó el huso a un lado sobre la silla; para desilusión de Cathy, era de madera y no tenía ningún tallado.

—Sí, se podría decir eso. Vengo del futuro.

Ljota se cruzó de brazos y sonrió como si Cathy acabara de contarle el mejor chisme que había oído en años.

—¿Del futuro? Eso sí que es lejos. ¿Cómo viajaste en el tiempo?

Cathy le contó lo que había ocurrido con la norna y omitió la situación con Brad. Ni siquiera quería mencionar su nombre en presencia de Andor.

—Y ahora…

Las manos de Andor se le retorcieron alrededor de los dedos, y la soltó como si la piel de ella lo hubiera quemado.

—Y ahora debo regresar —concluyó Cathy frotándose la palma que le había soltado—. Andor dijo que podías ayudar. ¿Es cierto?

Ljota se rio.

—Querida, aquí no hay ningún huso de oro. —Se encogió de hombros—. No soy una norna. Soy una madre y una esposa. A veces, tengo visiones. Soy una buena curandera. Puedo hablar con los dioses y hacerles preguntas o pedirles cosas pequeñas, como un buen verano y protección para mi marido cuando va a atacar otras aldeas. Por eso la gente cree que soy una bruja, pero no sé cómo puedes viajar en el tiempo.

A Cathy la atravesó un temblor, y sintió alivio y desesperación al mismo tiempo. Si no tenía manera de regresar a casa, se quedaría con Andor. No tendría que tomar la decisión de abandonarlo. El pensamiento le llenó de burbujas cada célula de su ser y le hizo sentir una energía que ascendía en espiral por la columna vertebral.

Cathy miró a Andor y, si los ojos no la traicionaban, vio la misma reacción en él: alivio y… temor. Era probable que aún les temiera a los fantasmas internos que lo habían acechado desde antes de que lo conociera. Lo comprendía. El fantasma de Brad también la acechaba a ella. A través del rostro familiar de Brad la observaban los ojos tristes de Andor.

—Pero tengo una idea —añadió Ljota.

A Cathy se le hundió el estómago.

—¿Una idea?

—Sí, una posible solución. He oído historias y visto visiones de esto. Hay otras personas que viajaron en el tiempo antes que tú. Si tuviéramos una arboleda sagrada con una piedra como runa, podría funcionar. Sin embargo, no la tenemos aún. De modo que debes encontrar un sitio donde las piedras estén saturadas de magia antigua de vida y muerte, como lo están las piedras de una arboleda sagrada. Podrías escribir runas sobre esas piedras y quizás así logres viajar en el tiempo.

Cathy tragó con dificultad.

—¿De verdad?

Ljota se encogió de hombros.

—Es solo una idea. Podrías intentarlo. Bueno, si de verdad quieres regresar.

Andor apoyó la mirada sobre ella.

—¿De verdad quieres regresar? —le preguntó.

A Cathy se le cerró la garganta hasta que le dolió.

—Debo hacerlo, Andor. No puedo dejarlo morir.

—Pero ¿me puedes dejar a mí? Aunque esté casi muerto, él sigue siendo más importante para ti que yo, ¿no?

A Cathy le dio un vuelco el estómago, pero antes de que pudiera responder, Ljota intervino.

—No, no, no. No hablarán de esto en mi casa, delante de mis hijos. Tomen. —Tomó una tabla de madera con un trozo de carbón y escribió algo en ella—. Estas son las runas que debes escribir en la piedra. Cualquier piedra antigua en un túmulo debería funcionar. Hay una cerca de Jorvik; esa es tu mejor oportunidad. Buena suerte.

Prácticamente los estaba echando de la casa. Cuando salieron, Cathy clavó la mirada en la tabla de madera con las runas y sintió un cosquilleo en los dedos. Acto seguido, miró a Andor, que tenía una expresión tan sombría como las nubes encima de sus cabezas.

—¿Me ayudarás a encontrar el túmulo? —le preguntó.

Andor le sostuvo la mirada, con los ojos tan pesados que Cathy se sintió clavada en el sitio.

—Por favor, Andor.

—No.

CAPÍTULO

VEINTICINCO

—¿Te niegas a ayudarme? —le preguntó Cathy con los ojos desorbitados.

Andor apretó los dientes. Observarla sufrir por él era como clavarse una daga en el corazón, pero prefería que un trol de bosque se lo comiera vivo antes que entregársela a otro hombre.

—No te voy a ayudar a regresar con tu prometido —le dijo y se alejó de ella.

Cathy lo siguió.

—Me ayudaste a llegar hasta aquí. Me llevaste con Ljota. ¿Cuál es la diferencia?

Andor apretó el paso para avanzar por calles angostas evadiendo a los comerciantes, los aldeanos, los animales y las carretas.

—Es diferente —le respondió.

—¿Cómo?

Se le aceleró la respiración, aunque en realidad estaba intentando calmarse. No debería pensar en eso. No debería explicárselo. Ni siquiera podía decirlo en voz alta, no con el recuerdo de Svana llamando a la puerta. La puerta que se tornaba cada vez más delgada.

—Ya sabes cómo —le dijo.

Lo sujetó del brazo y lo hizo volverse a mirarla.

—¡No lo sé! Dímelo.

—No puedes esperar que te ayude para siempre. El acuerdo era que te trajera a Jorvik para ver a la bruja. He cumplido el acuerdo. Si quieres regresar… —la voz se le estremeció al tiempo que sofocaba un espasmo en la garganta, y se le tensaban los músculos debajo de los ojos—, no te detendré.

La gente caminaba alrededor de ellos. Se encontraban en el medio de la ajetreada plaza del mercado, en la que se podían inhalar aromas a comida y bebida mezclados con cuero y tierra húmeda. Decenas de voces sonaban a su alrededor, así como también relinchos de caballos, balidos de cabras y graznidos de gansos. Se miraron a los ojos, y los de Cathy brillaron grises como el cielo hibernal encima de sus cabezas. Tenía el cabello rubio trenzado alrededor del rostro, y unos mechones dorados le caían por la espalda. Se había puesto prendas limpias de él, que le colgaban como a un espantapájaros, pero se había colocado un cinturón ancho que la abrazaba por la cintura y le realzaba la figura. Con la espada que le colgaba de la cadera, no podía verse más como una reina guerrera.

A Andor se le tensó el pecho.

—Ahora te puedes proteger sola. ¿No has estado intentando regresar a Brad durante las últimas semanas? Vete. No te estoy deteniendo.

—Yo…

—¿No te quieres marchar? —le preguntó con una pizca de esperanza floreciéndole en el fondo del corazón.

Cathy se humedeció los labios.

—No lo sé, Andor.

A Andor se le tensó un músculo entre las cejas.

—Entonces ¿quizás te quieres quedar?

Cathy tragó con dificultad.

—No lo sé. Quizás.

Andor se sintió más liviano. Un «quizás» no era un «no».

—¿Quieres que me quede? —le preguntó—. Creí que no querías a nadie.

Tenía razón. Los fantasmas comenzaron a llamar a la puerta justo a tiempo. «Si se queda por ti y muere porque fallaste a la hora de protegerla, no habrá escape para ti. La locura acabará contigo».

—No quiero ser responsable por nadie. No te puedo proteger.

A decir verdad, Cathy sabía que no necesitaba su protección, que era una guerrera con el espíritu de una valquiria; era más fuerte y más feroz de lo que jamás había imaginado.

—Pero, aunque te quedes, Cathy, jamás podré estar contigo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Por qué todavía amas a Svana?

La aldea rebosaba de vida alrededor de ellos, pero lo único que oía era a ella.

—No —le respondió.

—¿Me amas a mí? —le preguntó a continuación con la voz apenas audible.

—Sí. —El corazón le latió como una batería contra las costillas.

—Y entonces ¿por qué dices eso?

—Porque tengo el corazón lleno de los fantasmas de aquellos que murieron por mi culpa. Y siempre me recuerdan que fallo a la hora de proteger a mis seres queridos.

Una lágrima le rodó por la mejilla al oírlo.

—Conozco a esos fantasmas, Andor —le dijo—. También hacen eco en mi interior.

Andor asintió con la cabeza.

—Ya lo sé, Cathy. Pero ese no es el motivo principal. Lo más importante es que cuando me miras… ¿puedes decir con total honestidad que es a mí a quien ves? ¿Que es a mí a quien amas? ¿Que quieres estar conmigo y no con el prometido que dejaste en tu época?

Los ojos se le agrandaron y se puso pálida antes de dar un paso hacia atrás y parpadear.

—¿Qué? —la voz le salió ronca.

—¿Te quieres quedar conmigo? ¿O no soy más que la viva imagen del hombre al que de verdad amas? Brad.

Se humedeció los labios mirándolo con intensidad. Y antes de responder, Andor supo que había dado en el clavo.

—No lo sé —respondió.

Andor tragó con dificultad y asintió con la cabeza.

—Eso era lo que pensaba, Cathy. Vivo con mis fantasmas todos los días de mi vida, pero no me quiero convertir en uno para ti.

~

A Cathy se le llenaron los ojos de lágrimas, y el corazón le dolió como si se lo estuvieran atravesando con una aguja.

Andor creía que seguía enamorada de Brad. Y cuando lo miró, no supo si se equivocaba o no. Se veía igual que Brad, pero parecía una versión de él más musculosa y menos bronceada.

Tanto su corazón, como su alma y su cuerpo seguían buscando a Andor, solo a Andor, pero su mente… Estaba confundida. Y dolida.

—Tienes razón —le concedió—. No deberías convertirte en un fantasma, Andor. Pero, para que lo sepas, vas de camino a eso.

Andor frunció el ceño al oírla.

—¿Qué has dicho?

—Te estás convirtiendo en un fantasma. Tu vida es un escape. Lo único que haces es huir aterrado de lo único que en realidad debes hacer.

Se ciñó como una montaña sobre ella, pero sus ojos le mostraron su dolor, la profundidad de su desesperación y la amplitud de su miedo.

—¿Qué debo hacer, Cathy? —le preguntó con la voz baja y ronca.

—Perdónate.

Andor se estremeció y le dio la espalda.

—No sabes de qué hablas.

—Quizás no —le concedió—, pero reconozco a un cobarde cuando lo veo: el espejo me ha mostrado una demasiadas veces. Estás huyendo de nuevo. Y hasta que no te puedas perdonar, jamás tendrás una vida plena. Bueno, una vida y punto.

Andor la miró con el mentón en alto, los ojos oscurecidos y las fosas nasales dilatadas.

—Quizás ese sea exactamente el destino que me merezco.

Cathy tragó con dificultad y negó con la cabeza.

—No lo es, Andor. Pregúntate si las cosas fueran al revés y tú hubieras muerto porque Svana no logró regresar a tiempo… ¿hubieras querido que ella siguiera con su vida o hubieras deseado que viviera de este modo? ¿Paralizada por la culpa y sin ningún motivo para vivir? Si de verdad la amabas, ¿qué hubieras deseado para ella?

Andor hizo una mueca y el rostro le adoptó una máscara de asco y enfado hasta que los ojos le brillaron de dolor.

—Jamás hubiera deseado que viviera una vida paralizada, ella siempre hubiera mantenido su promesa conmigo. Pero yo no la mantuve.

Cathy negó con la cabeza.

—Y aquí estamos. Un fantasma y una viajera en el tiempo que lo ama.

Andor apretó los puños. Cathy miró alrededor.

—Me tengo que ir. Quizás le pueda pedir a Fridstein que me lleve al túmulo.

—Hazlo.

Cathy le sostuvo la mirada por última vez, y sintió dolor en todo el cuerpo de pensar en marcharse. Fue como si le estuvieran arrancando una parte del cuerpo.

—Adiós, Andor —se despidió.

Sin aguardar respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

—Adiós, Cathy —le pareció oírlo decir. Apretó el paso al tiempo que las lágrimas le llenaban los ojos y comenzó a correr antes de terminar regresando a su lado y rogándole que la aceptara de vuelta.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Los Ángeles, 31 de enero de 2019

Las olas rompían contra la orilla. A Cathy el sonido le resultaba familiar y la calmaba; le aliviaba la tensión que sentía en el pecho y le permitía inspirar hondo. El aire era frío y húmedo. Se oían las voces de personas. La luz gris se colaba por entre los párpados cerrados.

¿Dónde estaba? ¿En Inglaterra? No había oído el sonido de las olas en varias semanas.

Con un sobresalto, se sentó y abrió los ojos. De inmediato los entrecerró por la claridad. El sol brillaba en el cielo celeste y se reflejaba contra el océano hasta casi cegarla. Vio las palmeras y reconoció la costa áspera de California con piedras bajas. Algunas personas surfeaban mientras que otras se relajaban en la playa.

Un profundo dolor la recorrió entera, le aplastó el corazón, le robó el aliento y le hizo cerrar los dedos hasta que los puños se le llenaron de arena. Acababa de abandonar a Andor. Fridstein la había llevado al túmulo, y Cathy había escrito las runas sobre la piedra antes de apoyar las manos sobre ella. Y había funcionado.

Ahora se encontraba de regreso, y Andor estaba a cientos de años en el pasado. Ni siquiera existía en ese mundo. Se sintió tan pesada que no logró mover ni un dedo.

Las lágrimas se le acumularon en los ojos y cuando miró alrededor e intentó incorporarse, la cabeza le dio vueltas y el suelo se hundió bajo sus pies. Se enderezó despacio, se llevó el mentón al pecho, cerró los ojos y tomó varias bocanadas de aire profundas.

Cuando la cabeza le dejó de dar vueltas, bajó la mirada. Seguía vestida como una vikinga y tenía la espada colgada de la cadera. Y ahora, ¿qué hacía? Había regresado por Brad, de modo que tenía que ir a verlo y asegurarse de que siguiera vivo y nadie estuviera intentando apagar las máquinas. Si Andor estaba en lo cierto y amaba a Brad y no a él, ¿por qué el pecho le dolía como si una bomba le hubiera explotado dentro y la hubiera hecho añicos?

Caminó por la playa hacia el sendero que conducía hacia la carretera. Debería buscar un caballo y caminar…

Un momento, ¿qué caballo? Caminar sería una locura. Se encontraba de regreso en el mundo moderno, y tenía un coche, por el amor de Dios. Al menos, lo tenía antes de haber viajado al pasado. ¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Su coche seguiría allí o lo habrían robado? ¿Y si se lo había llevado la grúa? ¿Habría gente buscándola o habían asumido que se había ahogado? De cualquier

modo, su coche sería inútil por más que estuviera aparcado allí porque no tenía ni las llaves ni el móvil con ella.

Miró alrededor y vio a varios surfistas que caminaban por el sendero. Quizás uno de ellos la podría llevar, pero primero tenía que hacer algo con la espada y las prendas… Estaba tan acostumbrada a llevar una espada que ahora se sentiría desnuda al quitársela, pero no podía moverse por Los Ángeles con el arma. Por eso, la escondió detrás de unas piedras grandes que había cerca del sendero. Ya de por sí era difícil conseguir que la llevaran en circunstancias normales, pero del modo en que iba vestida, sería imposible. A menos que… Si se quitaba los pantalones…, la túnica de Andor le llegaba hasta la mitad del muslo, que era la longitud de los vestidos que se ponían las mujeres en esa época. Y las botas eran altas y tenían un aspecto rebelde.

Cathy se preguntó a dónde habría ido su vieja persona, la que jamás asumiría que los surfistas locales la ayudarían o la que tomaría consciencia de tener al descubierto las piernas y las curvas. Se encontraba en modo guerrero; tenía un objetivo en mente y no habría ningún obstáculo que pudiera detenerla. Además, ya no se sentía cohibida por su cuerpo. En lugar de eso, se aceptaba como era: alta y fuerte. Hermosa. Hummm, esa era una nueva forma de verse.

Cathy se quitó los pantalones, los usó para envolver la espada y caminó por la colina hacia el estacionamiento. Al llegar, le sorprendió ver que su coche seguía aparcado donde lo había dejado y le dio unas palmaditas al pasarle por delante.

Allí, vio a varios surfistas que guardaban las tablas de surf sobre los coches, y se apresuró hacia ellos. Escaneó al grupo y reconoció a Jason. Por fortuna, no vio a Miranda.

—¡Hola, Jason! —exclamó Cathy apresurándose hacia el grupo.

Jason se dio media vuelta con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cathy? ¿Qué haces aquí?

—Me gusta ese vestido retro—le dijo una chica que jamás había visto en la playa. Si no se equivocaba, sonaba sincera y quizás hasta algo celosa.

—Gracias —le dijo Cathy. Debió de haber sido el primer cumplido que le hacía alguien de ese grupo—. Jason, necesito que me ayudes. Por favor.

Miró a los dos amigos de Jason que se marcharían en el coche con él, pero ninguno dijo nada. Solo la miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? —le preguntó Jason.

—He perdido las llaves de mi coche y el móvil y tengo que ir al hospital a ver a Brad de inmediato. ¿Me puedes llevar, por favor? ¿Lo harías por él?

Jason miró a sus amigos.

—Disculpen, chicos, la llevaré. Si quieren ir a casa con alguien más, seguro que Ollie y Lance los pueden llevar.

La chica que acababa de hacerle el cumplido repuso:

—No, está bien. No me molesta.

Cathy le ofreció una intensa sonrisa. No podía creer que fueran tan abiertos a ayudarla. Algo había cambiado en esa versión de su hogar.

—Gracias, chicos.

Durante el trayecto, Cathy descubrió que era el treinta y uno de enero. Había pasado tres semanas en otra época, que era la misma cantidad de tiempo que había transcurrido mientras se encontraba en la edad de los vikingos. Pero nadie sabía si Brad seguía conectado al soporte vital o no. ¿Y si sus padres lo habían desconectado?

Cuando llegaron, Cathy corrió hacia la habitación de Brad con el corazón latiéndole acelerado en los oídos. Abrió la puerta e inhaló los olores acres a enfermedad y antiséptico. Las máquinas seguían haciendo ruidos, y los padres de Brad se encontraban de pie al lado de la cama, al igual que la doctora Gentzelman. Linda tenía un pañuelo descartable en la mano, que a su vez se apretaba contra la boca mientras las lágrimas le rodaban por el rostro. Eric la tenía envuelta en sus brazos, con el rostro tenso lleno de tristeza. Los dos miraban a Brad, que yacía en la misma posición en la que lo habían dejado.

Le había crecido la barba y se encontraba un poco más pálido y más delgado de lo que recordaba, pero se parecía mucho a Andor. El pensamiento la abrumó tanto que tuvo que aferrarse al pomo de la puerta.

La doctora Gentzelman estudió el portapapeles que llevaba en las manos.

—De acuerdo, la decisión de la corte se ve bien, señores Larsen. Cuando estén listos, lo dejaremos ir…

Cathy se sintió mareada.

—¿Dejarlo ir? —preguntó con la voz ronca.

Todos se volvieron hacia ella. Linda abrió los ojos de par en par, y Eric frunció el ceño.

—Ya está decidido, Cathy —le dijo Linda a través de las lágrimas y con la voz temblorosa—. Ya es hora de hacerlo.

Cathy avanzó hacia Brad con las piernas rígidas. Se sentó en el borde de la cama sin quitarle los ojos de encima.

—¿Tienen la aprobación de la corte?

—Sí.

Cathy negó con la cabeza.

—Yo…

Quería decirles que no se los permitiría, que aún podía despertar y que aún podían luchar por su vida. Que lo necesitaba y que no podía vivir sin él. Sin su positividad y la luz que siempre llevaba a cada sitio. Que echaba de menos su voz, que siempre rebosaba de energía. Que la vida con él era más plena. Más importante. Más alegre. Pero… Eso ya no era cierto.

Lo vio en su piel pálida y en sus ojos, que no se movían bajo las pestañas. Lo oyó en los sonidos de la máquina. No iba a regresar.

La epifanía la aplastó como una ola avasallante en una tormenta y la dejó ciega y sorda. Se le tensó el pecho, se le achicaron los pulmones al tamaño de un puño y sintió como si se estuviera hundiendo, como si se estuviera ahogando en el oleaje.

Tragó varias veces, el pánico la paralizó y por fin inhaló una bocanada de aire y soltó un gimoteo. Todos la miraron preocupados.

—¿Puedo tener un momento a solas con él, por favor? —les pidió con la voz ronca.

—¿No vas a discutir con nosotros? —le preguntó Eric.

A Cathy se le llenaron los ojos de lágrimas y solo logró negar con la cabeza.

—Gracias —le dijo Linda y le apretó el hombro.

Cathy le sujetó la mano y se la apretó.

Cuando la dejaron a solas con Brad, le tomó la mano entre las suyas. Su prometido tenía las manos muy cálidas, como si pudiera responder al contacto. Y Cathy deseaba que lo hiciera con todo su ser. Pero no lo haría. Ahora lo sabía.

Era el hombre que la había amado por como era, el que le había enseñado lo que era la felicidad, con el que pensó que pasaría el resto de su vida…

—Tú y yo —comenzó Cathy— siempre sabemos qué decirnos. Pero durante el último año, yo he sido la única que ha hablado. Si hubiera prestado atención, te habría oído. Tu silencio lo ha dicho todo.

Le apoyó la cabeza en el pecho y oyó el débil latido de su corazón. Le pasó los dedos por la túnica del hospital e inhaló el aroma a sábanas limpias y hospital. Brad ya ni siquiera olía como él mismo.

—Te echo tanto de menos que no puedo respirar. —Tragó el nudo que se le formó en la garganta. El estómago, el pecho y la garganta se le tensaron hasta endurecerse más que una piedra. Los ojos le ardían—. Pero debo dejarte ir —continuó.

El rostro amado y atractivo de Brad no mostró ningún indicio de oírla.

—Estaba buscando tu espíritu en el océano. Creí que quizás lo habías perdido allí y que si lo encontraba podría traértelo de regreso. —Le tomó el rostro entre las manos—. Pero, en cambio, encontré

algo que jamás creí posible. Viajé en el tiempo y conocí a un hombre. Un hombre que se parece mucho a ti. Quizás sea un ancestro tuyo de Noruega o quizás simplemente se trate de una alocada coincidencia. O del destino. —Le acarició el costado del rostro—. Me enamoré de él, Brad. Lo siento. Lamento mucho si sientes que te traicioné. Esa no era mi intención. Solo quería regresar a tu lado y que tú regresaras a mí. Él me ayudó y he regresado gracias a él. Pero la vida por la que creía que estaba luchando se ha ido. Tú ya no estás más aquí y jamás regresarás, ¿no?

Las lágrimas le rodaron por las mejillas, pero las ignoró.

—Todo lo bueno en mi vida ha ocurrido gracias a ti. Eres el único que ha creído en mí; me has dado fortaleza y me has animado. Hasta he viajado en el tiempo gracias a ti. Y conocí a Andor. Si me has ayudado a encontrarlo, te lo agradezco, mi amor. Quizás no debería hablarte de él, pero eres mi mejor amigo y, de algún modo, siento que eres feliz por mí.

Tragó el nudo duro que tenía en la garganta.

—Si me estás observando desde algún sitio, gracias. Haría lo mismo por ti. Y lamento mucho que tuvieras que morir por escogerme a mí y por protegerme. Jamás quise que ocurriera eso. Cielos, cómo desearía que no hubieras tenido ese accidente. Cómo desearía que no me hubieras escogido a mí. Ahora estarías vivo, Brad. Pero no lo estás y tengo que hacer lo imposible y dejarte ir.

Lo estudió con el pecho vacío. Lloró en silencio y le sostuvo la mano. Cuando las lágrimas se le secaron y supo que no podía mantenerlo allí más tiempo, se inclinó contra él y le dio un beso suave en la comisura de los labios, donde no lo rozaba el tubo respiratorio.

—Adiós, mi amor —le susurró.

Se quedó un momento más abrazada a él y luego se incorporó y llamó a Eric y Linda.

—Estoy lista —les dijo.

—De acuerdo, cielo —asintió Linda.

Sus suegros le pasaron los brazos por los hombros, y los tres se quedaron de pie como una familia para despedirse de la persona amada. La doctora Gentzelman los observó hasta que Linda asintió con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

La doctora le quitó el tubo respiratorio de la boca y desconectó las máquinas. Un silencio ensordecedor reinó en la habitación. Linda lloró sin emitir sonido. Cathy miró a Brad y saboreó cada momento intentando grabarse su rostro en la memoria para siempre.

Al cabo de un tiempo, minutos u horas, la doctora Gentzelman le sintió el pulso y le oyó el corazón.

—Hora de muerte: 4:28 p.m. Lamento mucho su pérdida.

A pesar de que una parte de Cathy se marchó para siempre con Brad, una fuerza y confianza la llevaron a enderezar los hombros y sacar el pecho.

Esa otra parte era Brad.

CAPÍTULO

VEINTISIETE

Northumbria vikinga, 14 de febrero de 878 d. C.

—Aquí está. —Andor jaló de las riendas para detener al caballo.

Fridstein se detuvo al lado de él.

—Parece una granja rica y buena. ¿No los has visto en dos inviernos?

El aire estaba húmedo y fresco, y Andor sintió un agradable cansancio en el cuerpo luego de cabalgar todo el día. Cerró los puños antes de responder.

—No.

Debajo de ellos, se extendía un valle inclinado rodeado de un bosque en un lado y de colinas oscuras en el otro. En la cima de la montaña, había una granja enorme con cinco edificaciones que incluían una casa, un establo, dos edificios de almacenaje y un taller de herrería y carpintería. El viento susurraba a través de las ramas de los árboles, pero más allá de eso, en la granja reinaba el silencio.

Como Ubba le había concedido esas tierras, Andor sabía que la granja ya se encontraba allí y contaba con unas edificaciones listas para habitar y trabajar. Le había entregado las tierras a Harek y Nanna, los padres de Svana, que se habían mudado con la hermana de Svana, Ilmr, su marido y sus hijos. Ahora tenían varios criados y esclavos que vivían en otros edificios. Era una buena parcela de tierra, rica para comenzar una nueva vida. A juzgar por el estado de las edificaciones, los techos y las paredes, les estaba yendo bien.

Andor enviaba a un criado de confianza a menudo con plata y tesoros de sus conquistas. Era como si estuviera pagando el precio de haber fallado y no poder perdonarse. Pero ni la plata ni el oro le podían comprar ese perdón. Cathy tenía razón. Había oído su voz, las últimas palabras que le había dicho, todos los días desde que se había marchado. «¿Hubieras querido que ella siguiera con su vida o hubieras deseado que viviera de este modo? ¿Paralizada por la culpa y sin ningún motivo para vivir?».

Con la ausencia de Cathy, era como si el aire hubiera dejado de nutrirle los pulmones, como si el sol se hubiera puesto y jamás fuera a salir otra vez. Como si Ragnarok, el final de la guerra, se encontrara cerca.

Y ahora había ido allí a… Bueno, en realidad no lo sabía. Sabía que no podía vivir un día más sin ver a los padres de Svana. Había llevado plata como excusa para verlos, y Fridstein había insistido en acompañarlo.

Andor necesitaba ver a los padres de la hija que había muerto por su culpa a los ojos porque jamás lo había hecho luego de su muerte. Había evitado mirarlos. Había huido de ellos y había comprado su perdón con esas tierras y los tesoros que les enviaba. Pero desde que Cathy se había marchado, sus palabras lo habían acechado, y la puerta que había cerrado había comenzado a entreabrirse. Necesitaba mirarlos a los ojos y decirles que lo sentía.

—Vamos —dijo Andor y espoleó al caballo para cabalgar hacia los edificios.

Antes de llegar, la puerta de la casa comunal se abrió y Harek salió con los ojos abiertos de par en par.

—Andor, hijo —lo saludó.

Harek era un hombre corpulento, con el cabello aún oscuro, aunque comenzaba a exhibir algunos mechones grises en la sien.

—Harek. —Andor lo miró, pero no soportó sostenerle la mirada mucho tiempo. Se bajó del caballo de un salto y se paró como una estatua sin poder acercarse un paso.

—Entra —lo invitó Harek señalando la puerta de la casa—. Tú también, Fridstein. La cerveza ya debe estar lista.

Andor asintió en agradecimiento y amarró los caballos al bebedero.

En el interior, estaban reunidos todos los habitantes de la granja. Nanna e Ilmr bordaban mientras los criados cocinaban y cuidaban a los niños. Las dos mujeres se dejaron de mover al ver a Andor.

—Andor —lo saludó Nanna, y el rostro se le arrugó antes de que rompiera a llorar. Ilmr la abrazó y le frotó el hombro.

A Andor se le tensó tanto el mentón que creyó que se le quebraría. Los fantasmas ya no se encontraban más tras una puerta cerrada. Por el contrario, los tenía delante de sus ojos, en carne y hueso.

—Yo… —comenzó—, no debería haber venido. —Se dio la vuelta para salir de la casa, pero Harek lo siguió.

—No, no. Ella… No te ha visto hace mucho. No te vayas.

A Andor se le tensó el rostro. Se volvió hacia Harek, pero no pudo mirarlo a los ojos.

—No molestaré a tu familia.

—Somos tu familia también.

A Andor se le curvaron los labios tensos como una soga.

—La familia que he arruinado.

El silencio pendió entre ellos porque había dicho lo que había ido a decir. Había dado el paso y sabía que no podía huir más. Lo único que podía hacer era quedarse y enfrentarse a los fantasmas.

Con el pecho duro y frío como una jaula de hierro, como congelado de pies a cabeza, alzó la mirada hacia Harek y lo vio a los ojos por primera vez desde la muerte de Svana. Estaba listo para el

castigo. Para que lo juzgara. Para lo que sea que le quisiera hacer a su yerno.

Pero lo que vio en sus ojos fue a Svana. No se había dado cuenta hasta ese momento lo similar que eran sus ojos a los de su padre. Y, al igual que en los de Svana, no vio odio, ni resentimiento, ni culpa. Solo amor.

—No has arruinado a tu familia, Andor —le dijo Harek—. Ella no murió por tu culpa. Murió por culpa del *jarl* Elgr. Y la has vengado.

Andor tragó con dificultad.

—¿Sabías que le prometí que regresaría antes? Si hubiera mantenido mi promesa, seguiría viva. ¿Lo sabías, Harek? ¿Aún crees que soy parte de tu familia?

A Harek se le endurecieron los ojos y se le nublaron de dolor.

—No lo sabía. ¿Por qué…? ¿Por qué no regresaste a tiempo?

A Andor le temblaron los brazos.

—Porque Ubba me pidió que le llevara la biblia enjoyada que le serviría como punto de negociación. El *jarl* Elgr atacó porque sabía que regresaría con barcos pesados, llenos de plata y tesoros luego de entregarle el libro a Ubba. Si no me hubiera quedado, si no me hubiera vuelto famoso, si no hubiera escogido el orgullo por sobre tu hija, ella seguiría viva. Así que, como ves, no debes culpar al *jarl* Elgr, sino a mí.

Y luego supo que recibiría su castigo. O lo recibía o tendría que perdonarse. Y no podía perdonarse. Cathy tenía razón. Desenvainó la espada y se la entregó a Harek por el asa. Harek la miró con el ceño fruncido.

—Véngate, Harek —le pidió—. Véngate porque no puedo vivir así. No hay un solo día que pase sin que la eche de menos. He venido con la excusa de traerte plata. —Le entregó un costal lleno de monedas y joyas—. Pero lo cierto es que quería enfrentarte y decirte la verdad. Así que o me castigas o me perdonas.

A Harek se le transformó el rostro con una mueca de dolor y furia. Tomó la espada que le entregó y la sostuvo con la respiración agitada. Luego alzó la punta hasta el cuello de Andor y se la clavó contra la piel.

Andor se limitó a quedarse de pie sin apartar la mirada. La puerta en su interior se abrió de par en par, y los fantasmas se liberaron. Habían estado tronando en su interior, desgarrándole el alma, gritándole al oído y desgarrándole la garganta para que los liberara con un aullido.

Harek bajó la espada con el rostro transformado.

—¿Por eso nos has entregado esta granja y nos envías plata? ¿Es porque te sientes culpable y no porque nos quieres apoyar?

Andor no pudo decir nada; tenía la garganta y la boca duras como una piedra. Harek soltó la espada, que cayó con un estrépito

al suelo.

—Tienes razón, Andor. Deberías haberla escogido a ella. Deberías haber regresado a casa antes. Y, si lo hubieras hecho, quizás seguiría viva.

Las palabras lo azotaron como un látigo. Andor cerró los ojos. Sentía tanto dolor que comenzó a sudar.

—Pero te perdono, hijo —continuó Harek—. Es lo que ella habría querido. Jamás habría querido que vivieras con culpa toda tu vida. Habría deseado que te vengaras de sus asesinos, y lo has hecho. Pero luego habría deseado que vivieras una vida plena. Que reconstruyeras tu hogar. Que encontraras una mujer con la que ser feliz. Y que jamás volvieras a cometer el mismo error.

Andor sintió como si una lluvia aliviadora le cayera sobre la piel ardiente y le apagara un incendio. Se calmó tanto que los fantasmas en su interior se acallaron.

—Tú también deberías perdonarte —continuó Harek.

Andor lo miró con los ojos crudos.

—No sabes lo que significa oír esas palabras, Harek.

A Harek se le llenaron los ojos de lágrimas y le apretó el hombro.

—Ven adentro, hijo. Come con nosotros. Bebamos cerveza e hidromiel y recordemos a Svana. Y ya deja de enviarnos tesoros. No nos debes nada.

Andor asintió con la cabeza y siguió a Harek al interior. Por primera vez desde la muerte de Svana, la puerta se abrió, los fantasmas guardaron silencio y sintió paz.

Y ahora que había logrado la paz, lo embargó una necesidad por Cathy que se le asentó en el fondo del estómago. Le dolían las manos de las ganas de tocarla, de tenerla a su lado y de saber que sería suya para siempre. Sabía que Cathy había estado en lo cierto. Svana no habría deseado que sufriera. Por el contrario, hubiera querido que fuera feliz. Svana sabía que con Cathy podría encontrar la paz.

Pero una vez más, era demasiado tarde. Porque Cathy se había marchado para siempre.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Sonada Beach, Los Ángeles, 14 de febrero de 2019

En la playa reinaba el silencio bajo el frío sol de invierno; solo se oían las olas que rompían contra la arena y los graznidos de las gaviotas. Cathy estimaba que se habían reunido alrededor de cien personas para el funeral. Nadie iba vestido de negro; ella les había pedido que se pusieran un atuendo para la playa. Brad hubiera querido eso.

Los surfistas, incluida Cathy, se habían puesto sus trajes de neopreno. El traje de color rosa intenso que le había regalado Brad se encontraba en Wessex, a varios siglos de distancia. Si había sobrevivido hasta entonces, les habría dado a los arqueólogos todo un acertijo. Pero había comprado uno igual al que le había regalado Brad. Creyó que a Brad le hubiera gustado tener colores y alegría y que hubiera deseado que todos se sintieran agradecidos de tener vida y salud y de que se encontraran allí, aunque él no estuviera más con ellos.

Cathy sostuvo la urna con las cenizas en las manos y miró alrededor. Eric y Linda, sus propios padres, su hermana, Miranda, Jason y el resto de los surfistas locales… Habían ido muchos amigos de Brad, así como también colegas de surf y atletas con los que se había enfrentado en diferentes competiciones por todo el mundo. Todos habían ido a despedirse. Mientras Cathy los miraba, se llenó de gratitud y amor, así como también de tristeza y un vacío doloroso.

Tras la muerte de Brad, Cathy se había mantenido ocupada con los preparativos del funeral, y esa actividad la había distraído del dolor intenso y latente que llevaba en el corazón. Ahora entendía por qué Andor había huido. Cathy estaba contenta de poder distraerse y no echarlo tanto de menos. De no lidiar con haberlo perdido.

Cathy acarició la hermosa urna de madera con los dedos.

—Comencemos —dijo lo más alto que pudo—. Gracias por haber venido. Hoy es el día de San Valentín, el día del amor. Es el día perfecto para despedirme del hombre que me enseñó lo que es el amor verdadero y que siguió a su corazón todos los días de su vida.

La última palabra hizo que se estremeciera, pero estaba determinada a no llorar. Ya se había despedido de Brad, y eso había sido entre ella y él. Ahora estaba lista como su pareja y amiga para ayudar a las otras personas que lo querían a honrar su recuerdo. También sabía que a Brad le hubiera encantado descansar en el mar más que en cualquier otro sitio.

—Brad Larsen era un ser humano extraordinario —continuó—. Era el sueño de cualquier mujer. —Sonrió y miró a las mujeres en la

multitud—. Vamos, chicas, es cierto. —Muchas se rieron con los ojos llenos de tristeza—. Pero era mío. Me escogió a mí. Me amó. Al principio, no supe por qué y busqué un defecto, algo que pudiera salir mal. Pero la verdad era que él me amaba por cómo era. Y estoy segura de que todos sintieron algo similar en su presencia: se habrán sentido apreciados por ser tal y como son. Por eso tenía tantos amigos: porque la gente disfrutaba de su compañía y porque su afecto era incondicional. Si Brad hubiera querido dejar un legado, habría sido que todos estuvieran felices consigo mismos.

Cathy tragó con dificultad y miró a los ojos de todos los presentes.

—Vivan sus vidas aceptándose como son. Ámense: con lo bueno, lo malo y lo feo. Creo que el mundo se ha vuelto un sitio más opaco sin Brad. Pero si todos nos acercamos tan solo un paso hacia quienes somos en realidad, se iluminaría un poco más.

Sonrió y vio que la gente le devolvía la sonrisa y asentía con la cabeza. Encontró la mirada de su madre y vio que estaba llorando. Miranda también lloraba, y Jason tenía una sonrisa llena de tristeza en el rostro. Cathy decidió que viviría su vida como una chica alta de California, con una gran estructura ósea. Se amaba tal y como era.

—Me he aferrado a Brad durante el último año —prosiguió—. No podía seguir adelante sin él. Pero al final aprendí la lección que Brad me quiso enseñar: he aprendido a quererme y por fin estoy lista para dejarlo ir.

Se volvió hacia el océano y tomó la tabla de surf. Caminó hacia las olas y saltó algunas que la alzaban. Luego, se recostó sobre la tabla y comenzó a remar mar adentro para asegurarse de que Brad se quedara en el océano y que el viento se lo llevara con las olas. Abrió la urna y la sostuvo por encima del agua.

—Hasta que nos volvamos a ver, mi amor —susurró y volteó la urna.

Las cenizas flotaron en el aire unos instantes, y el viento se las llevó lejos y las soltó sobre el mar donde se disolvieron y se mezclaron con las aguas del océano. Cathy observó las últimas cenizas regresar al mundo natural que Brad había amado y, por primera vez desde el accidente, sintió su presencia. Quizás se debía al viento, o al agua que salpicaba contra la tabla de surf, pero le pareció oír entre susurros «gracias» y «te amo».

Sonrió alegre y sintió que el viento le besaba la mejilla y jugaba con un mechón de su cabello. Se quedó allí unos minutos disfrutando la paz y la tranquilidad, así como también el suave mecer de las olas y la brisa. Cuando se dio la vuelta para regresar a la orilla, vio a una anciana sobre una tabla de surf al lado de ella.

Cathy se sobresaltó y casi se cae de la tabla.

—¡Ay, por Dios! —Se llevó la mano al corazón, que le latía desbocado contra el pecho—. Me has asustado.

—Hola, querida —la saludó la norna—. Disculpa, no quería interrumpir tu momento con Brad. —Estiró la cabeza y le ofreció una dulce sonrisa maternal—. Lo has hecho muy bien. Has hecho lo correcto.

Cathy estudió a la mujer.

—Me has hecho viajar en el tiempo —le dijo Cathy—. Eres el motivo por el que tuve esa aventura descabellada. Eres el motivo por el que aprendí a blandir una espada y tuve que atravesar varias situaciones cercanas a la muerte. Por ti, conocí a Andor. —Se aferró a los bordes húmedos y fríos de la tabla—. El hombre que amo.

La norna soltó un suspiro, y una comisura de la boca se le curvó.

—¿El hombre que amas?

Cathy asintió con la cabeza.

—Sí, el hombre que amo.

—¿Qué te parece eso? ¿Qué te he dicho? Sabía que estaban hechos el uno para el otro.

—¿Es cierto eso?

—La pregunta es qué vas a hacer al respecto. —Se inclinó un poco hacia adelante—. ¿Estás lista para seguir a tu corazón?

Fue como si la hubiera golpeado en el pecho con un tronco. Cathy se quedó sin aliento y no pudo moverse. Cerró los ojos para reunir todas sus fuerzas y considerar la pregunta durante unos instantes.

—¿Quieres decir que me puedes enviar de regreso? —le preguntó tras abrir los ojos, pero se encontraba sola en el océano.

Cuando regresó a la playa, sus padres se le acercaron con lágrimas en los ojos. Su hermana, por su parte, se tomaba selfis para compartir con sus seguidores en Instagram.

—Cariño, lo que has dicho de aceptarse a uno mismo ha sido muy hermoso —le dijo su madre—. Me has conmovido. Y te felicito por haber perdido tanto peso.

Su padre la abrazó y le quiso decir algo, pero el teléfono le sonó y lo recogió antes de darse vuelta.

—Mamá, no perdí peso a propósito. Ha sido por todo… —se interrumpió antes de contarle el hambre que había pasado viajando en pleno invierno en la época medieval mientras entrenaba con una espada—… el cansancio y el estrés del funeral y de arreglar las cosas de Brad. Te aseguro que no me importa mi peso.

—Bueno, siempre has dicho eso, pero…

—Pero ahora lo digo en serio. Y tú deberías ganar peso, mamá. Te verías preciosa con cualquier tamaño.

Su madre abrió la boca y estaba a punto de decir algo, pero Miranda se acercó, y Cathy se disculpó.

—Oye, Cathy, gracias por esta hermosa ceremonia y por organizar el funeral —le dijo Miranda—. No podría haber sido mejor.

Cathy sonrió, y las dos se volvieron hacia el océano donde había surfistas profesionales de todas partes del mundo disfrutando las olas con Brad.

—Vaya, míralos —dijo Cathy admirando la habilidad de los atletas. Todos llevaban puestos trajes de neopreno de diferentes colores y tablas de surf coloridas—. Jamás se vio tanto talento en esta playa.

Miranda tragó con dificultad.

—Tienes razón. Es cierto. Solo Brad y nosotros, pero en comparación con él somos surfistas aficionados. Ojalá pudiéramos ver más talentos como ese. Podemos aprender mucho de ellos.

Cathy miró a Miranda.

—Pueden dejar de acaparar la playa y permitir que otros surfeen aquí.

Miranda se clavó la mirada en los pies y luego la alzó hacia Cathy.

—Tienes razón. De hecho, ya lo hemos hecho. En recuerdo de Brad. Si no lo hubiéramos echado, estaría vivo.

Cathy sacudió la cabeza y le sujetó el hombro a Miranda.

—No te eches la culpa de eso. Lamento haberte hecho creer que tenías las culpa. No tuviste la intención de que se accidentara.

—Aun así, la playa no nos pertenece a nosotros. Todos deberían disfrutarla y mejorar sus habilidades de surfistas en una playa segura. Quizás veamos más de eso. —Con la mano, señaló hacia los surfistas.

Cathy le sonrió.

—Es una idea excelente.

—Gracias —le dijo y tomó la mano de Cathy entre las suyas—. Lamento mucho tu pérdida.

—Gracias, Miranda.

—Iré a sumarme a los campeones mundiales. —Con una risita, tomó la tabla de surf y echó a correr hacia las olas.

Cathy soltó un suspiro al tiempo que una sonrisa le asomaba al rostro. Pero tras pasar un minuto a solas, el pecho comenzó a palpitarle una vez más al recordar a Andor.

Ahora que todo estaba hecho, Brad se había marchado, la playa estaba libre y no necesitaba la aprobación de nadie más que la suya propia… ¿Ahora qué? Cathy se abrazó y alzó el rostro hacia la fría luz solar. ¿Ahora qué? Ahora quería estar con Andor. Más aún, quería recoger una espada y emprender una aventura descabellada con él. O simplemente hacerle el amor en el medio del bosque en pleno invierno. Quería regresar a la época medieval. Al hombre que amaba.

Considerando que todo estaba hecho y que había cumplido con su trabajo, sabía con cada célula de su ser que no era la imagen de Brad lo que amaba de Andor. Era al hombre mismo: grosero, arrogante, valiente, fuerte, sarcástico… Andor jamás le daba su aprobación a menos que se la hubiera ganado.

Era el hombre que le había enseñado a buscar la propia aprobación en su interior. Le había enseñado a ser una guerrera. Pero lo había dejado. Y él a ella también. No quería estar con ella, pero eso era porque creía que amaba a Brad y no a él. ¡Pero no era cierto! ¿Y si le dijera que en realidad lo amaba a él y que él era el hombre para ella? Que él era el hombre por el que había viajado cientos de años. El hombre al que aguardaría de buena gana hasta que superara la muerte de Svana. ¿Le daría una oportunidad entonces?

Tenía que intentarlo. Si había la más mínima posibilidad, tenía que aprovecharla, de lo contrario se arrepentiría el resto de la vida.

Pero ¿cómo haría para regresar? ¿Podría dibujar esas runas en una piedra y viajar en el tiempo? Todavía recordaba las runas. ¡Tenía que ir a Inglaterra, a York, y encontrar ese túmulo!

El corazón se le aceleró en el pecho y echó a correr hacia el sendero alejándose de la playa.

—¡Cathy! —gritó su madre—. ¿A dónde vas?

—A donde pertenezco.

CAPÍTULO

VEINTINUEVE

Hvaldalen, Noruega, 7 de mayo de 878 d. C.

Andor bajó el hacha contra el tronco desnudo que yacía sobre los caballetes y repitió el movimiento sin cesar hasta que los músculos de los hombros y la espalda le cantaron de alegría. Disfrutó sentir la calidez de la luz solar sobre la piel del torso desnudo, al tiempo que una brisa lo refrescaba y le secaba el sudor. Hacía un tiempo perfecto para construir. A su alrededor, había docenas de hombres cortando madera con hachas o martilleando, soltando gruñidos de dolor o gritando para coordinar el movimiento de tablas de madera alargadas que apoyarían sobre la tierra o alzarían para que sirvieran de vigas para el techo.

El nuevo gran salón se encontraba en plena construcción. El marco de madera se encontraba erguido, y los hombres trabajaban duro para construir la primera pared. Construir el salón del *jarl* era importante para la gente de Hvaldalen porque era el símbolo de un nuevo comienzo para todos.

Luego de que Andor regresó a Jorvik de la visita a Harek y Nanna, supo que quería regresar a Hvaldalen. Estaba listo para eso. El perdón que había encontrado en la granja le había hecho comprender que debía construir su hogar para saldar la deuda con Svana y las otras víctimas de la matanza. Eso era lo que habrían deseado. No que le diera la espalda a la tragedia y huyera de las consecuencias con el rabo entre las piernas, sino que se quedara a enfrentar su responsabilidad y aceptar la muerte de sus seres amados. Para comenzar de cero. Sabía que los muertos de la aldea los esperarían a él y al resto en el Valhalla, el salón de los asesinados de Odín, y en Fólkvangr, los campos de Freyja para los muertos.

Cuando regresó a Jorvik, llamó a todos los habitantes de Hvaldalen que ahora vivían allí para que regresaran a casa si así lo deseaban y les explicó que iba a reconstruir su hogar. Muchos habían escogido quedarse porque ya tenían vidas construidas en Jorvik, pero muchos otros se le habían unido. Sin dudas, la plata y los tesoros que había conseguido en todos los ataques de los que había participado lo ayudaban. Gracias a esas riquezas, pudo

contratar constructores para que fueran a reconstruir la aldea lo más rápido posible.

Para agradecerle a su gente por la lealtad y la paciencia, lo primero que hizo cuando llegaron fue levantar otra piedra con una runa por los caídos, justo al lado de la de Svana.

Sin embargo, la alegría de ver su hogar irguiéndose nuevamente no podía ser plena sin la única persona con la que quería compartirlo: Cathy.

Andor le echó un vistazo a Fridstein, que trabajaba en la casa junto con su esposa, y observaba con tensión en el pecho que provenía de la alegría de verlos juntos y, si era sincero, de los celos. La vista le recordó tanto a la pérdida de Svana como a la de Cathy, y todo el cuerpo le dolió a causa de los recuerdos. Por lo general, hubiera huido de ellos; hubiera buscado una distracción. Pero en ese momento, cerró los ojos y los aceptó porque en ese dolor también había amor y alegría de pensar en las dos.

Al menos Cathy debía de sentirse bien y segura en su época. Andor se había asegurado de eso. Había seguido a Cathy y Fridstein sin perder el tiempo, pero a una distancia razonable como para que no repararan en él. Cuando vio a Cathy tocando la piedra y desapareciendo, el mundo se le hizo añicos; se le estremeció y desmoronó como una piedra bajo el martillo de Thor. El vientre se le retorció hasta que le dolió, y el dolor le rugió por dentro.

Sorprendiendo a Fridstein, que lo había observado todo con los ojos como platos, había caminado hasta la piedra. Andor la había inspeccionado para ver los restos de las runas escritas con carbón que se disolvían en la piedra hasta desaparecer.

Bueno, de algún modo debía haber sido lo mejor. Él le había pedido que se marchara. Aunque ahora daría lo que fuera por verla nuevamente, por tocarla y oír su voz. Pero eso era imposible, y tenía que aprender a vivir sin ella. Su gente lo necesitaba. Tenía que vivir por ellos ahora.

—Mira, un barco. —Fridstein se detuvo al lado de él y señaló el fiordo.

Andor se enderezó con el hacha en la mano y se cubrió los ojos con la otra mano para protegerlos del sol. En efecto, vio un barco vikingo que se abría paso entre la superficie espejada del agua del fiordo con remos que subían y bajaban.

—Parece un barco comerciante —señaló Andor.

—¿Traerán más madera?

—No, ya tenemos toda la madera que necesitamos de momento.

—Será mejor que les advirtamos a los hombres entonces —dijo Fridstein—. Ningún comerciante nuevo vendría aquí con la esperanza de establecer una relación de negocios. No mientras todos en

Noruega creen que la aldea sigue vacía. No se podrían haber enterado de la reconstrucción tan rápido.

—Diles a los hombres que tomen las espadas. Ya veremos.

Mientras Fridstein llamaba a los hombres, Andor extrajo la espada y recorrió el sendero hacia el embarcadero de madera. Los sonidos de la construcción se detuvieron al tiempo que algunos hombres lo seguían y otros se quedaban en sus sitios sosteniendo armas en las manos. Fridstein caminaba a su lado.

Se quedaron de pie sobre el embarcadero y observaron cómo se acercaba el barco. Cuando se encontró lo bastante cerca como para distinguir a las personas a bordo, Andor pensó que lo habían cegado. Entre los tonos marrones y grises de las pieles que llevaban los hombres sobre los hombros, entre el amarillo pálido de las túnicas de lino, vio un cabello largo y dorado que flotaba en el viento. Luego vio la silueta alta vestida con una costosa cota de malla y un escudo en la mano. ¿Sería una guerrera? Tenía el cabello y la altura de Cathy.

—¿Ves eso, Fridstein? —le preguntó Andor.

—Sí —repuso Fridstein y el murmullo de sorpresa que se alzó entre los hombres confirmó la inusual imagen—. ¡Es una mujer!

A Andor le cosquilleó toda la piel. Sintió los ojos de Fridstein sobre él, pero no se atrevió a despegar la mirada del barco por temor a que la hermosa mujer desapareciera. ¿Podría tratarse de Cathy? ¿O se estaba volviendo loco de tanto echarla de menos? Apretó los puños y luego cerró uno alrededor de la espada.

—¿No se puede mover más lento ese barco? —masculló.

Tenía el estómago tan tenso que podría haber experimentado un espasmo, y el corazón le latía tan fuerte que lo único que oía era el martilleo. Los instantes se convirtieron en una eternidad, y Andor llegó a considerar tomar un bote de pesca para remar hacia el barco y ponerle fin al sufrimiento. Y luego la silueta alzó la cabeza y lo saludó con las manos.

—Una valquiria —murmuró Fridstein anonadado.

Andor no podía ver el rostro, pero alzó una mano en respuesta con el corazón rebosando de esperanza. Ya no les temía a los fantasmas, pero le temía a la esperanza. Si eso resultaba ser una broma de los dioses, no estaba seguro de cómo haría para recuperarse.

El barco se acercó aún más.

—Andor —oyó—. ¡Andor!

Era Cathy. Pero no lo creería hasta que no le viera el rostro.

De repente lo vio. Una sonrisa de oreja a oreja, destellantes ojos grises, mejillas sonrosadas y esos labios carnosos que había anhelado besar desde el primer momento en que los vio. Era el rostro hermoso y atesorado de la mujer que amaba.

—¡Andor! —volvió a gritar mientras saltaba una y otra vez.

—¿Es Cathy? —preguntó Fridstein.

Andor no respondió. Avanzó a grandes zancadas hasta el final del muelle, impaciente por ver anclar al barco. No veía a nadie más, a pesar de que el navío iba lleno. Ella era lo único en lo que se podía concentrar.

Por fin, el barco llegó, y sus hombres tomaron las cuerdas y lo anclaron, pero Cathy no aguardó hasta que estuviera amarrado. Se bajó de un salto y aterrizó directo en sus brazos.

Andor la atrapó, dio un paso atrás por el impacto de sostenerla con toda la armadura y se hundió en su aroma a sol, mar y esa nota tan particular de ella. La tenía en sus brazos, la sentía fuerte, cálida y sedosa.

—Andor —le susurró al oído calentándole la piel.

Andor se la aplastó contra el cuerpo con temor a que, si la soltaba, huiría otra vez y se disolvería en el aire. Luego, Cathy se inclinó hacia atrás y se miraron a los ojos.

—De verdad eres tú —le dijo.

—De verdad soy yo. Te encontré —le confirmó Cathy.

Se hundió en sus hermosos ojos intensos y destellantes como las aguas del océano en el verano. Y luego la besó. La besó como si no pudiera hacer otra cosa, como si no pudiera respirar otra bocanada de aire, como si el corazón no pudiera continuar latiendo si no lo hacía.

El beso fue suave y voraz a la vez. La suavidad de esos labios, la lengua aterciopelada y el sabor de su boca… Cathy gimió al tiempo que Andor le enterraba los dedos en el cabello con una mano y la apretaba contra él con la otra.

Cathy se volvió a echar hacia atrás y lo miró con los ojos brillantes.

—Está bien —susurró—. Iré al punto. —Se detuvo—. Te amo, Andor. He venido a decirte que te amo. No amo a Brad, ni a ningún fantasma. Te amo a ti.

El estómago se le tensó. El mundo se tornó más brillante, soleado e intenso. Las palabras de Cathy le resonaron en el interior y en cada hueso y músculo del cuerpo.

—Si todavía quieres que me marche, lo haré —continuó—. Si no estás listo, lo entiendo. Pero he dejado ir a Brad. Tuvimos un funeral y supe que hubiera querido que te encontrara. Por eso he venido. Para encontrarte. Para quedarme contigo para siempre. Si me aceptas.

A Andor se le llenó el pecho de alegría; cada palabra que dijo le resultó como un bálsamo sanador, como el agua que salpica para quitar el polvo y el abandono del alma.

—Dime algo —le pidió mirándolo con ansiedad—. ¿Quieres que me marche?

A Andor le costó respirar. ¿Estaba listo para eso? ¿Para aceptar su amor? ¿Para compartir la felicidad de una vida?

Cathy frunció el ceño y lo miró al rostro.

—Estás muy callado. ¿Debería interpretarlo como un no? —Dio un paso hacia atrás y se apartó de sus brazos—. Bueno, me marcharé.

No la dejaría ir ni siquiera por un momento, aunque Odín viniera y le pusiera el Valhalla a los pies. Ahora sí podía dar un paso hacia el futuro que tanto había anhelado y se merecía. La tomó de la mano y la jaló hacia sus brazos para apretársela contra el cuerpo.

—Ni se te ocurra moverte —le advirtió, y la sonrisa de Cathy le hizo sentir calidez en todas las venas.

—¿No quieres que me marche?

—No.

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

Cathy se humedeció los labios al tiempo que una sonrisa juguetona le asomaba a ellos.

—¿Me amas?

Andor apretó los labios para ocultar una sonrisa. Cathy le miró los labios como si estuviera embelesada y se los acarició con suavidad.

—Estás sonriendo.

El roce le produjo un cosquilleo en la piel y dejó de resistirse.

—Te amo, Cathy.

Cathy soltó una carcajada de alegría.

—He sido tuyo desde Wessex, desde que te vi con esa armadura de color rosado —le confesó. —Cathy se rio y le dio una palmadita en el pecho—. Sé mi esposa. Necesito una mujer a mi lado para que me ayude a reconstruir nuestro hogar.

Cualquier indicio de humor se le desvaneció del rostro.

—¿Ese es el único motivo por el que quieres casarte conmigo?

Andor se rio.

—Sí.

Le volvió a dar una palmadita, pero en esta ocasión más fuerte.

—¿No te va a dar miedo dejarme aquí sola?

—¿Has traído ese extraño traje rosado? Todos los enemigos huirán de solo verlo.

Cathy se rio, y Andor se unió a ella.

—Pero, con toda honestidad —continuó—, no tengo miedo de dejarte sin protección. Serás una gran guerrera, y te ayudaré a entrenar. Y sé que mi vida estará en buenas manos contigo.

Cathy lo besó y le hizo sentir felicidad en las venas.

—Seré tu esposa —le dijo—, pero solo si vuelves a intentar practicar yoga.

Una ancha sonrisa se le expandió en los labios y la felicidad lo llenó como una jarra de hidromiel. Le dijo:

—Ver tu trasero mecerse en el aire cada mañana es la única condición por la que aceptaré nuestro matrimonio.

Selló el trato con un beso que lo hizo desear consumar el matrimonio en ese mismo sitio.

EPÍLOGO

Hvaldalen, 15 de septiembre de 878 d. C.

—Ahora giramos hacia adentro —le instruyó la voz más dulce del mundo— y respiramos por el tercer ojo.

Andor inhaló profundo a través del punto de luz pura que se imaginó entre las cejas, y el cuerpo se le llenó de luz solar que le llegó hasta cada esquina de su ser, cada músculo, cada vaso sanguíneo y cada nervio.

Tenía las manos y los pies apoyados en el suelo mientras intentaba mantener las piernas y la espalda derechas. Era un ejercicio agonizante. Estaba estirado hasta el límite, pero se sentía bien. El dolor era saludable y hasta agradable. Solo había una cosa que podría mejorar ese momento.

Abrió los ojos y alzó la mirada al punto en el aire donde flotaba el trasero más redondeado de Midgard. Podía ver su hermoso rostro dado vuelta entre las piernas largas y derechas; tenía los ojos cerrados. La vista le llevó a la mente los recuerdos más placenteros. La noche anterior, había sostenido ese trasero en sus manos mientras Cathy le montaba el miembro con los ojos cerrados de pura dicha. Olvidándose del dolor en las pantorrillas, sonrió. La tensión se desvaneció, y las piernas se le estiraron aún más.

—Respira —le dijo su esposa y lo miró fijo—. ¡Andor!

—Estoy lidiando con el malestar como mejor puedo. Al parecer, la imagen de tu trasero es la mejor cura.

A sus espaldas, tres hombres y cinco mujeres que ejercitaban con ellos se rieron. Cathy tuvo que reprimir una sonrisa.

—Tienes que respirar —lo regañó.

Andor alzó y bajó las cejas.

—Me gusta más hacerlo a mi manera.

Cathy puso los ojos en blanco, pero Andor supo que le había arrancado una sonrisa, y eso le iluminó el día.

Inspiró una bocanada del aire dulce de la montaña en la mañana de casi otoño y sintió el aroma a leña recién cortada que provenía de la aldea debajo de ellos. Cathy hacía una rutina de yoga cada mañana. Y Andor había comenzado a ir con ella, lo que había llevado a que otras personas curiosas lo intentaran también. Cathy alentaba a cualquiera que quisiera participar. La vista desde allí era espectacular: el fiordo hacía una curva hacia las montañas y debajo

se veía la aldea recién construida. El gran salón estaba terminado, al igual que varias casas más, el granero, las edificaciones de almacenamiento, la herrería, la carpintería y otras edificaciones necesarias para sobrevivir al invierno en Hvaldalen.

Ese día era el festival de la cosecha. Habían ido invitados a Hvaldalen a celebrar la reconstrucción de la aldea. También se encontraban presentes los amigos y aliados de Andor de Noruega y de la parte vikinga de Bretland, incluyendo a los padres de Svana entre los invitados más importantes.

Cathy continuó con su rutina de saludo al sol, que a Andor le hacía sentir una conexión con su yo interno que había llegado a valorar. En su interior ya no residía ningún fantasma. No había ninguna puerta cerrada. Solo tenía paz, tranquilidad y amor.

Luego de la rutina de yoga, se sentía cálido, sudado y feliz. Fridstein y el resto le agradecieron a Cathy por la sesión, enrollaron las colchonetas de yoga y regresaron a la aldea.

Andor se acercó a Cathy, que le hizo una mueca.

—Estamos sudados.

Se escapó de sus brazos con una sonrisa juguetona que lo hizo soltar un gruñido.

—Oh, en ese caso, será mejor que te lave —sugirió Andor—. Aunque me pareces deliciosa cuando estás algo salada.

Cathy dio un paso hacia atrás.

—Solo si logras atraparme.

Tras soltar un chillido, tomó la colchoneta de yoga y la bolsa con prendas limpias y echó a correr por el sendero hacia el fiordo. Había una ensenada alejada de la aldea, donde un río pequeño fluía hacia el fiordo. Era el lugar favorito de los locales para bañarse los sábados. Pero ese día no era sábado, y todos se mantenían alejados del lugar luego de la clase de yoga porque sabían que podrían ver al *jarl* y a su esposa disfrutando de un baño.

Su hermosa esposa corría rápido con las piernas largas y fuertes, pero Andor la superó. La atrapó casi al final de la colina, se la arrojó sobre el hombro y le apoyó una mano sobre el trasero para darle unas palmaditas suaves.

—No te escaparás de mí —le dijo.

—¡Bájame, Andor! —exclamó—. Esto es de lo más humillante. Se supone que soy la esposa de un *jarl* y me tratas como a uno de tus botines.

—Eres un botín. —Se acercó a la ensenada y la dejó sobre la tierra—. He atacado Northumbria, Mercia y Wessex, y he venido a casa contigo. Ahora, a quitarte esas prendas.

—Lo puedo hacer sola.

—Lo sé, pero eres mi botín y quiero saquearte.

Cathy sonrió y negó con la cabeza para fingir desaprobación, pero Andor supo que lo estaba disfrutando. Y estaba dispuesto a repetir diez veces cualquier cosa que ella disfrutara. La desvistió y se maravilló al observar sus curvas inmaculadas y seductoras. Ya tenía una erección por ella. Cuando acabó de desvestirla, se quitó sus propias prendas.

La alzó en sus brazos y avanzó hasta el agua. El frío lo dejó sin aliento. Cathy soltó un chillido, y Andor la besó cuando se sumergieron en el agua hasta los hombros. Cuando la sangre le hirvió en las venas de las caricias aterciopeladas de su lengua y de la suavidad de sus labios, el frío se desvaneció. Podría ser capaz de hervir el agua de la ensenada con el calor que producía su cuerpo al tocarla.

La tomó con dulzura y suavidad porque no pudo hacer otra cosa. Porque cuando sus cuerpos se conectaban, y el calor delicioso de su esposa lo envolvía, se sentía como en casa. Ella era su hogar.

Cuando acabaron de lavarse, se sentaron en la orilla a lavar las ropas envueltos en los brazos del otro y con la mirada perdida en las montañas y el fiordo. El agua salpicaba contra la orilla de piedras. Tenían que preparar el banquete, entretener a los invitados y, como el día parecía que iba a ser ajetreado en general, Andor quiso disfrutar unos instantes más de paz a solas con Cathy.

—Tengo algo para ti —le informó Cathy con una nota de entusiasmo en la voz.

Andor alzó el rostro para mirarle el perfil: la tenía sentada entre sus brazos, con la espalda apoyada contra el torso y los brazos envueltos alrededor de la cintura.

—¿De verdad? ¿Qué es?

Cathy se puso de pie y le tomó las manos entre las suyas.

—Estaba esperando un momento especial para darte estas dos cosas. Bueno, Fridstein me ayudó a esconderlas. Sin él, de seguro te las habría dado cuando acabaron de confeccionar cada una.

Andor también se puso de pie.

—Ya me has dado mucho. Por Odín y Thor, no necesito más nada. Estás aquí conmigo. Estamos reconstruyendo la aldea. ¿Qué más podría querer?

—Vas a querer esto. Y hoy que celebramos nuestro hogar, nuestro primer festival de la cosecha, nuestra primera habitación verdadera… creo que es el momento indicado.

Andor frunció el ceño.

—¿Qué es?

Cathy se arrodilló, rebuscó entre los arbustos y extrajo el regalo. Se lo ofreció con las dos manos. El objeto era largo, derecho y estaba envuelto en lino.

—Perdí Problema de Dragón, y sé lo importante que era para ti. Ten.

Andor tomó el paquete y se le desvanecieron todas las chispas de humor que le habían bailado en el cuerpo. Era pesado. Parecía una espada: se sentía bien y familiar en sus manos. Con cada capa de lino que desenvolvía, la epifanía le envolvió el cuerpo como un puño cerrado. Cuando cayó la última capa, descubrió que sostenía una espada en las manos. Andor la recorrió despacio con la mirada, desde el borde hasta el pomo, sin dar crédito a sus ojos. Era Problema de Dragón; intacta y destellando como nueva.

La garganta se le cerró al no poder reprimir la gigantesca ola de amor y gratitud que le invadió el cuerpo. Observó el dragón en el pomo de hierro y cada una de las curvas ornamentadas del patrón de las llamas. El hierro parecía pulido y se veía como si estuviera recién forjado. El asa de asta de ciervo con hilos de plata aún tenía algunas marcas, pero a diferencia del metal, era imposible quitarlas. La hoja… se veía como nueva: de acero de excelente calidad, afilada y sin ninguna marca, sin ningún hueco o ningún indicio de que alguna vez se hubiera partido.

Andor sostuvo Problema de Dragón con las dos manos y cortó el aire antes de atacar un blanco invisible por la izquierda y la derecha.

—Es perfecta. —Andor miró a Cathy, que lo observaba con lágrimas en los ojos y una sonrisa en el rostro.

Andor sintió como si de repente no tuviera suficiente aire para respirar. Recordó el día de la boda con Svana, cuando su primera esposa le había regalado la espada. Recordó la espalda erguida y orgullosa de Svana, sus ojos verdes que brillaban llenos de alegría y orgullo mientras Andor intentaba los mismos movimientos que acababa de hacer.

«No hay nadie en este mundo que sea un guerrero más fuerte u honorable que tú, marido», le había dicho. Y Andor había encuadrado los hombros y alzado el mentón sabiendo que su esposa se encontraba detrás de él. Aún se encontraba con él. Esa espada llevaba su bendición. Sentía esa bendición en el aire y en cada edificación que estaban reconstruyendo. La sentía en su gente. Y, más que nada, en Cathy.

A Andor se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que tomaba una profunda bocanada de aire.

—¿Cómo la encontraste? —le preguntó.

—Cuando regresé a esta época, aparecí en Wessex, en la misma playa en Devon, que era exactamente lo que quería porque estaba determinada a encontrar esa espada. Cuando llegué al monasterio Wilham para preguntar si sabían algo de su paradero, Aethelred admitió que había escondido Problema de Dragón.

A Andor se le abrió la boca de la perplejidad.

—¿De verdad? ¿Estuvo allí todo el tiempo?

—Sí, no querían que asesinaras a nadie. Pero les expliqué lo mucho que significaba para ti y lo que le había pasado a Svana. Aethelred me la devolvió con una condición: no la puedes utilizar en territorio sajón en contra de su gente.

Andor negó con la cabeza.

—Ojalá no hicieras promesas como esa en mi nombre, pero por esta espada, estoy dispuesto a honrar esa condición.

—Qué bien. También les dejé una donación generosa de las cosas que había llevado conmigo. Te salvaron la vida cuando sabían que eras su enemigo y se los quería agradecer. Les dejé medicina, elementos quirúrgicos y varios libros de medicina escritos en latín que compré en una subasta de antigüedades en Los Ángeles antes de marcharme. No solo traje oro y plata conmigo.

—Oh, sí, mi esposa adinerada. Has venido preparada. Pero créeme que te daré todos los tesoros que desee tu corazón. No hacía falta que trajeras nada de tu época. Aunque estoy agradecido de que lo hayas hecho para poder pagar el pasaje para venir hasta mí, y me alegra que les hayas pagado a los monjes por su bondad… aunque hubieran escondido mi espada. Pero dime algo. ¿Por qué no me la diste de inmediato?

—Quería que la repararan. Cuando llegué a York, el herrero que hizo el escudo me dijo que podía reparar la espada aquí porque tenías un buen herrero. De lo contrario, hubiera tenido que esperar demasiado tiempo.

—¿El escudo? —Andor frunció el ceño, y Cathy soltó un suspiro.

—Oh, diablos. Arruiné el segundo regalo.

Volvió a buscar entre los arbustos y resurgió con un hermoso escudo.

—Tienes la espada de Svana, que te dio la habilidad de atacar y defender. Pero quiero darte la habilidad de protegerte con un escudo.

Andor se quedó de pie mirándola anonadado. ¿Podría ser que los dioses lo hubieran bendecido aún más? Estudió el escudo, que estaba hecho de roble de buena calidad y un borde de hierro resistente y tenía un fuerte ornamento de hierro en el centro. La mejor característica del escudo era el rostro: tenía un patrón ornamentado y hermoso de unas olas, una mujer alta y fuerte que se parecía a Cathy de pie sobre una extraña tabla, con las rodillas flexionadas como si estuviera adoptando una postura de yoga. Las olas jugaban y volaban y hacían espuma, en un ornamento sin fin.

—¿Esto es el surf? —le preguntó con la voz ronca de la emoción que le estrechó la garganta. Cathy le sonrió.

—¡Sí! Eso es surf. Y así es cómo se practica, como te lo describí. Eso era lo que hacía Brad. Era el mejor surfista del mundo.

Andor sonrió y estudió el patrón imaginándose cómo alguien podría pararse sobre esa tabla y montar una ola de ese modo. Se quedó sin aliento. Deseó verlo.

—Otra bendición. Tú y yo tenemos a dos personas que nos cuidan, Cathy.

Cathy le sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí.

Andor tomó el escudo con las dos manos.

—Veo que es el trabajo de un artesano. —Lo giró para ver la parte trasera—. No es demasiado pesado, está hecho a la perfección, tiene un buen amarre y una tira con el largo perfecto.

Se lo colocó sobre el hombro y le encajó perfecto. Luego lo tomó con la mano y asumió una posición de defensa que utilizaría para ocultarse detrás de él mientras sacaba la espada por encima.

—Se lo ordené a Völundr, el herrero —le dijo Cathy.

Andor la miró con la boca entreabierta.

—Es una broma. —Cathy se rio—. Lo ordené mientras buscaba un barco en York.

Andor se rio y respondió:

—El escudo me protegerá bien, Cathy. Gracias. Es el regalo perfecto.

Cathy se sonrojó. Era evidente que estaba contenta.

—Ahora tienes algo de Svana y algo mío también.

Andor se rio y continuó estudiándolo.

—Por lo general, no se nombran los escudos, pero este amerita un nombre.

—¿El surf? —sugirió Cathy.

—El surf del tiempo. Es un excelente nombre para un escudo.

Cathy soltó el aliento.

—Oh, me alegra mucho que te guste, Andor. Pensé en el surf por el modo en que nos conocimos. Viajé en el tiempo mientras surfeaba en Los Ángeles y llegué a Devon… digo, a Wessex. Y allí también hay mar. Viajé surfeando a través del tiempo.

Andor sintió amor y felicidad que rompían en su interior como olas. Colocó el escudo a un lado y la besó. Se olvidó del tiempo, el espacio, los escudos y todo lo demás.

—¿Qué dices si vamos a la habitación a consumar nuestro matrimonio? —le susurró a los labios.

—Andor, ya hemos consumado el matrimonio infinitas veces. Estarás conmigo hasta el final de los tiempos.

—No te puedo dejar ir sin agradecerte por el mejor regalo de mi vida. Exceptuando el hecho de que hayas regresado a mí.

Cathy sonrió con lágrimas de felicidad a punto de desbordarle de los ojos.

—Está bien, consumemos el matrimonio.

Andor se rio y la levantó para que le pasara las piernas por las caderas. La sujetó del trasero con los brazos.

—Aférrate, mi amor —le dijo—. Estoy a punto de subirte a la ola más alta de tu vida.

—Contigo solo son altas, mi amado vikingo.

~

GRACIAS POR LEER EL RECLAMO DEL VIKINGO. Espero que hayas disfrutado la historia de Cathy y Andor. Descubre qué sucede después cuando las Nornas envían a Mia a conocer a su alma gemela, Hakon el Bestia, en LA NOVIA DEL VIKINGO.



UNA IDENTIDAD EQUIVOCADA. Un matrimonio forzado. Un bebé secreto. Cuando una mujer embarazada escapa al pasado, ¿encontrará el amor y la pasión en los brazos de un vikingo vengativo?

LEE LA NOVIA DEL VIKINGO ahora >

⭐⭐⭐⭐⭐ *"¡WOW! ¡Me encantó absolutamente esta historia!"*

SUSCRÍBETE AL BOLETÍN de Mariah Stone: http://mariahstone.com/es/signup

¿TE APETECE UN HIGHLANDER?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER**.

IMPRESIONANTE, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ *"¡Una de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"*

Lee LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >

O quédate en la Era Vikinga y lee un extracto de **LA NOVIA DEL VIKINGO**.

~

Boston, 21 de junio de 2019

—¿Crees que es un niño o una niña? —preguntó Carla, la amiga de Mia, antes de beber un sorbo de la taza de café para llevar.

Mia sintió los dedos cálidos al tocar la superficie suave de la fotografía en blanco y negro del ultrasonido del pequeño ser humano. Al ver la forma redondeada de la cabeza, la curva perfecta de la columna vertebral y los cinco dedos que la saludaban, el corazón se le llenó de tanto amor que estuvo a punto de explotarle.

Los olores que la embargaban en la cafetería del Massachusetts General Hospital la hicieron sentir náuseas. Inhaló el aroma a café, por el que hubiera matado, rosquillas y unas notas de lejía. Los doctores y enfermeros en uniformes estaban sentados almorzando mientras que los visitantes se instalaban en otras mesas: algunos charlaban con amigos y familiares, mientras que otros clavaban la mirada cansada en la distancia. En unas esquinas, había un par de yucas frente a las ventanas que cubrían desde el suelo hasta el cielorraso. En la cafetería se oían conversaciones apagadas.

—No lo sé. —Mia tocó la pequeña mano sobre el ultrasonido con el pulgar y sonrió. Era un niño. De algún modo lo sabía. No quería compartirlo con nadie, como si fuera un secreto íntimo entre ella y el bebé.

Carla y Mia estaban sentadas cerca de la ventana. En la mesa detrás de Carla, había una anciana con un traje de color verde pistacho. Tenía el cabello blanco como la nieve y una taza de té sobre la mesa y tejía moviendo las agujas en el aire, de modo que parecían las líneas de un monitor de signos vitales. La anciana le arrojó una mirada llena de curiosidad a ella y a la fotografía del ultrasonido que sostenía en la mano, lo que hizo que Mia se quedara sin aliento. Era de lo más curioso. Como respuesta, le ofreció una sonrisa llena de amabilidad a la anciana.

—El bebé de un jefe mafioso… Todavía me cuesta creerlo. —Carla negó con la cabeza y se acercó más a Mia para bajar la voz hasta un susurro—. Creí que querías romper con él.

Una capa de sudor frío le recorrió la columna vertebral a Mia al oír de su exnovio.

—Lo dejé.

—¿De verdad? ¿Cuándo? ¿Por qué no me dijiste?

—Hace tres días. Han sido los tres días más felices de mi vida.

Carla apoyó la mirada en el ultrasonido.

—Pero no sabe nada del bebé, ¿no?

—No, claro que no.

—¿Y qué pasaría si se enterara?

A Mia le dio un vuelco el estómago.

—Nunca me dejaría ir. No le has dicho a tu hermano que me viste aquí, ¿no? —Mia miró alrededor—. Debo estar paranoica, pero no dejo de mirar por encima del hombro. No puedo creer que Dan haya acordado a terminar la relación.

Carla se rio nerviosa.

—¡Y yo no puedo creer que los haya presentado en primer lugar! Y pensar que, si no fuera por él, a estas alturas serías una pediatra. Estaríamos trabajando juntas.

Mia se estremeció, y la manga del vestido largo de verano se movió para revelar un moretón amarillo en el antebrazo. Se ruborizó y se movió para cubrírselo, pero Carla lo vio y apartó los ojos de inmediato, como si acabara de ver algo muy privado.

—Es cierto. —Mia apretó los labios—. Nunca dejaré que un hombre me vuelva a tratar de ese modo. Mañana comienzo una nueva vida. Sin hombres. Solo el bebé y yo. Y lejos de Boston.

Carla frunció el ceño.

—¿Te marchas?

—Conseguí un empleo lejos de aquí, en el medio de la nada. Aún no puedo acabar el programa de la residencia, pero un día lo haré. Mañana por la mañana, cuando me suba al avión, empieza mi nueva vida.

Carla arqueó las cejas.

—¿Y me lo dices ahora?

—No me podía arriesgar.

Mientras emitía las palabras, la sombra de una silueta alta se ciñó sobre la mesa. Mia inhaló su aroma: una elegante colonia masculina y una nota suave de lubricante de silicona. Unos estremecimientos dolorosos la recorrieron de pies a cabeza, y movió la mano para ocultar la foto del ultrasonido que se encontraba sobre la mesa, pero la palma pesada la detuvo. La piel seca y cálida le quemó la mano gélida.

—¿Qué es lo que no podías arriesgar? —La voz le ronroneó al oído rozándole la mejilla con el aliento.

Le soltó la mano y tomó la fotografía del ultrasonido, pero Mia la aferró con tanta fuerza que las uñas se le pusieron blancas. Él se la arrebató de las manos y le cortó un dedo. La sangre manchó el borde del papel.

Mia se incorporó de un salto y pateó la silla, de modo que todos se volvieron a mirarla. El pulso le latía acelerado contra la sien, el pecho le dolía y las piernas se le redujeron a gelatina. Afuera esperaban de pie los guardaespaldas de Dan, Romeo y Carl. El estómago le dio un vuelco.

Los ojos de Dan brillaron con intensidad al asimilar todos los detalles del ultrasonido. Era un hombre atractivo, de oscuro cabello corto y grandes ojos oscuros con pestañas alargadas y espesas. Tenía pómulos altos y un mentón cuadrado afeitado al ras. Llevaba puesto uno de sus trajes italianos de color carbón hechos a medida y una camisa blanca sin corbata. Parecía el director de una empresa o el socio de una firma de abogados, la ilusión por la que ella misma había caído hacía tres años, cuando se conocieron. Debería haber sospechado algo desde el comienzo, pero había sido muy ingenua. Ni los directores de empresas ni los abogados eran la montaña de músculo puro que era Dan gracias al entrenamiento en combate diario. Ese error le había costado todo.

Dan la miró a los ojos y le produjo un estremecimiento en todo el cuerpo.

—No lo puedo creer. Me ocultaste esto. —La voz era como el rugido distante de un camión.

Mia comenzó a temblar.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Un pajarito me contó que fuiste al ginecólogo y quería asegurarme de que estuvieras bien. —Miró a Carla.

Mia la miró perpleja.

—¿Cómo has podido, Carla? —le preguntó.

Carla apartó la mirada.

—¡Lo siento mucho, Mia! ¡No tenía idea de que se habían separado! Además, no se lo dije a él.

—¿Pero se lo contaste a Gabe?

Carla asintió. Gabe era su hermano, que trabajaba para Dan.

Mia volvió a sentir náuseas en el estómago. No debería pensar en eso. No en ese momento. Tenía que lidiar con Dan. Tomó una profunda bocanada de aire, como cada vez que había tenido que lidiar con su temperamento demente. Una vez más tranquila, lo miró.

—Hemos terminado, ¿recuerdas?

Dan se rio y su rostro se convirtió en una máscara carente de emociones.

—Después de esto, no. Estás esperando un hijo mío. ¿Crees que lo dejaré crecer en un hogar roto?

—No hay hogar alguno para él contigo…

—¿Él? —Una emoción pareció asomarle a los ojos—. ¿Es un niño?

Mia soltó una maldición por lo bajo. Dan siempre había soñado con tener un hijo.

—No lo sé.

—Pero crees que es un niño.

—¡No lo sé, Dan! ¿Qué importa?

—Tienes razón. No importa. Niño o niña, no dejaré que crezca con padres separados. Esto lo cambia todo. Regresarás conmigo, nos casaremos y trabajaremos en nuestra relación. Iremos al psicólogo.

A Mia le temblaron los labios.

—Pero no me amas, Dan.

Los ojos se le tornaron negros.

—Te equivocas, nunca dejé de amarte, *bella*.

Las palabras que cualquier mujer anhelaba oír hicieron que a Mia se le congelara la sangre. Negó con la cabeza.

—Hemos terminado. No hay terapia alguna que nos pueda ayudar. Han pasado demasiadas cosas. Las mujeres, tu temperamento…

Solo necesitaba que la dejara ir a casa. Diablos, necesitaba que la dejara ir y punto. Así podría desaparecer.

—Tienes razón, pero me estás convirtiendo en un hombre mejor. Estoy más controlado que nunca desde que eres parte de mi vida. Trabajaré en mi temperamento y no habrá ninguna otra mujer más. Te haré ver al hombre que una vez amaste.

Eso era imposible. Lo había amado hasta que descubrió la verdad acerca de su ocupación: algo que solo le reveló cuando se mudaron juntos. Determinada, alzó el mentón.

—¿Cómo me harás sentir algo por ti? ¿Me volverás a golpear?

La pregunta hizo que se le dilataran las fosas nasales y se le estremeciera una vena en la sien.

—No. Si quieres que trabaje en mi temperamento, lo haré. No te tocaré ni un solo pelo. No de ese modo. —Bajó la voz y añadió—: Detesté haberte hecho eso.

¿Cuántas veces había oído lo mismo en los últimos dos años y medio?

—No regresaré contigo.

Le tomó la mano y la jaló contra su pecho.

—Sí que regresarás.

Mia luchó para liberarse, pero fue en vano. Hacer una escena era la única oportunidad que le quedaba.

—Si no me sueltas, gritaré —escupió.

—No lo harás, *bella*. —Dan movió el brazo para que sintiera el cañón del arma a través de la fina tela de seda del vestido.

Unas agujas la perforaron de pies a cabeza.

—¡No le dispararás a la madre de tu hijo!

—Si me trae problemas con la policía, lo haré.

A Mia se le retorció el estómago y se llevó la mano libre al vientre en un gesto protector. Miró alrededor de la cafetería en busca de ayuda. La gente los miraba con curiosidad y de seguro asumían que eran una pareja teniendo una discusión. Carla tenía la mirada clavada en su café como un cachorro que sabía que se había portado mal. Y la anciana con el traje verde había dejado de tejer y miraba a Mia con preocupación. Pero ¿qué podría hacer una abuela contra Dan y sus dos guardaespaldas?

—Ayuda. —Mia gesticuló con la boca, pero la mujer ni se inmutó.

Dan tomó la bolsa de Mia y se la arrojó para jalar de ella hacia las puertas del personal. Pasaron por las puertas del baño exclusivo para empleados y siguieron avanzando hacia la salida de emergencia. La desesperación la comenzó a quemar como una fiebre. Había estado muy cerca de escapar de él, de darle a su bebé un futuro mejor y una vida normal, alejado de la mafia.

Pero no lo había logrado. Dan ahora tenía un motivo para buscarla a donde sea que fuera. Tenía contactos, maneras de ubicarla y de amarrarla a su lado. Había tenido una oportunidad cuando por fin había accedido a terminar esa relación tóxica que la había consumido física y emocionalmente, pero la había echado a perder. No debería haberse encontrado con Carla. Si hubiera esperado hasta el día siguiente…

Dieron vuelta la esquina del pasillo vacío y, de pronto, oyeron el eco de una voz a sus espaldas.

—¡Aguarden!

Cuando se detuvieron y se dieron vuelta, la esperanza la hizo sentir mareada. Pero solo se trataba de la anciana.

—¿Qué pasa? —ladró Dan.

La mujer se detuvo delante de ellos, pequeña y frágil y sin ningún indicio de temor en los ojos.

—Oye, querida. —Le habló a Mia con un acento que parecía alemán—. Conozco una forma de escapar, pero no es un camino fácil. Hay un hombre que te necesita tanto como tú lo necesitas a él. Es un vikingo.

Dan se rio.

—¿Qué? ¿Un vikingo de Minnesota? ¿De qué diantres hablas?

—Debes esperar cosas extrañas. —No dejó de mirarla mientras hablaba—. No creerás que son posibles, pero serán ciertas.

Mia tragó con dificultad. No sabía de qué hablaba la anciana, pero Dan le apretó el brazo con tanta fuerza que le empezó a doler, y comenzó a preocuparse por la seguridad de la mujer.

—Será mejor que se vaya. De inmediato —le dijo Mia.

—Querida, te has olvidado algo en la mesa. —La mujer introdujo la mano en la bolsa, y Dan le apuntó con el arma. Sin embargo, la anciana extrajo un objeto durado. Mia frunció el ceño. Parecía una especie de huso de cuento de hadas.

Qué situación más descabellada. La anciana se lo ofreció.

—Tómalo, te lo has olvidado.

Pero ¡qué locura! ¿Una manera de escapar? ¿Un huso dorado? ¿Un vikingo que la necesitaba?

Dan comenzó a estirar la mano hacia el huso, pero la mujer tenía una expresión feroz en el rostro y tanta fortaleza que fue como si el destino mismo la estuviera mirando a los ojos. Mia hizo a un lado el brazo de Dan y estiró la mano hacia el huso. La anciana le sonrió.

¿Qué había esperado que ocurriera lógicamente? Nada. Quizás la anciana utilizaría una pistola de descarga eléctrica contra Dan o le arrojaría gas pimienta. Quizás era una campeona mundial de karate retirada. O, quizás, todo era una broma de mal gusto.

Sea como fuere, Mia le siguió la corriente. Cuando el huso le tocó la mano, sintió una vibración que la recorrió entera y la cabeza le comenzó a dar vueltas. Le regresaron las náuseas al estómago. El mundo a su alrededor comenzó a evaporarse, y lo último que vio fue el rostro perplejo de Dan, que estiraba las manos para sujetar el espacio de aire vacío donde había estado hacía tan solo unos segundos. Una ola de alegría le invadió el cuerpo inexistente. Y luego, todo desapareció…

Lee LA NOVIA DEL VIKINGO ahora >

Consigue un libro de Mariah Stone gratis

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

Nota acerca de la precisión histórica

Con el paso del tiempo, ciertos detalles se van perdiendo y, a menudo, se debaten. Un ejemplo de ello es la batalla entre Odda, *ealdorman* de Devon, y el líder vikingo Ubba, que en la actualidad se desconoce. Según algunos historiadores, la batalla tuvo a lugar en un sitio cerca de Countisbury Hill, en Devon, mientras que otros sostienen que ocurrió en Cannington Hill, Somerset. Esas dos ubicaciones se encuentran en la zona del canal de Bristol, a unos sesenta kilómetros de distancia. Si bien la ubicación exacta se desconoce, me he tomado la libertad artística de escoger la que tenía más sentido para esta historia.

Otro sitio misterioso de este libro es Wayland's Smithy, un túmulo largo del neolítico, donde elegí que los sajones paganos tuvieran su ritual. Wayland es la pronunciación moderna de lo que en el inglés antiguo se llamaba *Wēland* y en noruego antiguo, *Völundr*. Como los sajones eran tribus germánicas, al igual que las sociedades escandinavas, que incluían a los noruegos, los daneses y los suecos, tenían dioses similares. En este caso, Wayland era un herrero habilidoso que se casó con una valquiria que luego fue esclavizada por un rey vikingo que obligó a Wayland a trabajar para él. Según la leyenda, Wayland trazó un terrible plan de venganza para el rey: se liberó utilizando las herramientas que él mismo había forjado. Es una historia oscura y fascinante, y me pareció que Wayland el herrero era una representación perfecta del temor de los locales. Durante la época de las invasiones vikingas, los reinos que recientemente se habían convertido al cristianismo, como Wessex y Northumbria, sin dudas continuaron oyendo los ecos de un pasado oscuro y pagano al ver a los vikingos.

Agradecimientos

Esta es mi parte favorita de escribir un libro. GRACIAS:

A Laura Barth, mi increíble editora, que es mi Yoda, solo que además es alta y hermosa… Sin ánimos de ofender, Yoda verde.

A mi marido y mi hijo que me apoyan y que son el motivo por el que escribo.

A mis leales y maravillosos lectores y al mejor grupo de lectores de copias previas a la publicación.

A mi lectora Susan Braithwaite, que siempre da más y me dice la verdad de una forma útil, graciosa y alentadora.

A mi grupo de escritores que me ayuda, me apoya y me llena de creatividad y fuerza.

Otras obras de Mariah Stone

Duques y secretos

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

Al tiempo del highlander (novela romántica histórica)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

Al tiempo del vikingo (novela romántica histórica):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

Acerca del Autor

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

